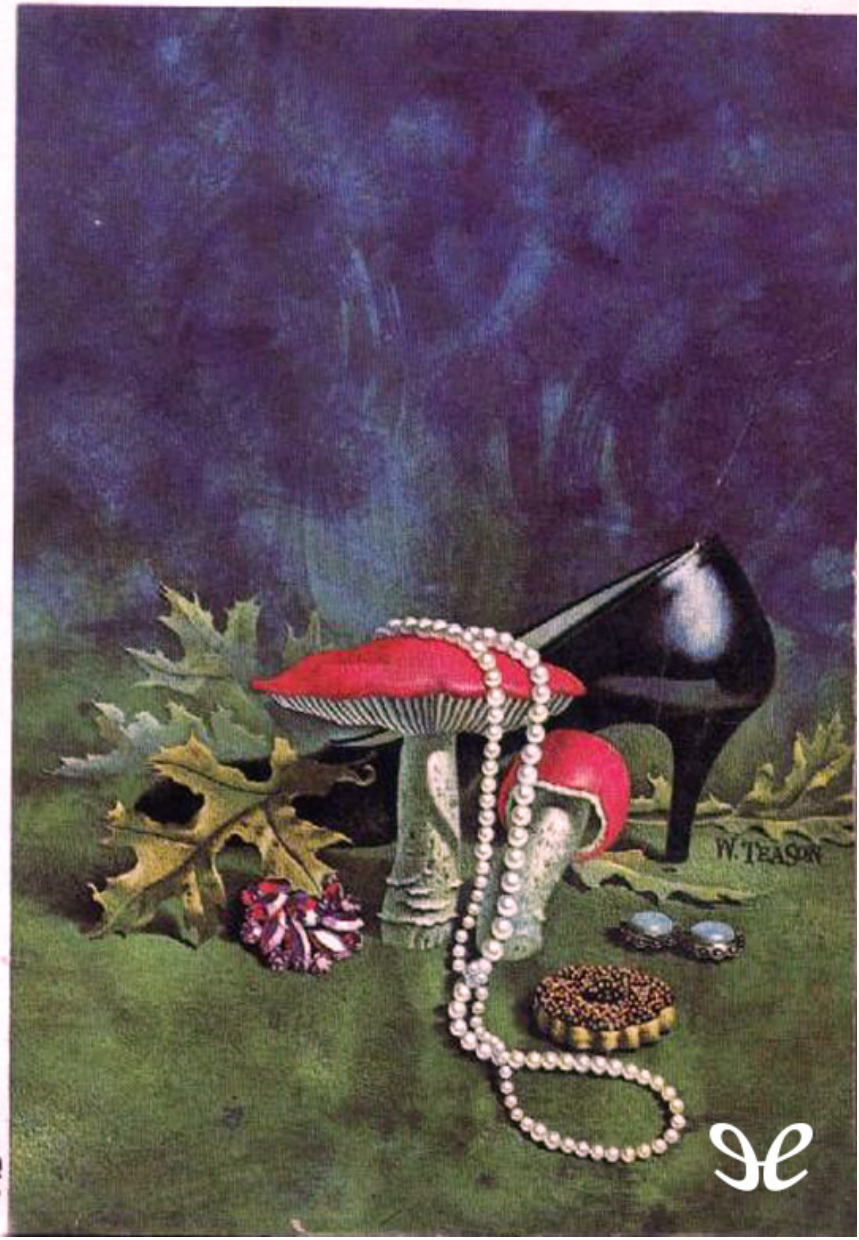
AGATHA CHRISTIE

Srta. MARPLE Y 13 PROBLEMAS



Selecciones de Biblioteca Oro

Un martes por la noche, un grupo de importantes personajes se reúne en casa de la señorita Marple para contar crímenes no resueltos. Como se trata de una competición entre las personas que se cuentan los relatos, el grupo tiende a olvidar a su anciana anfitriona. Pero la precisión de la señorita Marple en la detección de los asesinos de cada historia atraerá la atención de todo el mundo… y deparará algunas sorpresas para el «Club de los Martes».

Agatha Christie

Srta. Marple y 13 problemas

Miss Marple 2

ePub r1.2
Hechadelluvia 09.10.14

Título original: *Miss Marple and the thirteen problems*
Agatha Christie, 1933
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

Prefacio

Estas historias constituyen la primera aparición de miss Marple en el mundo de los lectores de relatos policíacos. Miss Marple tiene una ligera semejanza con mi propia abuela: es también una anciana blanca y sonrosada, quien, a pesar de haber llevado una vida muy retirada, siempre demostró tener gran conocimiento de la depravación humana. Lo cierto es que, ante sus observaciones, uno se sentía terriblemente ingenuo y crédulo: «Pero ¿tú te crees eso que te cuentan? No debes hacerlo. ¡Yo nunca me creo nada!».

Yo disfruto escribiendo las historias de miss Marple, siento un profundo afecto por mi dulce anciana. Esperaba que fuese un éxito… y lo fue. Después de las seis primeras historias publicadas, me fueron solicitadas otras seis. Miss Marple había venido para quedarse.

Ha aparecido ya en varios libros y también en una comedia, y actualmente rivaliza en popularidad con Hércules Poirot. Recibo muchas cartas. Unas dicen: «Me gustaría que siempre presentara a miss Marple y no a Poirot», y otras: «Ojalá que su protagonista fuera siempre Poirot y no miss Marple». Yo siento predilección por ella. Creo que lo suyo son historias cortas, le van mejor a su estilo. Poirot, en cambio, necesita todo un libro para desplegar su talento.

Considero que, para aquéllos que gusten de ella, estos *Trece problemas* contienen la auténtica esencia de miss Marple.

Capítulo I

El club de los martes

Misterios sin resolver

Raymond West lanzó una bocanada de humo y repitió las palabras con una especie de deliberado y consciente placer.

—Misterios sin resolver.

Miró satisfecho a su alrededor. La habitación era antigua, con amplias vigas oscuras que cruzaban el techo, y estaba amueblada con muebles de buena calidad muy adecuados a ella. De ahí la mirada aprobadora de Raymond West. Era escritor de profesión y le gustaba que el ambiente fuera evocador. La casa de su tía Jane siempre le había parecido un marco muy adecuado para su personalidad. Miró a través de la habitación hacia donde se encontraba ella, sentada, muy tiesa, en un gran sillón de orejas. Miss Marple vestía un traje de brocado negro, de cuerpo muy ajustado en la cintura, con una pechera blanca de encaje holandés de Mechlin. Llevaba puestos mitones también de encaje negro y un gorrito de puntilla negra recogía sus sedosos cabellos blancos. Tejía algo blanco y suave, y sus claros ojos azules, amables y benevolentes, contemplaban con placer a su sobrino y los invitados de su sobrino. Se detuvieron primero en el propio Raymond, tan satisfecho de sí mismo. Luego en Joyce Lempriére, la artista, de espesos cabellos negros y extraños ojos verdosos, y en sir Henry Clithering, el gran hombre de mundo. Había otras dos personas más en la habitación: el doctor Pender, el anciano clérigo de la

parroquia; y Mr. Petherick, abogado, un enjuto hombrecillo que usaba gafas, aunque miraba por encima y no a través de los cristales. Miss Marple dedicó un momento de atención a cada una de estas personas y luego volvió a su labor con una dulce sonrisa en los labios.

Mr. Petherick lanzó la tosecilla seca que precedía siempre sus comentarios.

—¿Qué es lo que has dicho, Raymond? ¿Misterios sin resolver? ¿Y a qué viene eso?

—A nada en concreto —replicó Joyce Lempriére—. A Raymond le gusta el sonido de esas palabras y decírselas a sí mismo.

Raymond West le dirigió una mirada de reproche que le hizo echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

—Es un embustero, ¿verdad, miss Marple? —preguntó Joyce—. Estoy segura de que usted lo sabe.

Miss Marple sonrió amablemente, pero no respondió.

—La vida misma es un misterio sin resolver —sentenció el clérigo en tono grave.

Raymond se incorporó en su silla y arrojó su cigarrillo al fuego con ademán impulsivo.

—No es eso lo que he querido decir. No hablaba de filosofía —dijo—. Pensaba sólo en hechos meramente prosaicos, cosas que han sucedido y que nadie ha sabido explicar.

—Sé a qué te refieres, querido —contestó miss Marple—. Por ejemplo, miss Carruthers tuvo una experiencia muy extraña ayer por la mañana. Compró medio kilo de camarones en la tienda de Elliot. Luego fue a un par de tiendas más y, cuando llegó a su casa, descubrió que no tenía los camarones. Volvió a los dos establecimientos que había visitado antes, pero los camarones habían desaparecido. A mí eso me parece muy curioso.

—Una historia bien extraña —dijo sir Henry en tono grave.

—Claro que hay toda clase de posibles explicaciones —replicó miss Marple con las mejillas sonrojadas por la excitación—. Por ejemplo, cualquiera pudo…

—Mi querida tía —la interrumpió Raymond West con cierto regocijo—, no me refiero a esa clase de incidentes pueblerinos. Pensaba en crímenes y desapariciones, en esa clase de cosas de las

que podría hablarnos largo y tendido sir Henry si quisiera.

—Pero yo nunca hablo de mi trabajo —respondió sir Henry con modestia—. No, nunca hablo de mi trabajo.

Sir Henry Clithering había sido hasta muy recientemente comisionado de Scotland Yard.

—Supongo que hay muchos crímenes y delitos que la policía nunca logra esclarecer —dijo Joyce Lempriére.

—Creo que es un hecho admitido —dijo Mr. Petherick.

—Me pregunto qué clase de cerebro puede enfrentarse con más éxito a un misterio —dijo Raymond West—. Siempre he pensado que el policía corriente debe tener el lastre de su falta de imaginación.

—Ésa es la opinión de los profanos —replicó sir Henry con sequedad.

—Si realmente quiere una buena ayuda —dijo Joyce con una sonrisa—, para psicología e imaginación, acuda al escritor.

Y dedicó una irónica inclinación de cabeza a Raymond, que permaneció serio.

—El arte de escribir nos proporciona una visión interior de la naturaleza humana —agregó en tono grave—. Y tal vez el escritor ve detalles que le pasarían por alto a una persona normal.

—Ya sé, querido —intervino miss Marple—, que tus libros son muy interesantes, pero ¿tú crees que la gente es en realidad tan poco agradable como tú la pintas?

—Mi querida tía —contestó Raymond con amabilidad—, quédate con tus ideas y que no permita el cielo que yo las destroce en ningún sentido.

—Quiero decir —continuó miss Marple frunciendo un poco el entrecejo al contar los puntos de su labor— que a mí muchas personas no me parecen ni buenas ni malas, sino sencillamente muy tontas.

Mr. Petherick volvió a lanzar su tosecilla seca.

—¿No te parece, Raymond —dijo—, que das demasiada importancia a la imaginación? La imaginación es algo muy peligroso y los abogados lo sabemos demasiado bien. Ser capaz de examinar las pruebas con imparcialidad y de considerar los hechos sólo como factores, me parece el único método lógico de llegar a la

verdad. Y debo añadir que, por experiencia, sé que es el único que da resultado.

—¡Bah! —exclamó Joyce echando hacia atrás sus cabellos negros de una forma indignante—. Apuesto a que podría ganarles a todos en este juego. No sólo soy mujer (y digan lo que digan, las mujeres poseemos una intuición que les ha sido negada a los hombres), sino además artista. Veo cosas en las que ustedes jamás repararían. Y, como artista, también he tropezado con toda clase de personas. Conozco la vida como no es posible que la haya conocido nuestra querida miss Marple.

—No estoy segura, querida —replicó miss Marple—. Algunas veces, en los pueblos ocurren cosas muy dolorosas y terribles.

—¿Puedo hablar? —preguntó el doctor Pender con una sonrisa —. No se me oculta que hoy en día está de moda desacreditar al clero, pero nosotros oímos cosas que nos permiten conocer un aspecto del carácter humano que es un libro cerrado para el mundo exterior.

—Bien —dijo Joyce—, parece que formamos un bonito grupo representativo. ¿Qué les parece si formásemos un club? ¿Qué día es hoy? ¿Martes? Le llamaremos el Club de los Martes. Nos reuniremos cada semana y cada uno de nosotros por turno deberá exponer un problema o algún misterio que cada uno conozca personalmente y del que, desde luego, sepa la solución. Dejadme ver cuántos somos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. En realidad, tendríamos que ser seis.

—Te has olvidado de mí, querida —dijo miss Marple con una sonrisa radiante.

Joyce quedó ligeramente sorprendida pero se rehízo en seguida.

—Sería magnífico, miss Marple —le dijo—. No pensé que le gustaría participar en esto.

—Creo que será muy interesante —replicó miss Marple—, especialmente estando presentes tantos caballeros inteligentes. Me temo que yo no soy muy lista pero, haber vivido todos estos años en St. Mary Mead, me ha dado cierta visión de la naturaleza humana.

—Estoy seguro de que su cooperación será muy valiosa —dijo sir Henry con toda cortesía.

—¿Quién será el primero?

—Creo que no hay la menor duda en cuanto a eso —replicó el

doctor Pender—, puesto que tenemos la gran fortuna de contar entre nosotros con un hombre tan distinguido como sir Henry.

Dejó la frase sin acabar, mientras hacía una cortés inclinación hacia sir Henry.

El aludido guardó silencio unos instantes y, al fin, con un suspiro y cruzando las piernas, comenzó:

—Me resulta un poco difícil escoger al tipo de historia que ustedes desean oír, pero creo que conozco un ejemplo que cumple muy bien los requisitos exigidos. Es posible que hayan leído algún comentario acerca de este caso en los periódicos del año pasado. Entonces se archivó como un misterio sin resolver, pero da la casualidad de que la solución llegó a mis manos no hace muchos días.

»Los hechos son bien sencillos. Tres personas se reunieron para una cena que consistía, entre otras cosas, de langosta enlatada. Más tarde aquella noche, los tres se sintieron indispuestos y se llamó apresuradamente a un médico. Dos de ellos se restablecieron y el tercero falleció.

—¡Ah! —dijo Raymond en tono aprobador.

—Como digo, los hechos fueron muy sencillos. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por alimentos en mal estado, se extendió el certificado correspondiente y la víctima fue enterrada. Pero las cosas no acabaron ahí.

Miss Marple asintió.

—Supongo que empezarían las habladurías, como suele ocurrir.

—Y ahora debo describirles a los actores de este pequeño drama. Llamaré al marido y a la esposa, Mr. y Mrs. Jones, y a la señorita de compañía de la esposa, miss Clark. Mr. Jones era viajante de una casa de productos químicos. Un hombre atractivo en cierto modo, jovial y de unos cuarenta años. Su esposa era una mujer bastante corriente, de unos cuarenta y cinco años, y la señorita de compañía, miss Clark, una mujer de sesenta, gruesa y alegre, de rostro rubicundo y resplandeciente. No podemos decir de ninguno de ellos que resultara una personalidad muy interesante.

»Ahora bien, las complicaciones comenzaron de modo muy curioso. Mr. Jones había pasado la noche anterior en un hotelito de Birmingham. Dio la casualidad de que aquel día habían cambiado el

papel secante, que por lo tanto estaba nuevo, y la camarera, que al parecer no tenía otra cosa mejor que hacer se entretuvo en colocarlo ante un espejo después de que Mr. Jones escribiera unas cartas. Pocos días más tarde, al aparecer en los periódicos la noticia de la muerte de Mrs. Jones como consecuencia de haber ingerido langosta en mal estado, la camarera hizo partícipes a sus compañeros de trabajo de las palabras que había descifrado en el papel secante: "Depende enteramente de mi esposa… cuando haya muerto yo haré… cientos de miles…"

Recordarán ustedes que no hace mucho tiempo hubo un caso en el que la esposa fue envenenada por su marido. No se necesitó mucho más para exaltar la imaginación de la camarera del hotel. ¡Mr. Jones había planeado deshacerse de su esposa para heredar cientos de miles de libras! Por casualidad, una de las camareras tenía unos parientes en la pequeña población donde residían los Jones. Les escribió y ellos contestaron que Mr. Jones, al parecer, se había mostrado muy atento con la hija del médico de la localidad, una hermosa joven de treinta y tres años, y empezó el escándalo. Se solicitó una revisión del caso al ministerio del Interior y en Scotland Yard se recibieron numerosas cartas anónimas acusando a Mr. Jones de haber asesinado a su esposa. Debo confesar que ni por un momento sospechamos que se tratase de algo más que de las habladurías y chismorreos de la gente del pueblo. Sin embargo, para tranquilizar a la opinión pública se ordenó la exhumación del cadáver. Fue uno de esos casos de superstición popular basada en nada sólido y que resultó sorprendentemente justificado. La autopsia dio como resultado el hallazgo del arsénico suficiente para dejar bien sentado que la difunta señora había muerto envenenada por esta sustancia. Y en manos de Scotland Yard, junto con las autoridades locales, quedó el descubrir cómo le había sido administrada y por quién.

—¡Ah! —exclamó Joyce—. Me gusta. Esto sí que es bueno.

—Naturalmente, las sospechas recayeron en el marido. Él se beneficiaba de la muerte de su esposa. No con los cientos de miles que románticamente imaginaba la doncella del hotel, pero sí con la buena suma de ocho mil libras. Él no tenía dinero propio, aparte del que ganaba, y era un hombre de costumbres un tanto extravagantes

y al que le gustaba frecuentar la compañía femenina. Investigamos con toda la delicadeza posible sus relaciones con la hija del médico, pero, aunque al parecer había habido una buena amistad entre ellos tiempo atrás, habían roto bruscamente unos dos meses antes y desde entonces no parecía que se hubieran visto. El propio médico, un anciano íntegro y de carácter bonachón, quedó aturdido por el resultado de la autopsia. Le habían llamado a eso de la medianoche para atender a los tres intoxicados. Al momento comprendió la gravedad de Mrs. Jones y envió a buscar a su dispensario unas píldoras de opio para calmarle el dolor. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, la señora falleció, aunque ni por un momento sospechó que se tratara de algo anormal. Estaba convencido de que su muerte fue debida a alguna forma de botulismo. La cena de aquella noche había consistido básicamente en langosta enlatada con ensalada, pastel y pan con queso. Lamentablemente, no quedaron restos de la langosta: se la comieron toda y tiraron la lata. Interrogó a la doncella, Gladys Linch, que estaba llorosa y muy agitada, y que a cada momento se apartaba de la cuestión, pero declaró una y otra vez que la lata no estaba hinchada y que la langosta le había parecido en magníficas condiciones.

»Éstos eran los hechos en los que debíamos basarnos. Si Jones había administrado subrepticiamente arsénico a su esposa, parecía evidente que no pudo hacerlo con los alimentos que tomaron en la cena, puesto que las tres personas comieron lo mismo. Y también hay otra cosa: el propio Jones había regresado de Birmingham en el preciso momento en que la cena era servida, de modo que no tuvo oportunidad de alterar ninguno de los alimentos de antemano.

—¿Y qué me dice de la señorita de compañía de la esposa? —preguntó Joyce—. La mujer gruesa de rostro alegre.

Sir Henry asintió.

—No nos olvidamos de miss Clark, se lo aseguro. Pero nos parecieron dudosos los motivos que pudiera tener para cometer el crimen. Mrs. Jones no le dejó nada en absoluto y, como resultado de la muerte de su patrona, tuvo que buscarse otra colocación.

—Eso parece eliminarla —replicó Joyce pensativa.

—Uno de mis inspectores pronto descubrió un dato muy significativo —prosiguió sir Henry—. Aquella noche, después de

cenar, Mr. Jones bajó a la cocina y pidió un tazón de harina de maíz para su esposa que se había quejado de que no se encontraba bien. Esperó en la cocina hasta que Gladys Linch lo hubo preparado y luego él mismo lo llevó a la habitación de su esposa. Esto, admito, pareció cerrar el caso.

El abogado asintió.

—Móvil —dijo uniendo las puntas de sus dedos—. Oportunidad. Y además, como viajante de una casa de productos químicos, fácil acceso al veneno.

—Y era un hombre de moral un tanto endeble —agregó el clérigo.

Raymond West miraba fijamente a sir Henry.

—Hay algún gazapo en todo esto —dijo—. ¿Por qué no lo detuvieron?

Sir Henry sonrió con pesar.

—Ésa es la parte desgraciada de este asunto. Hasta aquí todo había ido sobre ruedas, pero ahora llegamos a las dificultades. Jones no fue detenido porque, al interrogar a miss Clark, nos dijo que el tazón de harina de maíz no se lo tomó Mrs. Jones sino ella. Sí, parece ser que acudió a su habitación como tenía por costumbre. La encontró sentada en la cama y a su lado estaba el tazón de harina de maíz.

»—No me encuentro nada bien, Milly —le dijo—. Me está bien empleado por comer langosta por la noche. Le he pedido a Albert que me trajera un tazón de harina de maíz, pero ahora no me apetece.

»—Es una lástima —comentó miss Clark—, está muy bien hecho, sin grumos. Gladys es realmente una buena cocinera. Hoy en día hay muy pocas chicas que sepan preparar una taza de harina de maíz como es debido. Le confieso que a mí me gusta mucho, y estoy hambrienta.

»—Creí que continuabas con tus tonterías —le dijo Mrs. Jones.

»Debo explicar —aclaró sir Henry— que miss Clark, alarmada por su constante aumento de peso, estaba siguiendo lo que vulgarmente se conoce como "una dieta". Te conviene, Milly, de veras —le había dicho Mrs. Jones—. Si Dios te ha hecho gruesa, es que tienes que serlo. Tómate esa harina de maíz, que te sentará de

primera.

»Y acto seguido, miss Clark se puso a ello y se acabó el tazón. De modo que ya ven ustedes, nuestra acusación contra el marido quedó hecha trizas. Al pedirle una explicación de las palabras que aparecieron en el papel secante, Jones nos la dio en seguida. La carta, explicó, era la respuesta a una que le había escrito su hermano desde Australia pidiéndole dinero. Y él le contestó diciendo que dependía enteramente de su esposa y que hasta que ella muriera no podría disponer de dinero. Lamentaba su imposibilidad de ayudarle de momento, pero le hacía observar que en el mundo existen cientos de miles de personas que pasan los mismos apuros.

—¿Y el caso se vino abajo? —comentó el doctor Pender.

—Y el caso se vino abajo —repitió sir Henry en tono grave—. No podíamos correr el riesgo de detener a Jones sin tener algo en que apoyarnos.

Hubo un silencio y al cabo Joyce dijo:

—Y eso es todo, ¿no es cierto?

—Así es como quedó el caso durante todo el año pasado. La verdadera solución está ahora en manos de Scotland Yard y probablemente dentro de dos o tres días podrán leerla en los periódicos.

—La verdadera solución —exclamó Joyce pensativa—. Quisiera saber… Pensemos todos por espacio de cinco minutos y luego hablemos.

Raymond West asintió al tiempo que consultaba su reloj. Cuando hubieron transcurrido los cinco minutos, miró al doctor Pender.

—¿Quiere ser usted el primero en hablar? —le preguntó.

El anciano meneó la cabeza.

—Confieso —dijo— que estoy completamente despistado. No puedo dejar de pensar que el esposo tiene que ser el culpable de alguna manera, pero no me es posible imaginar cómo lo hizo. Sólo sugiero que debió de administrarle el veneno por algún medio que aún no ha sido descubierto, aunque, si es así, no comprendo cómo puede haber salido a la luz después de tanto tiempo.

—¿Joyce?

—¡La señorita de compañía de la esposa! —contestó Joyce decidida—. ¡Desde luego! ¿Cómo sabemos que no tuvo motivos para hacerlo? Que fuese vieja y gorda no quiere decir que no estuviera enamorada de Jones. Podía haber odiado a la esposa por cualquier otra razón. Piensen lo que representa ser una acompañante, tener que mostrarse siempre amable, estar de acuerdo siempre y tragárselo todo. Un día, no pudo resistirlo más y se decidió a matarla. Probablemente puso el arsénico en el tazón de harina de maíz y toda esa historia de que se lo comió sea mentira.

—¿Mr. Petherick?

El abogado unió las yemas de los dedos con aire profesional.

—Apenas tengo nada que decir. Basándome en los hechos no sabría qué opinar.

—Pero tiene que hacerlo, Mr. Petherick —dijo la joven—. No puede reservarse su opinión, alegando prejuicios legales. Tiene que participar en el juego.

—Considerando los hechos —dijo Mr. Petherick—, no hay nada que decir. En mi opinión particular y habiendo visto, por desgracia, demasiados casos de esta clase, creo que el esposo es culpable. La única explicación que se me ocurre es que miss Clark lo encubrió deliberadamente por algún motivo. Pudo haber algún arreglo económico entre ellos. Es posible que él creyera que iba a resultar sospechoso y ella, viendo ante sí un futuro lleno de pobreza, tal vez se avino a contar la historia de la harina de maíz a cambio de una suma importante que recibiría en privado. Si éste es el caso, desde luego es de lo más irregular.

—No estoy de acuerdo con ninguno de ustedes —dijo Raymond —. Han olvidado ustedes un factor muy importante de este caso: la hija del médico. Voy a darles mi visión de los hechos. La langosta estaba en mal estado, de ahí los síntomas de envenenamiento. Se manda llamar al doctor, que encuentra a Mrs. Jones, que ha comido más langosta que los demás, presa de grandes dolores y manda a buscar comprimidos de opio tal como nos dijo. No va él en persona, sino que envía a buscarlas.

¿Quién entrega los comprimidos al mensajero? Sin duda su hija. Está enamorada de Jones y en aquel momento se despiertan todos los malos instintos de su naturaleza y le hacen comprender que

tiene en sus manos el medio de conseguir su libertad. Los comprimidos que envía contienen arsénico blanco. Ésta es mi solución.

—Y ahora, cuéntenos el verdadero desenlace, sir Henry —exclamó Joyce con ansiedad.

—Un momento —dijo sir Henry—, todavía no ha hablado miss Marple.

Miss Marple tan sólo movía la cabeza tristemente.

—Vaya, vaya —dijo—, se me ha escapado otro punto. Estaba tan entusiasmada escuchando la historia. Un caso triste, sí, muy triste. Me recuerda al viejo Hargraves, que vivía en Mount. Su esposa nunca tuvo la menor sospecha hasta que, al morir, dejó todo su dinero a una mujer con la que había estado viviendo, y con la que tenía cinco hijos. En otro tiempo había sido su doncella. Era una chica tan agradable, decía siempre Mrs. Hargraves, no tenía que preocuparse de que diera la vuelta a los colchones cada día, siempre lo hacía, excepto los viernes, por supuesto. Y ahí tienen al viejo Hargraves, que le puso una casa a esa mujer en la población vecina y continuó siendo sacristán y pasando la bandeja cada domingo.

—Mi querida tía Jane —dijo Raymond con cierta impaciencia—. ¿Qué tiene que ver el desaparecido Hargraves con este caso?

—Esta historia me lo recordó en seguida —dijo miss Marple—. Los hechos son tan parecidos, ¿no es cierto? Supongo que la pobre chica ha confesado ya y por eso sabe usted la solución, sir Henry.

—¿Qué chica? —preguntó Raymond—. Mi querida tía, ¿de qué estás hablando?

—De esa pobre chica, Gladys Linch, por supuesto. La que se puso tan nerviosa cuando habló con el doctor, y bien podía estarlo la pobrecilla. Espero que ahorquen al malvado Jones por haber convertido en una asesina a esa pobre muchacha. Supongo que a ella también la ahorcarán, pobrecilla.

—Creo, miss Marple, que está usted equivocada —comenzó a decir Mr. Petherick entre titubeos.

Pero miss Marple meneó la cabeza con obstinación, y miró de hito en hito a sir Henry.

—¿Estoy en lo cierto o no? Yo lo veo muy claro. Los cientos de miles, el pastel… quiero decir que no puede pasarse por alto.

—¿Qué es eso del pastel y de los cientos de miles? —exclamó Raymond.

Su tía se volvió hacia él.

—Las cocineras casi siempre ponen «*cientos de miles*» en los pasteles, querido —le dijo—. Son esos azucarillos rosas y blancos. Desde luego, cuando oí que habían tomado pastel para cenar y que el marido se había referido en una carta a cientos de miles, relacioné ambas cosas. Allí es donde estaba el arsénico, en los cientos de miles. Se lo entregó a la muchacha y le dijo que lo pusiera en el pastel.

—¡Pero eso es imposible! —replicó Joyce vivamente—. Todos lo tomaron.

—¡Oh, no! —dijo miss Marple—. Recuerde que la compañera de Mrs. Jones estaba haciendo régimen para adelgazar. Nunca se come pastel, si una está a dieta. Y supongo que Jones se limitaría a separar los «cientos de miles» de su ración poniéndolos a un lado en el plato. Fue una idea inteligente, aunque muy malvada.

Los ojos de todos estaban fijos en sir Henry.

—Es curioso —dijo despacio—, pero da la casualidad de que miss Marple ha dado con la solución. Jones había metido a Gladys Linch en un serio problema, tal como se dice vulgarmente, y ella estaba desesperada. Él deseaba librarse de su esposa y prometió a Gladys casarse con ella cuando su mujer muriese. Él consiguió los «cientos de miles» y se los entregó a ella con instrucciones para su uso. Gladys Linch falleció hace una semana. Su hijo murió al nacer y Jones la había abandonado por otra mujer. Cuando agonizaba, confesó la verdad.

Hubo unos instantes de silencio y luego Raymond dijo:

—Bueno, tía Jane, esta vez has ganado. No entiendo cómo has adivinado la verdad. Nunca hubiera pensado que la doncella tuviera nada que ver con el caso.

—No, querido —replicó miss Marple—, pero tú no sabes de la vida tanto como yo. Un hombre como Jones, rudo y jovial. Tan pronto como supe que había una chica bonita en la casa me convencí de que no la dejaría en paz. Todo esto son cosas muy penosas y no demasiado agradables de comentar. No puedes imaginarte el golpe que fue para Mrs. Hargraves y la sorpresa que

causó en el pueblo.

Capítulo II

La Casa del Ídolo de Astarté

—Y ahora, doctor Pender, ¿qué va usted a contarnos?

El anciano clérigo sonrió amablemente.

—Mi vida ha transcurrido en lugares tranquilos —dijo—. He sido testigo de muy pocos acontecimientos memorables. No obstante, en cierta ocasión, cuando era joven, tuve una extraña y trágica experiencia.

—¡Ah! —exclamó Joyce Lempriére en tono alentador.

—Nunca la he olvidado —continuó el clérigo—. Entonces me causó una profunda impresión, e incluso ahora, con un ligero esfuerzo de mi memoria, puedo sentir de nuevo todo el horror y la angustia de aquel terrible momento en que vi caer muerto a un hombre al parecer sin causa aparente.

—Ha conseguido ponerme la piel de gallina, Pender —se lamentó sir Henry.

—A mí sí que se me puso la piel de gallina, como usted dice —replicó el otro—. Desde entonces nunca he vuelto a reírme de las personas que emplean la palabra «*atmósfera*». Existe. Hay ciertos lugares saturados de buenos o malos influjos que hacen sentir sus efectos.

—Esa casa, The Larches, es uno de esos lugares infortunados —señaló miss Marple—. El viejo Mr. Smither perdió todo su dinero y tuvo que abandonarla. Luego la alquilaron los Carlslake y Johnny se cayó por la escalera y se rompió una pierna, y Mrs. Carlslake se vio obligada a marcharse al sur de Francia para reponerse. Ahora la

tienen los Burden y he oído decir que el pobre Mr Burden tendrá que ser operado de urgencia.

—Hay mucha superstición en lo que toca a todos estos temas —dijo Mr. Petherick—. Y por culpa de muchos de los estúpidos rumores que corren se ocasionan innumerables daños a estas fincas.

—Yo he conocido un par de fantasmas que tenían una robusta personalidad —comentó sir Henry con una risita.

—Creo —dijo Raymond— que deberíamos dejar que el doctor Pender continuara su historia.

Joyce se puso en pie para apagar las dos lámparas, dejando la habitación iluminada solamente por el resplandor de las llamas.

—Atmósfera —explicó—. Ahora podemos continuar.

El doctor Pender le dirigió una sonrisa y, tras acomodarse en su butaca y quitarse las gafas, comenzó su relato con voz suave y evocadora.

—Ignoro si alguno de ustedes conocerá Dartmoor. El lugar de que les hablo se halla situado cerca de los límites de Dartmoor. Era una preciosa finca, aunque estuvo varios años en venta sin encontrar comprador. Tal vez resulta algo apartada en invierno, pero la vista es magnífica y la casa misma posee características ciertamente curiosas y originales. Fue adquirida por un hombre llamado Haydon, sir Richard Haydon. Yo lo había conocido en la universidad y, aunque le perdí de vista durante algunos años, seguíamos manteniendo lazos de amistad y acepté con agrado su invitación de ir al Bosque Silencioso, como se llamaba su nueva propiedad.

»La reunión no era muy numerosa. Estaba el propio Richard Haydon, su primo Elliot Haydon y una tal lady Mannering con su hija, una joven pálida e inconspicua, llamada Violeta. El capitán Rogers con su esposa, buenos jinetes, personas curtidas que sólo vivían para los caballos y la caza. En la casa estaba también el joven doctor Symonds y miss Diana Ashley. Yo había oído algo sobre esta última. Su fotografía aparecía a menudo en las revistas de sociedad y era una de las bellezas destacadas de la temporada. Desde luego era realmente atractiva. Morena, alta, con un hermoso cutis de tono crema pálido y unos ojos oscuros y rasgados que le daban una pícara expresión oriental. Poseía además una maravillosa voz,

profunda y musical.

»Vi en seguida que mi amigo Richard Haydon estaba muy interesado por la muchacha y deduje que aquella reunión había sido organizada únicamente por ella. De los sentimientos de ella no estaba tan seguro. Era caprichosa al conceder sus favores. Un día hablaba con Richard como si los demás no existiéramos y, al otro, el favorito era su primo Elliot y no parecía notar la existencia de Richard, para acabar dedicándole sus más seductoras sonrisas al tranquilo y retraído doctor Symonds.

»La mañana que siguió a mi llegada, nuestro anfitrión nos mostró el lugar. La casa en sí no era nada extraordinaria, y estaba sólidamente construida con granito de Devonshire para resistir las inclemencias del tiempo. No era romántica, pero sí muy confortable. Desde sus ventanas se divisaba el panorama del páramo y las vastas colinas coronadas por peñascos moldeados por el viento.

»En las laderas de los peñascos más cercanos a nosotros había varios círculos de menhires, reliquias de los remotos días de la Edad de Piedra. En otra colina se veía un túmulo recientemente excavado y en el que habían sido encontrados diversos objetos de bronce. Haydon sentía un gran interés por las antigüedades y nos hablaba con gran entusiasmo de aquel lugar que, según nos explicó, era particularmente rico en reliquias del pasado.

»Se habían encontrado restos de refugios neolíticos, de druidas celtas, de romanos, e incluso indicios de los primeros fenicios.

»—Pero este lugar es el más interesante de todos —nos dijo—. Ya conocéis su nombre, el Bosque Silencioso. Bien, no es difícil comprender por qué se llama así.

»Señaló con el brazo. En aquella zona, el paisaje se mostraba especialmente desolado; rocas, brezos, helechos, pero a unos cien metros de la casa había una magnífica y espesa arboleda.

»—Es una reliquia de tiempos muy remotos —dijo Haydon—. Los árboles han ido muriendo, pero han sido replantados y en conjunto se ha conservado tal como estaba tal vez en tiempos de los fenicios. Vengan a verlo.

»Todos le seguimos. Al entrar en el bosquecillo me sentí invadido por una curiosa opresión. Creo que fue el silencio, ningún

pájaro parecía anidar en aquellos árboles. Se podía palpar la desolación y el horror en el aire. Vi que Haydon me contemplaba con una extraña sonrisa.

»—¿No le causa alguna sensación este lugar, Pender? —me preguntó—. ¿De hostilidad? ¿O de intranquilidad?

»—No me gusta —repliqué tranquilamente.

»—Está en su derecho. Este lugar fue la plaza fuerte de uno de los antiguos enemigos de la fe. Éste es el Bosque de Astarté.

»—¿Astarté?

»—Astarté, Isthar, Ashtoreth o como quiera llamarla. Yo prefiero el nombre fenicio de Astarté. Creo que se conoce otro Bosque de Astarté en este país, al norte de la muralla de Adriano. No tengo pruebas, pero me gusta pensar que el de aquí es el auténtico. Ahí, en el centro de ese espeso círculo de árboles, se llevaban a cabo los ritos sagrados.

»—Ritos sagrados —murmuró Diana Ashley con mirada soñadora—. Me gustaría saber cómo eran.

»—Nada recomendables —dijo el capitán Rogers con una risa estruendosa pero inexpresiva—. Imagino que algo fuertes.

»Haydon no le prestó atención.

»—En el centro del bosque debía de haber un templo —dijo—. No es que haya conseguido encontrar alguno, pero me he dejado llevar un poco por mi imaginación.

»Para entonces ya habíamos penetrado en un pequeño claro en el centro de la arboleda, donde se elevaba una especie de glorieta de piedra. Diana Ashley miró inquisitivamente a Haydon.

»—Yo la llamo la Casa del Ídolo —dijo éste—. Es la Casa del Ídolo de Astarté.

»Y avanzó hacia ella. En su interior, sobre un tosco pilar de ébano, reposaba una curiosa imagen que representaba a una mujer con cuernos en forma de media luna y que estaba sentada sobre un león.

»—Astarté de los fenicios —dijo Haydon—. La diosa de la Luna.

»—¡La diosa de la Luna! —exclamó Diana—. Oh, organicemos una fiesta pagana para esta noche. Disfrazados. Vendremos aquí a medianoche para celebrar los ritos de Astarté.

»Yo hice un gesto brusco y Elliot Haydon, el primo de Richard

Haydon, se volvió rápidamente hacia mí.

»—A usted no le gusta todo esto, ¿verdad, Pender? —me dijo.

»—Sí —repliqué en tono grave—, no me gusta. —Me miró con extrañeza.

»—Pero si es una broma. Dick no puede saber si esto era realmente un bosque sagrado. Sólo es pura imaginación. Le gusta jugar con la idea. Y de todos modos, si de verdad lo fuera…

»—¿Y si lo fuera…?

»—Bueno —dijo con una sonrisa un tanto incómoda—. Usted no puede creer en esas cosas, ¿no? Es un párroco.

»—Precisamente, no estoy seguro de que como párroco no deba creer en ello.

»—Aun así, todo es ya parte del pasado.

»—No estaría tan seguro —dije pensativo—. Yo sólo sé una cosa. Por lo general no soy hombre que se deje impresionar fácilmente por un ambiente, pero desde que he penetrado en este círculo de árboles, tengo una extraña sensación de maldad y amenaza a mi alrededor.

»Miró intranquilo por encima de su hombro.

»—Sí —dijo—, es curioso en cierto modo. Sé lo que quiere decir, pero supongo que es sólo nuestra imaginación lo que nos produce esa sensación. ¿Qué dice a esto, Symonds?

»El doctor guardó silencio unos momentos antes de replicar con calma:

»—No me gusta esto y no sé decirles por qué. Pero sea por lo que sea no me gusta.

»En aquel momento se acercó a mi Violeta Mannering.

»—Aborrezco este lugar —exclamó—, lo aborrezco. Salgamos de aquí.

»Echamos a andar y los demás nos siguieron. Sólo Diana Ashley se resistía a marcharse. Volví la cabeza y la vi ante la Casa del Ídolo contemplando fijamente la imagen.

»El día era magnífico y excepcionalmente caluroso, y la idea de Diana Ashley de celebrar una fiesta de disfraces aquella noche fue recibida con entusiasmo general. Hubo las acostumbradas risas, los cuchicheos, el frenesí de los preparativos y, cuando hicimos nuestra aparición a la hora de la cena, no faltaron exclamaciones de alegría.

Rogers y su esposa iban disfrazados de hombres del neolítico, lo cual explicaba la repentina desaparición de ciertas alfombras. Richard Haydon se presentó como un marino fenicio y su primo como un capitán de bandidos. El doctor Symonds se vistió de cocinero, lady Mannering de enfermera y su hija de esclava circasiana. Yo mismo me había arreglado para parecerme en lo posible a un monje. Diana Ashley bajó la última y nos quedamos algo decepcionados al verla aparecer envuelta en un dominó negro.

»—Lo Desconocido —declaró con aire alegre—, eso es lo que soy. Y ahora, por lo que más quieran, vamos a cenar.

»Después de cenar salimos afuera. Hacía una noche deliciosa y cálida, y empezaba a salir la luna.

»Paseamos de un lado a otro, charlando, y el tiempo pasó muy de prisa. Debió de ser aproximadamente una hora más tarde cuando nos dimos cuenta de que Diana Ashley no estaba con nosotros.

»—Seguro que no se ha ido a la cama —dijo Richard Haydon.

»Violeta Mannering negó con la cabeza.

»—No —dijo—. La vi marcharse en esa dirección hará cosa de un cuarto de hora.

»Y al hablar señaló el bosquecillo de árboles que se alzaban negros y sombríos a la luz de la luna.

»—Quisiera saber qué se propone —dijo Richard Haydon—. Alguna diablura, seguro. Vayamos a ver.

»Avanzamos en pelotón intrigados por saber qué tramaba miss Ashley. No obstante, yo sentía de nuevo cierto recelo ante la idea de penetrar en el oscuro cinturón de árboles. Algo más fuerte que yo parecía retenerme y me urgía a que no entrara allí. Sentí más claramente que nunca el maleficio de aquel lugar. Creo que algunos de los demás experimentaron la misma sensación que yo, aunque no lo hubieran admitido por nada del mundo. Los árboles estaban tan juntos que no dejaban penetrar la luz de la luna y, a nuestro alrededor, se oían multitud de ruidos, susurros y suspiros. Era un lugar que imponía y, de común acuerdo, todos nos mantuvimos juntos.

»De pronto llegamos al claro del centro de la arboleda y nos quedamos como clavados en el suelo, pues en el umbral de la Casa del Ídolo se alzaba una figura resplandeciente, envuelta en una

vestidura de gasa muy sutil y con dos cuernos en forma de media luna surgiendo de entre la oscura cabellera.

»—¡Cielo santo! —exclamó Richard Haydon mientras su frente se perlaba de sudor.

»Pero Violeta Mannering fue más aguda.

»—¡Vaya, si es Diana! —observó—. ¿Y qué ha hecho? Oh, no sé qué es, pero está muy distinta.

»La figura del umbral elevó sus manos y, dando un paso hacia delante, en voz alta y dulce, recitó:

»—Soy la sacerdotisa de Astarté. Guardaos de acercaros a mí porque llevo la muerte en mi mano.

»—No hagas eso, querida —protestó lady Mannering—. Nos estás poniendo nerviosos de verdad.

»Haydon avanzó hacia ella.

»—¡Dios mío, Diana! —exclamó—. Estás maravillosa.

»Mis ojos se habían acostumbrado ya a la luz de la luna y podía ver con más claridad. Desde luego, como había dicho Violeta, Diana estaba muy distinta. Su rostro tenía una expresión mucho más oriental, sus ojos rasgados un brillo cruel y sus labios la sonrisa más extraña que viera jamás en mi vida.

»—¡Cuidado! —exclamó—. No os acerquéis a la diosa. Si alguien pone la mano sobre mí, morirá.

»—Estás maravillosa, Diana —dijo Haydon—, pero ahora ya basta. No sé por qué, pero esto no me gusta en absoluto.

»Iba avanzando sobre la hierba y ella extendió una mano hacia él.

»—Detente —gritó—. Un paso más y te aniquilaré con la magia de Astarté.

»Richard Haydon se echó a reír apresurando el paso y entonces ocurrió algo muy curioso. Vaciló un momento, tuvimos la sensación de que tropezaba y cayó al suelo cuan largo era.

»No se levantó, sino que permaneció tendido en el lugar donde cayó.

»De pronto, Diana comenzó a reírse histéricamente. Fue un sonido extraño y horrible que rompió el silencio del claro.

»Elliot se adelantó y lanzó una exclamación de disgusto.

»—No puedo soportarlo —exclamó—. Levántate, Dick,

levántate, hombre.

»Pero Richard Haydon seguía inmóvil en el lugar en que había caído. Elliot Haydon llegó hasta él y, arrodillándose a su lado, le dio la vuelta. Se inclinó sobre él y escudriñó su rostro.

»Luego se puso bruscamente en pie, medio tambaleándose.

»—Doctor —dijo—, doctor venga, por amor de Dios. Yo… yo creo que está muerto.

»Symonds corrió hacia el caído y Elliot se vino hacia nosotros caminando muy despacio. Se miraba las manos de un modo que no supe comprender.

»En aquel momento Diana lanzó un grito salvaje.

»—Lo he matado —gritó—. ¡Oh, Dios mío! No quise hacerlo, pero lo he matado.

»Y cayó desvanecida sobre la hierba.

»Mrs. Rogers lanzó un grito.

»—Salgamos de este horrible lugar —gimió—. Aquí puede ocurrirnos cualquier cosa.

—¡Oh es espantoso!

»Elliot me cogió por un hombro.

»—No es posible, hombre —murmuró—. Le digo que no es posible. Un hombre no puede ser asesinado así. Va… va contra la naturaleza.

»Traté de calmarlo.

»—Debe de haber alguna explicación —respondí—. Su primo puede haber tenido un fallo cardíaco repentino a causa de la sorpresa y la excitación…

»Me interrumpió.

»—Usted no lo comprende —dijo extendiendo sus manos y pude contemplar en ellas una mancha roja.

»—Dick no ha muerto del corazón, sino apuñalado… apuñalado en medio del corazón y *no hay arma alguna*.

»Lo miré con incredulidad. En aquel momento Symonds acababa de examinar el cadáver y se aproximó a nosotros, pálido y temblando de pies a cabeza.

»—¿Es que estamos todos locos? —se preguntó—. ¿Qué tiene este lugar para que sucedan en él cosas semejantes?

»—Entonces es cierto.

»Asintió.

»—La herida es igual a la que hubiera producido una daga larga y fina, pero aquí no hay ninguna daga.

»Nos miramos unos a otros.

»Pero tiene que estar aquí —exclamó Elliot Haydon—. Debe haberse caído. Tiene que estar por el suelo. Busquémosla.

»Todos buscamos en vano. Violeta Mannering exclamó de pronto:

»—Diana llevaba algo en la mano. Una especie de daga. Yo la vi claramente. Vi cómo brillaba cuando le amenazó.

»Elliot Haydon meneó la cabeza.

»—Él no llegó siquiera a tres metros de ella.

»Lady Mannering se había inclinado sobre la muchacha tendida en el suelo.

»—Ahora no tiene nada en la mano —anunció—, y no veo nada por el suelo. ¿Estás segura de que la viste, Violeta? Yo no la recuerdo.

»El doctor Symonds se acercó a la joven.

»—Debemos llevarla a la casa —sugirió—. Rogers, ¿quiere ayudarme?

»Entre los dos llevamos a la muchacha de nuevo a la casa y luego regresamos en busca del cadáver de sir Richard.

El doctor Pender se interrumpió mirando a su alrededor.

—Ahora sabemos más cosas —dijo— gracias a la afición por las novelas policíacas. Hasta un chiquillo de la calle sabe que un cadáver debe dejarse donde se encuentra. Pero entonces no teníamos estos conocimientos y por tanto llevamos el cuerpo de Richard Haydon a su dormitorio de la casa cuadrada de granito y enviamos al mayordomo para que fuese a buscar a la policía en su bicicleta: un paseo de unas doce millas.

»Fue entonces cuando Elliot Haydon me llevó aparte.

»—Escuche —me dijo—. Voy a volver al bosque. Hay que encontrar el arma.

»—Si es que la hubo —dije en tono dubitativo.

»Cogiéndome por un brazo, me sacudió con fuerza.

»—Se le han metido todas esas ideas supersticiosas en la cabeza. Usted cree que esta muerte ha sido sobrenatural. Pues yo voy a

volver al bosquecillo para averiguarlo.

»Me mostré extrañamente contrario a que hiciera esto. Hice lo posible por disuadirlo, pero sin resultado. Sólo imaginar aquel círculo de árboles se me ponía la piel de gallina y sentí el fuerte presentimiento de otro desastre, pero Elliot estaba decidido. Creo que también estaba asustado, aunque no quería admitirlo. Se marchó dispuesto a dar con la solución del misterio.

»Fue una noche horrible, nadie pudo conciliar el sueño, ni intentarlo siquiera. La policía, cuando llegó, se mostró del todo incrédula ante lo ocurrido. Manifestaron el deseo de interrogar a miss Ashley, pero tuvieron que desistir puesto que el doctor Symonds se opuso con vehemencia. Miss Ashley había vuelto en sí después de su desmayo o trance y le había dado un sedante para dormir, por lo que no debía ser molestada hasta el día siguiente.

»Hasta las siete de la mañana, nadie pensó en ElIiot Haydon, cuando Symonds preguntó de pronto dónde estaba. Yo expliqué lo que Elliot había hecho y el rostro de Symonds se tornó todavía más pálido y preocupado.

»—Ojalá no hubiera ido. Es una temeridad —dijo.

»—¿No pensará que haya podido ocurrirle algo?

»—Espero que no. Creo, padre, que será mejor que usted y yo vayamos a ver.

»Sabía que no le faltaba razón, pero necesité todo mi valor y fuerza de voluntad para hacerlo. Salimos juntos y penetramos una vez más en la arboleda maldita. Le llamamos un par de veces y no respondió. Al cabo de unos instantes llegamos al claro, que se nos apareció pálido y fantasmal a la temprana luz de la mañana. Symonds se agarró a mi brazo y yo ahogué una exclamación. La noche anterior, cuando lo vimos bañado por la luz de la luna, había el cuerpo de un hombre tendido de bruces sobre la hierba. Ahora, a la luz del amanecer, nuestros ojos contemplaron el mismo cuadro. Elliot Haydon estaba tendido exactamente en el mismo lugar donde cayera su primo.

»—¡Dios mío! —dijo Symonds—. ¡A él también le ha ocurrido!

»Echamos a correr por el césped. Elliot Haydon estaba inconsciente, pero respiraba débilmente y esta vez no cabía la menor duda de la causa de la tragedia. Una larga daga de bronce

permanecía clavada en la herida.

»—Le ha atravesado el hombro y no el corazón. Es una suerte —dijo el médico—. Palabra que no sé qué pensar. De todas formas, no está muerto y podrá contarnos lo ocurrido.

»Pero eso fue precisamente lo que Elliot Haydon no pudo hacer. Su descripción fue extremadamente vaga. Había buscado el arma en vano y, al fin, dando por terminada la búsqueda, se aproximó a la Casa del Ídolo. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien le observaba desde el cinturón de árboles. Luchó por librarse de aquella impresión sin poder conseguirlo. Describió cómo empezó a soplar un viento extraño y helado que parecía venir no de los árboles, sino del interior de la Casa del Ídolo. Se volvió para escudriñar su interior y, al ver la pequeña imagen de la diosa, creyó sufrir una ilusión óptica. La figura fue creciendo y creciendo, y luego de pronto creyó percibir como un golpe en las sienes que le hizo tambalearse y, mientras caía, sintió un dolor ardiente y agudo en el hombro izquierdo.

»Esta vez, la daga fue identificada como la misma que había sido encontrada en el túmulo de la colina y que fue comprada por Richard Haydon. Nadie sabía dónde la guardaba, si en la Casa del Ídolo o en la suya.

»La policía opinaba que había sido apuñalado por miss Ashley, pero dado que todos declaramos que no había estado en ningún momento a menos de tres metros de distancia de él, no podían tener esperanzas de sostener la acusación contra ella. Por consiguiente, todo fue y continúa siendo un misterio.

Se hizo un profundo silencio.

—Parece que no haya nada que decir —habló al fin Joyce Lempriére—. Es todo tan horrible y misterioso. ¿Ha encontrado usted alguna explicación, doctor Pender?

El anciano asintió.

—Sí —contestó—. Tengo una explicación, una cierta explicación, eso es todo. Una bastante curiosa, pero en mi mente quedan aún ciertos aspectos sin aclarar.

—He asistido a sesiones de espiritismo —dijo Joyce— y pueden ustedes decir lo que gusten, pero en ellas ocurren cosas muy extrañas. Supongo que pueden explicarse por algún tipo de

hipnotismo. La muchacha se convirtió realmente en una sacerdotisa de Astarté y supongo que, de una manera u otra, debió apuñalarlo. Tal vez le arrojara la daga que miss Mannering vio en su mano.

—O pudo ser una jabalina —sugirió Raymond West—. Al fin y al cabo, la luz de la luna no es muy fuerte. Podía llevar una especie de lanza en la mano y clavársela a distancia. Y luego entra en juego el hipnotismo colectivo. Quiero decir que todos ustedes estaban preparados para verle caer víctima de un poder sobrenatural y eso vieron.

—He visto realizar cosas maravillosas con lanzas y cuchillos en los escenarios —afirmó sir Henry—. Creo que es posible que un hombre estuviera oculto en el cinturón de árboles y desde allí arrojara un cuchillo o una daga con suficiente puntería, suponiendo, desde luego, que fuese un profesional. Admito que es una idea un tanto descabellada, pero me parece la única teoría realmente aceptable. Recuerden que el otro hombre tuvo la impresión de que alguien le observaba desde los árboles. Y en cuanto a que miss Mannering dijera que miss Ashley tenía una daga en la mano que ninguno de los otros vio, eso no me sorprende. Si tuvieran mi experiencia sabrían que la impresión de cinco personas acerca de la misma cosa difiere tan ampliamente que resulta casi increíble.

Mr. Petherick carraspeó.

—Pero en todas esas teorías parece que hemos pasado por alto un factor esencial —declaró—. ¿Qué fue del arma? Difícilmente hubiera podido librarse miss Ashley de una jabalina, estando como estaba de pie en medio de un espacio abierto. Y si un asesino oculto hubiera arrojado una daga, ésta debería seguir aún en la herida cuando dieron la vuelta al cadáver. Creo que debemos descartar todas esas teorías absurdas y ceñirnos a los hechos concretos.

—¿Y adónde nos conducen?

—Bien, una cosa parece clara. Nadie estaba cerca del hombre cuando cayó al suelo, de modo que tuvo que ser él mismo quien se apuñalase. En resumen, un suicidio.

—¿Pero por qué diablos iba a querer suicidarse? —preguntó Raymond West con tono de incredulidad. El abogado carraspeó de nuevo.

—Oh, eso nos llevaría a formular una vez más una cuestión

teórica —dijo—. Y de momento no me interesan las teorías. A mí me parece, excluyendo lo sobrenatural, en lo que no creo ni por un momento, que ésa es la única manera en que pudieron ocurrir las cosas: se mató él y, al caer, alargó los brazos extrayendo la daga de la herida y arrojándola lejos entre los árboles. Ésta es, aunque un tanto improbable, una explicación posible.

—Yo no lo aseguraría —replicó miss Marple—. Todo esto me ha dejado muy perpleja, pero ocurren cosas muy curiosas. El año pasado, en una fiesta al aire libre en casa de lady Sharpy, el hombre que estaba arreglando el reloj del golf tropezó con uno de los hoyos y perdió completamente el conocimiento por espacio de cinco minutos.

—Sí, querida tía —dijo Raymond en tono amable—, pero a él no le apuñalaron, ¿no es cierto?

—Claro que no, querido —contestó miss Marple—. Eso es lo que voy a explicar. Claro que existe sólo un medio de que pudieran apuñalar al pobre sir Richard, pero primero quisiera saber qué es lo que le hizo caer. Desde luego pudo ser la raíz de un árbol. Debía ir mirando a la joven y con la escasa luz de la luna es fácil tropezar con esas cosas.

—¿Dice usted que sólo existe un medio en que sir Richard pudo ser apuñalado, miss Marple? —preguntó el clérigo mirándola con curiosidad.

—Es muy triste y no me gusta pensarlo. Él era diestro, ¿verdad? Quiero decir que, para clavarse él mismo la daga en el hombro izquierdo, tuvo que utilizar la mano derecha. Siempre me dio mucha pena el pobre Jack Baynes. Cuando estuvo en la guerra, se disparó en un pie después de una batalla, en Arras, ¿recuerdan? Me lo contó cuando fui a verlo al hospital. Estaba muy avergonzado. No creo que este pobre hombre, Elliot Haydon, se beneficie gran cosa con su malvado crimen.

—Elliot Haydon —exclamó Raymond—. ¿Crees que fue él?

—No veo que pudiera hacerlo otra persona —dijo miss Marple abriendo los ojos con sorpresa—. Quiero decir que, como dice sabiamente Mr. Petherick, hay que considerar los hechos y descartar toda esa atmósfera de deidades paganas, que no me resulta agradable. Fue el primero que se aproximó a Richard y le dio la

vuelta. Y para hacerlo, tuvo que volverse de espaldas a todos. Yendo vestido de capitán de bandidos seguro que llevaba algún arma en el cinturón. Recuerdo que una vez bailé con un hombre disfrazado así cuando era jovencita. Llevaba cinco clases de cuchillos y dagas, y no hará falta que les diga lo molesto que resultaba para la pareja.

Todas las miradas se volvieron hacia el doctor Pender.

—Yo supe la verdad —exclamó— cinco años después de ocurrida la tragedia. Me llegó en forma de carta escrita por Elliot Haydon. En ella me decía que siempre imaginó que yo sospechaba de él. Dijo que fue víctima de una tentación repentina. Él también amaba a Diana Ashley, pero era sólo un pobre abogado que luchaba por abrirse camino. Quitando a Richard de en medio y heredando su título y hacienda, veía abrirse ante él un futuro maravilloso. Sacó la daga de su cinturón al arrodillarse junto a su primo, se la clavó y la devolvió a su sitio, y luego se hirió él mismo para alejar sospechas. Me escribió la noche antes de partir con una expedición al Polo Sur, por si no regresaba. No creo que tuviera intención de regresar y sé que, como ha dicho miss Marple, su crimen no le proporcionó ningún beneficio. «Por espacio de cinco años —me escribió— he vivido en un infierno. Espero que por lo menos pueda expiar mi crimen muriendo con honor».

Hubo una pausa.

—Y murió con honor —dijo sir Henry—. Ha cambiado usted los nombres de los personajes de su historia, doctor Pender, pero creo reconocer al hombre al que usted se refiere.

—Como les dije —terminó el clérigo—, no creo que esta confesión explique todos los hechos. Sigo pensando todavía que en aquel bosque había algo maligno, una influencia que impulsó a Elliot Haydon a cometer su crimen. Incluso ahora no puedo recordar sin estremecerme la Casa del Ídolo de Astarté.

Capítulo III

Lingotes de oro

—No sé si la historia que voy a contarles es aceptable —dijo Raymond West—, porque no puedo brindarles la solución. No obstante, los hechos fueron tan interesantes y tan curiosos que me gustaría proponerla como problema y, tal vez entre todos, podamos llegar a alguna conclusión lógica.

»Ocurrió hace dos años, cuando fui a pasar la Pascua de Pentecostés a Cornualles con un hombre llamado John Newman.

—¿Cornualles? —preguntó Joyce Lempriére con viveza.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada, sólo que es curioso. Mi historia también ocurrió en cierto lugar de Cornualles, en un pueblecito pesquero llamado Rathole. No irá usted a decirme que el suyo es el mismo.

—No, el mío se llama Polperran y está situado en la costa oeste de Cornualles, un lugar agreste y rocoso. A Newman me lo habían presentado pocas semanas antes y me pareció un compañero interesante. Era un hombre de aguda inteligencia y posición acomodada, poseído de una romántica imaginación. Como resultado de su última afición, había alquilado Pol House. Era una autoridad en la época isabelina y me describió con lenguaje vivo y gráfico la ruta de la Armada Invencible. Lo hizo con tal entusiasmo, que uno hubiera dicho que fue testigo presencial de la escena. ¿Existe algo de cierto en la reencarnación? Quisiera saberlo. Me lo he preguntado tantas veces…

—Eres tan romántico, querido Raymond —dijo miss Marple

mirándole con benevolencia.

—Romántico es lo último que soy —respondió su sobrino ligeramente molesto—. Pero ese individuo, Newman, me interesaba por esa razón, como una reliquia curiosa del pasado. Parece ser que cierto barco perteneciente a la Armada y que contenía un enorme tesoro en oro procedente de la parte oriental del mar Caribe, había naufragado en la costa de Cornualles, en las famosas y temibles Rocas de la Serpiente. Newman me contó que a lo largo de los años se habían hecho intentos de rescatar el barco y recuperar el tesoro. Creo que estas historias son muy corrientes, aunque el número de barcos con tesoros mitológicos es mucho mayor que el de los verdaderos. Formaron una compañía, pero quebraron, y Newman pudo comprar los derechos de aquella cosa, o como quieran llamarle, por cuatro cuartos. Se mostraba entusiasmado. Según él, sólo era cuestión de utilizar la maquinaria más moderna. El oro estaba allí, no le cabía la menor duda de que podría ser recuperado.

»Mientras le escuchaba, se me ocurrió pensar en la frecuencia con que ocurren cosas como ésta. Un hombre rico como Newman logra el éxito casi sin esfuerzo y, no obstante, es probable que el valor de su hallazgo en dinero no signifique nada para él. Debo confesar que me contagié de su entusiasmo. Veía galeones surcando las aguas de la costa, desafiando la tormenta, y abatidos y destrozados contra las negras rocas. La palabra «*galeón*» me resultaba romántica. La frase el *«oro español*» emociona a los escolares, y también a los hombres hechos y derechos. Además, yo estaba trabajando por aquel entonces en una novela, algunas de cuyas escenas transcurrían en el siglo XVI, y vi la oportunidad de poder darle un valioso colorido local gracias a Newman.

»Salí de la estación de Paddington el viernes por la mañana, ilusionado ante la perspectiva de mi viaje. El compartimiento del tren estaba vacío, con la sola excepción de un hombre sentado ante mí en el rincón opuesto. Era alto, con aspecto de militar, y no pude evitar la sensación de que lo había visto antes en alguna otra parte. Me estuve devanando los sesos en vano durante algún tiempo y al fin di con ello. Mi compañero de viaje no era otro que el inspector Badgworth, a quien yo conociera cuando escribí una serie de artículos sobre el caso de la misteriosa desaparición de Everson.

»Me di a conocer y no tardamos en charlar amigablemente. Cuando le dije que me dirigía a Polperran comentó que era una coincidencia singular ya que él también iba a aquel lugar. No quise parecer indiscreto y me guardé de preguntarle qué era lo que le llevaba allí. En vez de eso, le hablé de mi propio interés por el lugar, mencionando el naufragio del galeón español. Para mi sorpresa, el inspector parecía saberlo todo al respecto.

»—Seguro que es el Juan Fernández —me dijo—. Su amigo no será el primero que ha dilapidado todo su dinero tratando de sacar el oro a flote. Es un capricho romántico.

»—Y probablemente toda la historia es un mito —repliqué yo—. Nunca habrá naufragado un barco en este lugar.

»—Oh, el hundimiento del barco sí es cosa cierta —me dijo el inspector—, así como el de muchos otros. Le sorprendería a usted conocer el número de naufragios que hubo en esa parte de la costa. A decir verdad, ése es el motivo que me lleva allí ahora. Ahí es donde hace seis meses se hundió el Otranto.

»—Recuerdo haberlo leído —contesté—. Creo que no hubo desgracias personales.

»—No —contestó el inspector—, pero se perdió otra cosa. No es del dominio público, pero llevaba a bordo lingotes de oro.

»—¿Sí? —pregunté muy interesado.

»—Naturalmente utilizamos buzos para los trabajos de salvamento, pero el oro había desaparecido, Mr. West.

»—¡Desaparecido! —exclamé mirándole asombrado—. ¿Cómo es posible?

»—Ése es el problema —replicó el inspector—. Las rocas abrieron un boquete en la cámara acorazada y los buzos pudieron penetrar fácilmente en ella por ese camino, pero la encontraron vacía. La cuestión es, ¿fue robado el oro antes o después del naufragio? ¿Estuvo alguna vez siquiera en la cámara acorazada?

»—Un caso muy curioso —comenté.

»—Lo es, considerando lo que representan los lingotes de oro. No es como un collar de brillantes, que puede llevarse en el bolsillo. Bueno, parece del todo imposible. Debieron de hacer alguna triquiñuela antes de que partiera el barco. Pero, de no ser así, el oro ha tenido que desaparecer en los últimos seis meses, y yo voy a

investigar el asunto.

»Encontré a Newman esperándome en la estación. Se disculpó por no traer su automóvil, que se encontraba en Truro a causa de ciertas reparaciones necesarias. En su lugar había traído una camioneta de la finca.

»Tomé asiento a su lado y avanzamos con prudencia por las estrechas callejuelas del pueblecito pesquero, subimos por una pendiente muy pronunciada, yo diría que de un veinte por ciento, recorrimos una corta distancia por un camino zigzagueante y finalmente enfilamos los pilares de granito de la entrada de Pol House.

»Era un lugar encantador, situado sobre los acantilados, con una estupenda vista sobre el mar. Algunas partes tenían unos trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, pero se le había añadido un ala moderna. Detrás de ella se extendían unos siete u ocho acres de terreno de cultivo.

»—Bienvenido a Pol House —dijo Newman—. Y a la enseña del Galeón Dorado —y señaló hacia la puerta principal, de donde pendía una reproducción perfecta de un galeón español con todas sus velas desplegadas.

»Mi primera noche allí fue deliciosa e instructiva. Mi anfitrión me mostró viejos manuscritos que hacían referencia al Juan Fernández. Desplegó cartas de navegación ante mí, indicándome posiciones marcadas con líneas de puntos, y me enseñó planos de aparatos de inmersión, los cuales, debo confesar, me satisficieron por completo.

»Le hablé del encuentro con el inspector Badgworth, cosa que le interesó sobremanera.

»—Hay gentes muy extrañas por esta costa —dijo en tono pensativo—. Llevan en la sangre el contrabando y la destrucción. Cuando un barco se hunde en sus costas no pueden evitar considerarlo un pillaje legal para sus bolsillos. Hay aquí un individuo al que me gustaría que conociera. Es un tipo interesante.

»El día siguiente amaneció claro y radiante. Fuimos a Polperran y allí me fue presentado el buzo de Newman, un hombre llamado Higgins. Era un individuo de rostro curtido, extremadamente taciturno y cuyas intervenciones en la conversación se reducían a

monosílabos. Después de discutir entre ellos sobre asuntos técnicos, nos dirigimos a Las Tres Áncoras. Una jarra de cerveza contribuyó un poco a desatar la lengua de aquel individuo.

»—Ha venido un detective de Londres —gruñó—. Dicen que ese barco que se hundió en noviembre pasado llevaba a bordo gran cantidad de oro. Bueno, no fue el primero en zozobrar y tampoco será el último.

»—Cierto, cierto —intervino el posadero de Las Tres Áncoras—. Has dicho una gran verdad, Bill Higgins.

»—Vaya si lo es, Mr. Kelvin —replicó Higgins.

»Miré con cierta curiosidad al posadero. Era un hombre muy peculiar, moreno, de rostro bronceado y anchas espaldas. Sus ojos parecían inyectados en sangre y tenían un modo muy extraño de evitar la mirada de los demás. Sospeché que aquél era el hombre de que me hablara Newman, al que calificó de sujeto interesante.

»—No queremos extranjeros entrometidos en estas costas —dijo con tono siniestro.

»—¿Se refiere a la policía? —preguntó Newman con una sonrisa.

»—A la policía y a otros —replicó Kelvin significativamente—. Y no lo olvide usted, señor.

»—¿Sabe usted, Newman, que me ha sonado como una amenaza? —le dije cuando subíamos la colina para dirigirnos a casa.

»Mi amigo se echó a reír.

»—Tonterías, yo no le hago ningún daño a la gente de aquí.

»Yo moví la cabeza pensativo. En Kelvin había algo siniestro y salvaje, y comprendí que su mente podía discurrir por sendas extrañas e insospechadas.

»Creo que mi inquietud comenzó a partir de aquel momento. La primera noche había dormido bastante bien, pero la siguiente mi sueño fue intranquilo y entrecortado. El domingo amaneció gris y triste, con el cielo encapotado y la amenaza de los truenos estremeciendo el aire. Me fue difícil disimular mi estado de ánimo y Newman observó el cambio operado en mí.

»—¿Qué le ocurre West? Esta mañana está hecho un manojo de nervios.

»—No lo sé —dije—, pero tengo un horrible presentimiento.

»—Es el tiempo.

»—Sí, es posible.

»No dije más. Por la tarde salimos en la lancha motora de Newman, pero se puso a llover con tal fuerza que tuvimos que regresar a la playa y ponernos inmediatamente ropa seca.

»Aquella noche creció mi ansiedad. En el exterior la tormenta aullaba y rugía. A eso de las diez la tempestad se calmó y Newman miró por la ventana.

»—Está aclarando —anunció—. No me extrañaría que dentro de media hora hiciera una noche magnífica. Si es así, saldré a dar un paseo.

»Yo bostecé.

»—Tengo mucho sueño —dije—. Anoche no dormí mucho y me parece que me acostaré temprano.

»Así lo hice. La noche anterior había dormido muy poco y, en cambio, aquella tuve un sueño profundo. No obstante, mi sopor no me proporcionó descanso. Seguía oprimiéndome el terrible presentimiento de un cercano peligro: soñé cosas horribles, espantosos abismos y enormes precipicios entre los cuales me hallaba vagando, sabiendo que el menor tropiezo de uno de mis pies hubiera significado la muerte. Cuando desperté, mi reloj señalaba las ocho. Me dolía mucho la cabeza y seguía bajo la opresión de mis pesadillas.

»Tan fuerte era ésta que, cuando me acerqué a mirar por la ventana, retrocedí con un nuevo sentimiento de terror, pues lo primero que vi, o creí ver, fue la figura de un hombre cavando una tumba.

»Tardé un par de minutos en rehacerme y entonces comprendí que el sepulturero no era otro que el jardinero de Newman y que *«la tumba»* estaba destinada a tres nuevos rosales que estaban sobre el césped esperando a ser plantados.

»El jardinero alzó la cabeza y al verme se llevó la mano al sombrero.

»—Buenos días señor, hermosa mañana.

»—Supongo que lo es, sí —repliqué dubitativo sin poder sacudir por completo mi pesimismo.

»Sin embargo, como había dicho el jardinero, la mañana era

espléndida. El sol brillaba en un cielo azul pálido que prometía un tiempo magnífico para todo el día. Bajé a desayunar silbando una tonadilla. Newman no tenía ninguna doncella en la casa, solo un par de hermanas de mediana edad, que vivían en una granja cercana, acudían diariamente para atender a sus sencillas necesidades. Una de ellas estaba colocando la cafetera sobre la mesa cuando yo entré en la habitación.

»—Buenos días, Elizabeth —dije—. ¿No ha bajado todavía Mr. Newman?

»—Debe de haber salido muy temprano, señor —me contestó—, pues no estaba en la casa cuando llegamos.

»Al instante sentí renacer mi inquietud. Las dos mañanas anteriores Newman había bajado a desayunar un poco tarde y en ningún momento supuse que fuese madrugador. Impulsado por mis presentimientos, subí a su habitación. La encontré vacía y, además, sin señales de que hubiera dormido en su cama. Tras un breve examen de su dormitorio, descubrí otras dos cosas. Si Newman salió a pasear debió de hacerlo en pijama, puesto que éste había desaparecido.

»Entonces tuve el convencimiento de que mis temores eran justificados. Newman había salido, como dijo que haría, a dar un paseo nocturno y, por alguna razón desconocida, no había regresado. ¿Por qué? ¿Habría tenido un accidente? ¿Se habría caído por el acantilado? Debíamos averiguarlo en seguida.

»En pocas horas ya había reclutado a un gran número de ayudantes y juntos lo buscamos en todas direcciones, por los acantilados y en las rocas de abajo, pero no había rastro de Newman.

»Al fin, desesperado, fui a buscar al inspector Badgworth. Su rostro adquirió una expresión grave.

»—Tengo la impresión de que ha sido víctima de una mala jugada —dijo—. Hay gente muy poco escrupulosa por esta zona. ¿Ha visto usted a Kelvin, el posadero de Las Tres Áncoras?

»Le contesté afirmativamente.

»—¿Sabía usted que estuvo cuatro años en la cárcel por asalto y agresión?

»—No me sorprende —repliqué.

»—La opinión general de los habitantes de este pueblo parece ser que su amigo se entromete demasiado en cosas que no le conciernen. Espero que no haya sufrido ningún daño.

»Continuamos la búsqueda con redoblado ánimo y hasta última hora de la tarde no vimos recompensados nuestros esfuerzos. Descubrimos a Newman en su propia finca, dentro de una profunda zanja, con los pies y las manos fuertemente atados con cuerdas y un pañuelo en la boca, a modo de mordaza, para evitar que gritase.

»Estaba terriblemente exhausto y dolorido, pero después de unas fricciones en las muñecas y en los tobillos y un buen trago de whisky, pudo referirnos lo que le había ocurrido.

»Cuando aclaró el tiempo, salió a dar un paseo, a eso de las once. Llegó hasta cierto lugar de los acantilados conocidos vulgarmente como la Ensenada de los Contrabandistas debido al gran número de cuevas que hay allí. Allí observó que unos hombres sacaban algo de un pequeño bote y bajó para ver de qué se trataba. Fuera lo que fuera, parecía ser algo muy pesado y lo trasladaban a una de las cuevas más lejanas.

»Sin imaginar que se tratase en realidad de algo ilegal, Newman lo encontró extraño. Se acercó un poco más sin ser visto, mas de pronto se oyó un grito de alarma e inmediatamente dos fornidos marineros cayeron sobre él y le dejaron inconsciente. Cuando volvió en sí, se encontró tendido en un vehículo que iba a toda velocidad y que subía, dando tumbos y saltando sobre los baches, por lo que pudo deducir, por el camino que conduce de la costa al pueblo. Ante su sorpresa el camión penetró por la entrada de su propia casa. Allí, tras sostener una conversación en voz baja, los hombres lo sacaron para arrojarlo a la zanja en el lugar en que su profundidad haría más improbable que fuera hallado por algún tiempo. Después, el camión se puso en marcha y le pareció que salía por la otra entrada, situada una milla más cerca del pueblo. No pudo darnos descripción alguna de los asaltantes, excepto que desde luego eran hombres de mar y, por su acento, cornualleses.

»El inspector Badgworth pareció muy interesado por el relato.

»—Apuesto a que es ahí donde ha sido escondido el oro —exclamó—. De un modo u otro debió ser salvado del naufragio y almacenado en alguna cueva solitaria, en alguna otra parte. Hemos

registrado todas las cuevas de la Ensenada de los Contrabandistas y, como que ahora nos dedicamos a buscarlo más hacia el interior, lo han trasladado de noche a una cueva que ya ha sido registrada y que, por consiguiente, no es probable que volvamos a mirar. Por desgracia han tenido por lo menos dieciocho horas para llevárselo de nuevo. Si capturaron a Mr. Newman ayer noche, dudo que encontremos nada allí a estas horas.

»El inspector se apresuró a efectuar un registro en la cueva y encontró pruebas definitivas de que el oro había sido almacenado allí como supuso, pero los lingotes habían sido trasladados una vez más y no existía la menor pista de cuál era el nuevo escondrijo.

»No obstante, sí había una pista y el propio inspector me la señaló al día siguiente.

»—Este camino lo utilizan muy poco los automóviles —dijo— y en uno o dos lugares se ven claramente huellas de neumáticos. A uno de ellos le falta una pieza triangular y deja una huella inconfundible. Eso demuestra que entraron por esta entrada y aquí hay una clara huella que indica que salieron por la otra, de modo que no cabe duda de que se trata del vehículo que andamos buscando. Ahora bien, ¿por qué salieron por la entrada más lejana? A mí me parece clarísimo que el camión vino del pueblo. No hay muchas personas que tengan uno: dos o tres a lo sumo. Kelvin, el posadero de Las Tres Áncoras, tiene uno.

»—¿Cuál era la profesión original de Kelvin? —preguntó Newman.

»—Es curioso que me pregunte usted eso, Mr. Newman. En su juventud Kelvin fue buzo profesional.

»Newman y yo nos miramos significativamente. Las piezas del rompecabezas parecían empezar a encajar.

»—¿No reconoció a Kelvin en uno de los hombres de la playa? —preguntó el inspector.

»Newman negó con la cabeza.

»—Temo no poder ayudarle en eso —dijo pesaroso—. La verdad es que no tuve tiempo de ver nada.

»El inspector, muy amablemente, me permitió acompañarlo a Las Tres Áncoras. El garaje se hallaba en una calle lateral. Sus grandes puertas estaban cerradas, pero al subir por la callejuela

lateral encontramos una pequeña puerta que daba acceso al interior del mismo y que estaba abierta. Un breve examen de los neumáticos fue suficiente para el inspector.

»—Lo hemos pillado, diantre —exclamó—. Aquí está la marca, tan clara como el día, en la rueda posterior izquierda. Ahora, Mr. Kelvin, veremos de qué le sirve su inteligencia para salir de ésta.

Raymond West hizo un alto en su relato.

—Bueno —dijo la joven Joyce—. Hasta ahora no veo dónde está el problema, a menos que nunca encontrasen el oro.

—Nunca lo encontraron, desde luego —repitió Raymond—, y tampoco pudieron acusar a Kelvin. Supongo que era demasiado listo para ellos, pero no veo cómo se las arregló. Fue detenido por la prueba del neumático, pero surgió una dificultad extraordinaria. Al otro lado de las grandes puertas del garaje había una casita que en verano alquilaba una artista.

—¡Oh, esas artistas! —exclamó Joyce riendo.

—Como tú dices: ¡Oh, esas artistas! Ésta en particular había estado enferma algunas semanas y por este motivo tenía dos enfermeras que la atendían. La que estaba de guardia aquella noche acercó su butaca a la ventana, que tenía la persiana levantada, y declaró que el camión no pudo haber salido del garaje de enfrente sin que ella lo viera y juró que nadie salió de allí aquella noche.

—No creo que esto deba considerarse un problema —comentó Joyce—. Es casi seguro que la enfermera se quedó dormida, siempre se duermen.

—Es lo que siempre ocurre —dijo Mr. Petherick juiciosamente —. Pero me parece que aceptamos los hechos sin examinarlos lo suficiente. Antes de aceptar el testimonio de la enfermera debiéramos investigar de cerca su buena fe. Una coartada que surge con tal sospechosa prontitud despierta dudas en la mente de cualquiera.

—También tenemos la declaración de la artista —dijo Raymond —. Dijo que se encontraba muy mal y pasó despierta la mayor parte de la noche, de modo que hubiera oído sin duda alguna el camión, puesto que era un ruido inusitado y la noche había quedado muy apacible después de la tormenta.

—¡Hum…! —dijo el clérigo—. Eso desde luego es un factor

adicional. ¿Tenía alguna coartada el propio Kelvin?

—Declaró que estuvo en su casa durmiendo desde las diez en adelante, pero no pudo presentar ningún testigo que apoyara su declaración.

—La enfermera debió quedarse dormida lo mismo que su paciente —dijo la joven—. La gente enferma siempre se imagina que no ha pegado ojo en toda la noche.

Raymond West lanzó una mirada interrogativa al doctor Pender.

—Me da lástima ese Kelvin. Me parece que es víctima de aquello de «Por un perro que maté…». Kelvin había estado en la cárcel. Aparte de la huella del neumático, que es desde luego algo demasiado evidente para ser mera coincidencia, no parece haber mucho en contra suya, excepto sus desgraciados antecedentes.

—¿Y usted, sir Henry?

El aludido movió la cabeza.

—Da la casualidad —replicó sonriendo— que conozco este caso, de modo que evidentemente no debo hablar.

—Bien, adelante, tía Jane. ¿No tienes nada que decir?

—Espera un momento, querido —respondió miss Marple—. Me temo que he contado mal. Dos puntos del revés, tres del derecho, saltar uno, dos del revés… sí, está bien.

—¿Qué me decías, querido?

—¿Cuál es tu opinión?

—No te gustaría, querido. He observado que a los jóvenes nunca les gusta. Es mejor no decir nada.

—Tonterías, tía Jane. Adelante.

—Pues bien, querido Raymond —dijo miss Marple dejando la labor para mirar a su sobrino— creo que deberías tener más cuidado al escoger a tus amistades. Eres tan crédulo, querido, y te dejas engañar tan fácilmente. Supongo que eso se debe a que eres escritor y tienes mucha imaginación. ¡Toda esa historia del galeón español! Si fueras mayor y tuvieses mi experiencia de la vida te habrías puesto en guardia en seguida. ¡Además, un hombre al que conocías sólo desde hacía unas semanas!

Sir Henry lanzó un torrente de carcajadas al tiempo que golpeaba su rodilla.

—Esta vez te han pillado, Raymond —dijo—. Miss Marple, es

usted maravillosa. Tu amigo Newman, muchacho, tenía otro nombre, es decir, varios más. En estos momentos no está en Cornualles, sino en Devonshire. En Dartmoor, para ser exacto y en calidad de convicto en la prisión de Princetown. No pudimos cogerlo por el asunto del oro robado, pero sí por robar la cámara acorazada de uno de los bancos de Londres. Cuando revisamos sus antecedentes supimos que buena parte del oro robado fue enterrado en el jardín de Pol House. Fue una idea bastante buena. Por toda la costa de Cornualles se cuentan historias de barcos hundidos llenos de oro. Serviría para justificar el buzo y para justificar el oro. Pero se necesitaba una víctima propiciatoria y Kelvin era la ideal. Newman representó su pequeña comedia muy bien y nuestro amigo Raymond, una celebridad como escritor, hizo de testigo impecable.

—Pero ¿y la huella del neumático? —objetó Joyce.

—Oh, yo lo vi en seguida, querida, y no sé nada de automóviles —dijo miss Marple—. Ya sabes que la gente cambia las ruedas, a menudo lo he visto hacer y, claro, pudieron coger la rueda de la camioneta de Kelvin y sacarla por la puerta pequeña del garaje y salir con ella al callejón. Allí la colocarían en la camioneta de Mr. Newman y bajarían hasta la playa, cargarían el oro y volverían a entrar por la otra entrada al pueblo. Luego volvieron a colocar la rueda en la camioneta de Mr. Kelvin, me imagino, mientras alguien maniataba a Mr. Newman y lo arrojaba a la zanja. Estuvo muy incómodo y probablemente tardaron en encontrarlo más de lo que habían calculado. Imagino que el individuo que se llamaba a sí mismo jardinero debía ocuparse de eso.

—¿Por qué dices que se llamaba a sí mismo jardinero, tía Jane? —preguntó Raymond con extrañeza.

—Pues porque no podía ser un jardinero auténtico —dijo miss Marple—. Los jardineros no trabajan durante el lunes de la Pascua de Pentecostés, todo el mundo lo sabe.

Sonrió sin apartar los ojos de su labor.

—En realidad fue ese pequeño detalle lo que me puso sobre la verdadera pista —dijo.

Luego miró a Raymond.

—Cuando tengas tu propia casa, querido, y un jardinero que cuide de tu jardín, conocerás estos pequeños detalles.

Capítulo IV

Manchas de sangre en el suelo

—Es curioso —comenzó a decir Joyce Lempriére—, pero casi me siento inclinada a no contarles mi historia. Sucedió hace mucho tiempo, hace cinco años, para ser exacta, y desde entonces me tiene obsesionada. Tanto su lado brillante, alegre y superficial, como el horror que se escondía en el fondo. Y lo curioso del caso es que el cuadro que pinté entonces está impregnado de la misma atmósfera. Cuando se mira por primera vez, parece sólo el simple boceto de una callejuela de Cornualles bañada por la luz del sol. Pero al contemplarlo con más atención, se descubre en él algo siniestro. Nunca quise venderlo, pero nunca lo miro. Está en mi estudio, en un rincón y de cara a la pared.

»El nombre del lugar es Rathole, un extraño pueblecito pesquero de Cornualles, muy pintoresco, tal vez demasiado pintoresco. En él se respira demasiado la atmósfera de una antigua sala de té de Cornualles. Tiene tiendas en las que muchachas de pelo a lo *garçon* pintan a mano leyendas sobre pergaminos. Es bonito y original, pero se lo creen demasiado.

—No sé por qué será —dijo Raymond West con un gruñido—. Supongo que será debido a esa maldita invasión de autocares llenos de gente. Por estrechos que sean los caminos que llevan a ellos, ninguno de esos pintorescos pueblecitos se libra de ellos.

Joyce asintió.

—Los que conducen a Rathole son muy estrechos y empinados como una pared. Bien, sigo con mi historia. Yo había ido a

Cornualles a pasar quince días dibujando. En Rathole existía una antigua posada, Las Armas de Polharwith, que se supone es la única casa que dejaron en pie los atacantes españoles cuando bombardearon ferozmente el lugar hacia el 1500 o algo por el estilo.

—No lo bombardearon —replicó Raymond West con el entrecejo fruncido—. Procura no desvirtuar la historia, Joyce.

—Bueno, sea como fuere, desembarcaron cañones a lo largo de toda la costa y con ellos destrozaron las casas. De todas maneras no es ésta la cuestión. La posada era un lugar maravilloso por su antigüedad, con una especie de porche sostenido por cuatro pilares. Conseguí un buen apunte y me disponía a trabajar de firme cuando un coche subió serpenteando por la colina. Por supuesto, fue a detenerse delante de la posada, en el lugar en que más me estorbaba. Se apearon sus ocupantes, un hombre y una mujer, en los que no me fijé gran cosa. Ella llevaba un vestido de lino malva y un sombrero del mismo color.

»El hombre volvió a salir de nuevo y, para mi gran satisfacción, llevó el coche hasta el muelle y lo dejó aparcado allí. Al regresar a la posada tuvo que pasar junto a mí, en el preciso momento en que llegaba otro coche, del que se apeó una mujer vestida con el traje más llamativo que viera en mi vida. Creo que su estampado consistía en ponsetias rojas y llevaba uno de esos enormes sombreros de paja que utilizan los nativos, me parece que de Cuba ¿no es eso?, y que también era de un brillante rojo escarlata.

»La mujer no se detuvo delante de la posada, sino que llevó su coche más abajo en el otro lado. Luego se apeó y el hombre le dijo asombrado:

»—Carol, esto sí que es maravilloso. Qué casualidad encontrarte en este apartado rincón del mundo. Hace años que no te veía. Margery está aquí también, mi esposa, ya sabes. Debes venir a conocerla.

»Subieron juntos la empinada calle en dirección a la posada y vi que la otra mujer acababa de salir a la puerta y se dirigía a ellos. Cuando pasaron ante mí, pude echar un vistazo a la mujer llamada Carol, lo suficiente para ver una barbilla muy empolvada y una boca muy roja, y me pregunté, sólo me pregunté, si Margery se

alegraría mucho de conocerla. A Margery no la había visto de cerca, pero así de lejos me pareció muy formal, estirada y poco maquillada.

»Bueno, desde luego no era asunto mío, pero a veces se ven pequeños retazos de la vida y no puedes evitar especular sobre ellos. Desde donde estaba podía oír fragmentos de su conversación. Hablaban de ir a bañarse. El marido, cuyo nombre al parecer era Denis, deseaba alquilar un bote y remar por la costa. Había allí una cueva famosa que merecía la pena ver a cosa de una milla de distancia, según dijo. Carol deseaba verla también, pero sugirió la idea de ir andando por los acantilados y verla desde la costa. Dijo que odiaba los botes. Al fin lo acordaron así. Carol iría andando por el camino del acantilado y se reuniría con ellos en la cueva, mientras Denis y Margery cogerían una barca y remarían hasta allí.

»Al oírles hablar de bañarse me entraron ganas a mí también. Era una mañana muy calurosa y no adelantaba apenas mi trabajo. Además, imaginé que la luz de la tarde daría al lugar un efecto más atrayente, de modo que recogí mis bártulos y me dirigí a una pequeña playa que había descubierto, en dirección completamente opuesta a la cueva. Tomé un delicioso baño allí y comí lengua enlatada y dos tomates, volviendo por la tarde a continuar mi apunte llena de entusiasmo y confianza.

»Todo Rathole parecía dormido. Había acertado al imaginar la luz del sol por la tarde: las sombras resultaban mucho más sugerentes, Las Armas de Polharwith eran el tema principal de mi apunte. Un rayo de sol caía oblicuamente sobre la tierra ante la posada y producía un efecto curioso. Supuse que los bañistas habrían regresado felizmente ya que dos trajes de baño, uno rojo y otro azul oscuro, estaban tendidos en el balcón, secándose al sol.

»Había algo que no me salía bien en una de las esquinas de mi apunte y me incliné unos instantes para arreglarlo. Cuando volví a alzar la vista, había una figura apoyada en uno de los pilares de la posada que parecía haber aparecido por arte de magia. Vestía ropas de marinero y supuse que sería un pescador. Además, llevaba una larga barba negra y, si hubiera buscado un modelo para dibujar a un malvado capitán español, no lo hubiera podido encontrar mejor. Me puse a trabajar con entusiasmo antes de que se marchara,

aunque a juzgar por su actitud, parecía dispuesto a sostener el pilar por toda la eternidad.

»Sin embargo, al fin se movió. Afortunadamente, yo ya había obtenido lo que deseaba. Se acercó a mí y empezamos a charlar. ¡Cómo hablaba aquel hombre!

»—Rathole es un lugar muy interesante —me dijo.

»Yo ya lo sabía, pero, aunque se lo dije, eso no me salvó. Tuve que oír toda la historia del bombardeo, quiero decir de la destrucción del pueblo, y cómo el propietario de Las Armas de Polharwith murió en el mismo umbral de su puerta, atravesado por la espada de un capitán español, y que su sangre manchó el suelo y nadie consiguió limpiar la mancha durante cien años.

»Todo aquello concordaba admirablemente con la lánguida pesadez de la tarde. La voz del hombre era muy suave y, no obstante, al mismo tiempo resultaba un tanto amenazadora. Sus modales eran obsequiosos, pero comprendí que en el fondo debía de ser un hombre cruel. Me hizo comprender el papel de la Inquisición y el horror de todas las cosas que habían hecho los españoles mejor de lo que nunca lo hubiera hecho.

»Mientras me estuvo hablando, continué mi trabajo y de pronto me di cuenta de que, distraída escuchando su historia, había pintado algo que no estaba allí. Sobre el blanco suelo, en el lugar donde el sol caía ante la puerta de Las Armas de Polharwith, había pintado manchas de sangre. Parece extraordinario que el subconsciente pudiera jugar semejante treta a mi mano, mas al mirar de nuevo hacia la posada tuve un segundo sobresalto. Mi mano había pintado únicamente lo que veían mis ojos, gotas de sangre en el blanco suelo.

»Las miré durante unos instantes. Después, cerrando los ojos, dije para mis adentros: "No seas tonta, allí no hay nada en realidad". Los volví a abrir y las manchas de sangre seguían allí.

»De pronto me di cuenta de que no podría soportarlo e interrumpí con una pregunta el torrente de palabras del pescador.

»—Dígame —le dije—, no tengo muy buena vista. ¿Eso que se ve en el suelo son manchas de sangre?

»Me miró con benevolencia.

»—No hay manchas de sangre hoy en día, señora. Le estoy

contando lo que ocurrió hace casi quinientos años.

»—Sí —respondí—, pero ahora, en el suelo… —las palabras se ahogaron en mi garganta.

»Sabía… me daba cuenta de que él no vería lo mismo que yo. Me puse de pie y, con las manos temblorosas, empecé a recoger mis cosas, y entonces observé que el joven que había llegado en coche aquella mañana salía de la posada mirando a ambos lados de la calle con perplejidad. En el balcón apareció su esposa para recoger los trajes de baño. Echó a andar hacia el coche, pero cambió de idea y cruzó la calle hacia el pescador.

»—Oiga, buen hombre —le dijo—, ¿sabe usted si la señora que llegó en el otro coche ha regresado ya?

»—¿Una señora con un vestido floreado? No, señor, no la he visto. Esta mañana se fue hacia la cueva por los acantilados.

»—Lo sé, lo sé. Nos bañamos todos juntos y luego nos dejó para volver a casa, y no hemos vuelto a verla desde entonces. No es posible que tarde tanto. Los acantilados no serán peligrosos, ¿verdad?

»—Depende de por donde se vaya, señor. Lo mejor es ir con alguien que conozca el lugar.

»Era evidente que se refería a sí mismo y se disponía a seguir hablando, mas el joven le interrumpió sin ninguna clase de ceremonias y volvió de nuevo a la posada, gritando a su esposa, que estaba en el balcón:

»—Oye, Margery, Carol no ha regresado todavía. Es extraño, ¿no te parece?

»No oí la respuesta de Margery, pero su esposo continuó diciendo:

»—Bueno, no podemos esperar más. Tenemos que continuar hasta Penrithar. ¿Estás lista? Iré a sacar el coche.

»Hizo lo que decía y en seguida se marcharon juntos. Entretanto, yo había esperado ansiosa el momento de probar lo ridículo de mis imaginaciones. Cuando el automóvil se hubo alejado, fui hasta la posada para examinar de cerca el suelo. Desde luego allí no había manchas de sangre. No, todo había sido producto de mi exaltada imaginación. Y eso, en cierto modo todavía resultaba más aterrador. Fue entonces, mientras permanecía en pie como clavada en aquel

lugar, cuando oí la voz del pescador, que me miraba con curiosidad.

»—Usted creyó ver manchas de sangre aquí, ¿eh, señora?

Asentí.

»—Es muy curioso, muy curioso. Aquí tenemos una superstición, señora. Si alguien ve esas manchas de sangre…

»Hizo una pausa.

»—¿Y bien? —le animé.

»Continuó hablando con su voz melosa, con una entonación inconfundiblemente cornuallesa, pero suave y educada en el acento, completamente libre de todos los giros y peculiaridades del habla de Cornualles.

»—Dicen, señora, que si alguien ve esas manchas de sangre habrá una muerte antes de veinticuatro horas.

»—¡Qué terrible! —Sentí que un estremecimiento recorría mi espina dorsal.

»Él continuó en tono persuasivo:

»—Hay una lápida muy interesante en la iglesia acerca de una muerte…

»—No, gracias —le dije decidida. Y girando sobre mis talones, eché a andar calle arriba hacia la casita donde me hospedaba.

»Cuando llegué vi a lo lejos a la mujer llamada Carol, que venía corriendo por el camino del acantilado. En contraste con el color gris de las rocas, parecía una venenosa flor roja. Su sombrero era rojo como la sangre…

»Me dominé. La verdad es que estaba obsesionada por la idea de la sangre.

»Más tarde oí el ruido de su coche y me pregunté si también ella se dirigía a Penrithar, pero tomó la carretera de la izquierda, en dirección contraria. Observé cómo desaparecía por la colina y respiré un poco más tranquila. Rathole volvía a parecer dormido una vez más.

—Si eso es todo —dijo Raymond West cuando Joyce se detuvo para tomar aliento—, daré mi dictamen en seguida. Indigestión. Hace ver manchas ante los ojos después de las comidas.

—Eso no es todo —replicó Joyce—. Tienes que oír el final. Dos días más tarde lo leí en el periódico con este titular: *«Baño fatal en el mar»*. El artículo contaba cómo Mrs. Dacre, esposa del capitán Denis

Dacre, se ahogó desgraciadamente en la Ensenada de Landeer, a poca distancia de donde yo me hallaba, siguiendo la línea de la costa. Ella y su esposo se encontraban hospedados en el hotel del lugar y expresaron su intención de bañarse, pero comenzó a soplar un viento helado y el capitán Dacre declaró que hacía demasiado frío y por ello se fue en compañía de otros huéspedes del hotel a las pistas de golf cercanas al lugar. No obstante, Mrs. Dacre dijo que ella no tenía frío y se marchó sola a la ensenada. Como no regresaba, su esposo empezó a alarmarse y bajó a la playa acompañado de sus amigos. Encontraron sus ropas junto a una roca, pero ni rastro de la infortunada esposa. Su cadáver no fue hallado hasta casi una semana más tarde, cuando el mar lo arrojó a la playa bastante más lejos del lugar del suceso. Tenía un gran golpe en la cabeza, que debió recibir antes de morir, y la opinión general fue que, al zambullirse en el mar, se había golpeado contra una roca. Por lo que pude averiguar, su muerte debió de ocurrir veinticuatro horas después de que yo viera las manchas de sangre.

—Protesto —dijo sir Henry—. Esto no es un problema, sino una historia de fantasmas. Evidentemente miss Lempriére es una *médium*.

Mr Petherick emitió su acostumbrada tosecilla.

—Me sorprende una cosa —dijo—: el golpe en la cabeza. Creo que no debemos descartar la posibilidad de que su muerte fuese violenta, pero no veo que tengamos dato alguno en que basarnos. La alucinación o visión de miss Lempriére desde luego es interesante, pero no comprendo qué quiere que digamos.

—Indigestión y pura coincidencia —dijo Raymond—. De todas formas no puede estar segura de que fueran las mismas personas. Además, la maldición o lo que fuera sólo podría afectar a los habitantes de Rathole.

—Yo tengo la impresión —dijo sir Henry— de que el siniestro pescador tiene algo que ver en esta historia, pero estoy de acuerdo con Mr. Petherick en que miss Lempriére nos ha dado pocos datos.

Joyce se volvió hacia el doctor Pender, que negó con la cabeza.

—Es una historia muy interesante —dijo—, pero estoy de acuerdo con sir Henry y Mr. Petherick en que son muy pocos los datos que nos ha dado.

Joyce miró a miss Marple, que le sonrió.

—Yo también considero que eres un poco tramposa, Joyce, querida —le dijo—. Claro que para mí es distinto. Quiero decir que nosotras, por ser mujeres, sabemos apreciar la importancia que tienen los vestidos y, por lo tanto, no creo que sea justo presentar un problema así a un hombre. Debió de cambiarse con inusitada rapidez. ¡Qué mujer más perversa! Y él es todavía peor.

Joyce la miraba con ojos muy abiertos.

—Tía Jane… —le dijo—… quiero decir miss Marple, creo que… me parece que ya sabe usted la verdad.

—Sí, querida —dijo miss Marple—. A mí, que estoy sentada tranquilamente, me ha resultado mucho más sencillo que a ti. Y eso que, por ser artista, eres muy sensible a tu entorno, ¿no es cierto? Sentada aquí con mi labor de punto, puedo ver los hechos con claridad. Las gotas de sangre cayeron desde el balcón, del traje de baño, ya que, al ser rojo, los mismos criminales no se dieron cuenta de que estaba manchado de sangre. ¡Pobrecilla, pobrecilla infeliz!

—Perdóneme, miss Marple —intervino sir Henry—, pero usted sabe que sigo todavía en la más completa oscuridad. Usted y miss Lempriére parecen saber de qué están hablando, pero nosotros los hombres seguimos ignorantes de todo.

—Ahora les contaré el final de la historia —dijo la joven—. Ocurrió un año más tarde. Yo me encontraba en un pueblecito de la costa pintando, cuando de pronto experimenté la extraña sensación de presenciar algo que ya había ocurrido antes. Ante mí tenía a dos personas, un hombre y una mujer que saludaban a una tercera, una mujer vestida con un traje estampado con ponsetias rojas.

»—¡Carol, esto sí que es maravilloso! ¡Qué casualidad encontrarse después de tantos años! ¿No conoces a mi esposa? Joan, te presento a una antigua amiga mía, miss Harding.

»Reconocí al hombre al instante. Era el mismo Denis que había visto en Rathole. La esposa era distinta, es decir, se llamaba Joan en vez de Margery, pero era el mismo tipo de mujer: joven, bastante sencilla y corriente. Por un momento creí que me había vuelto loca. Empezaron a hablar de irse a bañar. Les diré lo que hice: dirigirme directamente al puesto de policía. Pensé que lo más probable era que me tomasen por loca, pero no me importaba y todo salió bien.

Encontré allí a un hombre de Scotland Yard que había acudido precisamente por aquel asunto. Al parecer, ¡oh, es horrible hablar de esto!, la policía sospechaba de Denis Dacre. No era su verdadero nombre, se lo cambiaba según las distintas ocasiones. Acostumbraba a hacer amistad con muchachas sencillas que no tuvieran muchos parientes ni amigos y, después de casarse con ellas, aseguraba sus vidas por grandes sumas y luego… ¡oh, es horrible! La mujer llamada Carol era su verdadera esposa y juntos llevaban a cabo siempre el mismo plan. Así es como llegaron a atraparlo. Las compañías de seguros empezaron a sospechar. Acudía a algún lugar de veraneo con su nueva esposa, allí se encontraba con la otra mujer y se iban a bañar juntos. Entonces asesinaban a la esposa, y Carol, poniéndose sus ropas, regresaba en el bote con él. Más tarde abandonaban el lugar, después de preguntar por la supuesta Carol y, al llegar a las afueras del pueblo, Carol regresaba con sus ropas llamativas y su extremado maquillaje para marcharse de allí en su propio coche. Averiguaban en qué dirección iba la corriente y la supuesta muerte ocurría en el próximo pueblo que quedase en esa misma dirección. Carol hacía el papel de esposa y se iba sola a alguna playa solitaria para dejar las ropas de ésta junto a una roca y ella se marchaba con su traje llamativo a esperar tranquilamente que su esposo fuera a reunirse con ella.

»Supongo que, cuando asesinaron a la pobre Margery, parte de la sangre debió empapar el traje de baño de Carol y, al ser de color rojo, no lo notaron, tal como dice miss Marple. Mas al tenderlo en el balcón cayeron algunas gotas al suelo. ¡Uf! —se estremeció—. Todavía puedo verlas.

—Claro —exclamó sir Henry—. Ahora lo recuerdo muy bien. Su nombre verdadero era Davis. Había olvidado que uno de sus muchos alias fue Dacre. Era una pareja extraordinaria. Siempre me sorprendió que nadie descubriera su cambio de personalidad. Supongo, tal como dice miss Marple, que sería porque los trajes se identifican más fácilmente que los rostros. Pero fue un plan muy inteligente ya que, aunque sospechábamos de Davis, no fue fácil detenerlo, pues siempre parecía tener una coartada impecable.

—Tía Jane —dijo Raymond—, ¿cómo lo haces? Has llevado una vida apacible y nada parece sorprenderte.

—No hay nada nuevo en este mundo —replicó miss Marple—. Ahí tienes a Mrs. Green, ya sabes, la que enterró a cinco niños… todos con la vida asegurada. Y bueno, naturalmente, una no puede dejar de sospechar…

Meneó la cabeza.

—Hay mucha perversidad en la vida de un pueblecito y espero que vosotros los jóvenes no lleguéis a saber nunca lo malvado que es el mundo.

Capítulo V

Móvil *versus* movilidad

Mr. Petherick se aclaró la garganta con más ímpetu que de costumbre.

—Temo que mi problema les parezca muy sencillo —dijo en tono de disculpa—, después de las sensacionales historias que acabo de escuchar. En el mío no hay derramamiento de sangre, pero a mí me parece un problemilla interesante e ingenioso y, por fortuna, me hallo en posición de conocer la solución.

—No será terriblemente legal, ¿verdad? —preguntó Joyce Lempriére—. Me refiero a que no pretenderá abrumarnos con referencias a los artículos del Código, y un sinfín del caso de Tal versus Cual en el año 1891 o algo parecido.

Mr Petherick la miró fijamente por encima de las gafas.

—No, no, querida jovencita, no debe temer nada de eso. La historia que voy a contarles es bien sencilla y puede ser seguida por cualquier profano.

—Nada de retóricas jurídicas —dijo miss Marple, amenazándole con una aguja de hacer punto.

—Desde luego que no —replicó Mr. Petherick.

—Bien, yo no estoy tan segura, pero oigamos su historia.

—Hace referencia a un antiguo cliente mío, a quien llamaré Mr. Clode, Simon Clode. Era un hombre muy rico y vivía en una gran casa no muy lejos de aquí. Le mataron un hijo en la guerra y este hijo había dejado una niñita. Su madre murió al nacer ella y, al fallecer su padre, se fue a vivir con su abuelo, que en seguida le

cobró gran afecto. La pequeña Chris hacía lo que quería de su abuelo. Nunca he visto un hombre más dominado por una criatura, y no puedo describir su pena y desesperación cuando, a los once años, la niña contrajo una neumonía y falleció.

»El pobre Simon Clode estaba inconsolable. Un hermano suyo había fallecido recientemente, dejando a su familia en una situación económica un tanto difícil, y Simon Clode ofreció generosamente su casa a los hijos de su hermano, dos niñas, Grace y Mary, y un niño, George. Pero aun siendo amable y generoso con ellos, el anciano nunca experimentó por sus sobrinos el afecto y la devoción que sintiera por su pequeña nietecita. George Clode encontró un empleo en un banco, y Grace contrajo matrimonio con un inteligente y joven químico llamado Philip Garrod. Mary, que era una muchacha tranquila y reservada, continuó en la casa cuidando de su tío. Yo creo que le apreciaba mucho, aunque de una forma poco efusiva. Al parecer, todo marchaba sobre ruedas. Debo decir que, después de la muerte de la pequeña Christobel, Simon Clode vino a verme para que le redactara un testamento. Según este último, toda su fortuna, que era considerable, debía ser repartida a partes iguales entre sus sobrinos, es decir, una tercera parte para cada uno.

»El tiempo pasó. Al encontrar un día casualmente a George Clode le pregunté por su tío, a quien no había visto desde hacía algún tiempo y, ante mi sorpresa, vi que su rostro se ensombrecía.

»—Ojalá pudiera usted hacer entrar en razón a tío Simon —me dijo dolido. Su apariencia honesta pero poco brillante parecía atormentada y preocupada—. El asunto del espiritismo se está poniendo mucho peor.

»—¿Qué asunto del espiritismo? —pregunté muy sorprendido.

»Entonces George me lo contó todo. Que Mr. Clode se había interesado poco a poco por el tema y que, cuando más lo estaba, había encontrado casualmente a una *médium* norteamericana, una tal Mrs. Eurydice Spragg. Esta mujer, a quien George no vacilaba en calificar de estafadora de primera, había conseguido una gran ascendencia sobre Simon Clode. Prácticamente estaba siempre en la casa, donde celebraban muchas sesiones en las que el espíritu de Christobel se manifestaba al crédulo abuelo.

»Debo confesar, antes de seguir adelante, que yo no soy de los

que hablan del espiritismo con sarcasmo. Ya les he dicho que creo sólo en la evidencia y pienso que, si somos totalmente imparciales y sopesamos la evidencia en lo tocante al espiritismo, siempre encontraremos aspectos que no pueden atribuirse al fraude o ser ignorados a la ligera. Por tanto, les repito que sobre este particular ni creo ni dejo de creer. Hay ciertos testimonios que uno no se puede permitir ignorar.

»Por otro lado, también es cierto que el espiritismo conduce muy fácilmente al fraude y a la impostura, y por todo lo que me dijo George Clode de aquella Mrs. Eurydice Spragg, me convencí más y más de que Simon Clode se hallaba en malas manos y que probablemente Mrs. Spragg era una impostora de la peor especie. El anciano, tan sagaz para los asuntos prácticos, estaba siendo fácilmente engañado en lo que se refería a su afecto por la nieta fallecida.

»A fuerza de darle vueltas al problema en mi mente, empecé a sentirme muy intranquilo. Yo apreciaba a los jóvenes Clode, Mary y George, y comprendí que aquella Mrs. Spragg y su influencia sobre su tío podría acarrear complicaciones en el futuro.

»A la primera oportunidad que se me presentó busqué un pretexto para visitar a Simon Clode. Encontré a Mrs. Spragg instalada en su casa como huésped de honor. En cuanto la vi, se confirmaron mis peores sospechas. Era una mujer robusta, de mediana edad, que vestía de un modo extravagante y no dejaba de decir cosas como "nuestros seres queridos que han pasado a la otra vida" y cosas por el estilo.

»Su esposo estaba también instalado en la casa. Mr. Absalom Spragg era un hombre delgado, de expresión melancólica y ojos de mirada extremadamente evasiva. Tan pronto como pude, me llevé aparte a Simon Clode para sondearlo con tacto sobre el asunto. Se mostró entusiasmado, ¡Eurydice Spragg era maravillosa! ¡Le había sido enviada como respuesta a sus plegarias! A ella no le importaba el dinero, la satisfacción de ayudar a un corazón atribulado le bastaba. Sentía un afecto completamente maternal por la pequeña Chris, a quien empezaba a considerar casi como una hija. Luego me fue dando detalles: cómo había oído la voz de Chris hablándole, diciéndole que estaba bien y feliz en compañía de sus padres.

Continuó relatándome otros sentimientos expresados por la niña, que me parecieron completamente falsos al recordar a la pequeña Christobel, ya que decía que "su papá y su mamá querían mucho a la querida Mrs. Spragg".

»—Pero, desde luego, usted se burla de estas cosas, Petherick — me dijo.

»—No, no me burlo. Nada más lejos de mi intención. Algunas de las personas que han escrito sobre este tema me merecen el mayor respeto y confianza. No dudaría en aceptar su palabra y concedería todo el crédito a cualquier *médium* que ellos me recomendaran. ¿Debo entender que Mrs. Spragg le ha sido muy garantizada?

»Simon entró en éxtasis al alabar a Mrs. Spragg. Le había sido enviada por el cielo. La había conocido en el balneario en el que él pasaba dos meses cada verano. ¡Un encuentro casual, con un resultado maravilloso!

»Me marché muy disgustado. Mis peores sospechas se habían confirmado, pero no veía qué podía hacer. Después de pensarlo mucho, escribí a Philip Garrod quien, como ya he dicho antes, acababa de casarse con la mayor de los Clode, Grace. Le expuse el caso, desde luego con la mayor prudencia. Le indiqué el peligro que representaba que una mujer semejante ganara ascendencia en la voluntad del anciano y le sugerí que pusieran a Mr. Clode en contacto con algún reputado experto de los círculos espiritistas que pudiese analizar la conducta de Mrs. Spragg, cosa que consideré no sería difícil para Philip Garrod.

»Garrod actuó rápidamente. Se había dado cuenta de que la salud de Simon Clode era precaria y, como hombre práctico, no tenía intención de dejar que su esposa y sus cuñados se quedaran sin la herencia que les correspondía por derecho. Se presentó a la semana siguiente llevando consigo como invitado nada menos que al famoso profesor Longman. Longman era un científico de primer orden, cuya relación con el espiritismo era suficiente garantía para tratar esta disciplina con el máximo respeto. Y no sólo era un científico brillante, sino también un hombre de la mayor rectitud e integridad.

»El resultado de su visita fue de lo más desafortunado. Al parecer, Longman habló muy poco mientras estuvo allí. Se

celebraron dos sesiones, bajo condiciones que ignoro. Longman no hizo comentarios mientras permaneció en la casa, pero después de su marcha escribió una carta a Philip Garrod en la que admitía que no pudo sorprender a Mrs. Spragg llevando a cabo ningún truco, pero que, sin embargo, su opinión particular era que el fenómeno no era auténtico. Mr. Garrod era libre de enseñar la carta a su tío si lo creía conveniente, y sugería que él mismo podía poner a Mr. Clode en contacto con alguna *médium* de perfecta integridad.

»Philip Garrod le llevó la carta directamente a su tío, pero el resultado fue muy distinto al que él había esperado. El anciano montó en cólera, diciendo que todo aquello era un complot para desacreditar a Mrs. Spragg, que era una santa calumniada e insultada injustamente. Ya le habían informado de la envidia que le tenían en aquel país. Señaló que Longman se veía obligado a confesar que no había logrado sorprenderla realizando ninguna superchería. Eurydice Spragg había aparecido a su lado en las horas más negras de su vida, le había dado ayuda y consuelo, y estaba dispuesto a defender su causa, aunque ello significara tener que romper con todos los miembros de su familia. Ella era para él más que ninguna otra persona en el mundo.

»Philip Garrod fue echado de la casa sin grandes ceremonias, pero como resultado de su ataque de ira, la salud de Clode empeoró notablemente. Durante el último mes había estado en cama casi continuamente y cabía la posibilidad de que no pudiera volver a levantarse hasta que la muerte le liberara. Dos días después de la partida de Philip, recibí una llamada urgente y acudí a la casa a toda prisa. Clode estaba en cama y parecía muy enfermo, incluso ante mis ojos de profano. Luchaba por respirar.

»—Éste es mi fin —me dijo—. Lo presiento. No discuta conmigo, Petherick. Pero, antes de morir, quiero cumplir con el único ser humano que ha hecho por mí más que nadie en el mundo. Deseo hacer otro testamento.

»—Muy bien —le dije—. Si me da instrucciones, le redactaré uno y se lo enviaré para que lo firme.

»—Sería inútil —replicó—, pues es posible que no pase de esta noche. Aquí he escrito lo que deseo —buscó debajo de su almohada — y usted dirá si está como es debido.

»Sacó una hoja de papel en la que aparecían burdamente escritas unas pocas palabras en lápiz. Era sencillo y estaba bien claro. Dejaba cinco mil libras a cada uno de sus sobrinos y el resto de sus vastas propiedades a Eurydice Spragg "como prueba de gratitud y admiración".

»No me gustó nada, pero allí estaba. No cabía la posibilidad de que hubiera perdido la razón, el anciano estaba completamente cuerdo.

»Hizo sonar el timbre para llamar a las criadas, que acudieron prontamente. La criada, Emma Gaunt, era una mujer de mediana edad y elevada estatura que llevaba muchos años al servicio de Clode y lo había cuidado con devoción. Con ella vino la cocinera, una mujer joven y frescachona de unos treinta años. Simon Clode las contempló a las dos por debajo de sus pobladas cejas.

»—Quiero que seáis testigos en mi testamento. Emma, tráeme mi pluma estilográfica.

»Emma se aproximó obediente al escritorio.

»—En el cajón de la izquierda, no —dijo el viejo Clode irritado —. ¿Es que no sabes que está en el de la derecha?

»—No, está aquí, señor —replicó Emma sacándola.

»—Entonces debes de haberla guardado mal la última vez —gruñó el anciano—. No puedo soportar que las cosas no estén siempre en su sitio.

»Todavía refunfuñando, tomó la pluma de su mano y copió su borrador, enmendado por mí, en otro papel. Luego firmó, así como también Emma Gaunt y la cocinera, Lucy David. Yo doblé el testamento y lo introduje en un sobre azul. Comprendan que, necesariamente, el testamento había sido redactado en una hoja de papel corriente.

»Cuando las dos mujeres se disponían a abandonar la habitación, Clode se desplomó sobre las almohadas respirando entrecortadamente y con el rostro descompuesto. Me incliné sobre él con ansiedad y Emma Gaunt regresó junto al lecho. El anciano se recobró sonriendo débilmente.

»—Estoy bien. No se alarme, Petherick. De todas formas, ahora que he hecho lo que deseaba, moriré más tranquilo.

»Emma Gaunt me miró inquisitivamente, como si me pidiera

permiso para abandonar la habitación.

Asentí para confirmárselo y salió, deteniéndose primero para recoger el sobre azul que yo había dejado caer al suelo a causa del sobresalto. Me lo entregó, lo introduje en el bolsillo de mi chaqueta y luego se marchó.

»—Está usted molesto, Petherick —me dijo Simon Clode—. Está predispuesto en contra, como todo el mundo.

»—No es cuestión de prejuicios —repliqué—. Mrs. Spragg puede ser todo lo que ella dice y no vería inconveniente en que le dejara un pequeño legado como recuerdo agradecido. Pero, se lo digo con franqueza, Clode, es una equivocación desheredar a los de su propia sangre por favorecer a una extraña.

»Y dicho esto me volví para marcharme. Había hecho todo lo posible y demostrado mi protesta.

»Mary Clode salió del salón y se reunió conmigo en el recibidor.

»—Tomará el té antes de marcharse, ¿verdad? Pase usted, haga el favor —y me introdujo en el salón.

»En la chimenea ardía un alegre fuego y la estancia resultaba cómoda y acogedora. Me ayudó a quitarme el abrigo, y su hermano, que en ese momento entraba en la habitación, lo tomó de sus manos y lo dejó sobre una silla al otro extremo del salón, y luego vino a sentarse junto al fuego, donde tomamos el té. Durante la comida había surgido una pregunta acerca de un asunto referente a la hacienda, y Simon Clode dijo que no quería que le molestaran con eso y que dejaba que George lo decidiera. George estaba algo inquieto por tener que confiar en su propio juicio y, después del té, pasamos al despacho para que yo echara un vistazo a los papeles en cuestión. Mary Clode nos acompañó.

»Un cuarto de hora más tarde me dispuse a marcharme y, recordando que había dejado mi abrigo en el salón, entré a buscarlo. El único ocupante de la habitación era Mrs. Spragg, que estaba arrodillada junto a la silla donde estaba mi abrigo. Al parecer arreglaba innecesariamente la funda de cretona y, al verme entrar, se levantó con el rostro sonrojado.

»—Esta funda no cae bien —se lamentó—. ¡Dios mío! Yo hubiera sabido hacerla mejor.

»Cogí mi abrigo y me lo puse. Al hacerlo, observé que el sobre

que contenía el testamento se había salido del bolsillo y estaba en el suelo. Volví a meterlo en el bolsillo y, tras despedirme, me marché.

»Al llegar a mi despacho, les describiré mis siguientes actos con todo cuidado. Me quité el abrigo y saqué el testamento del bolsillo. Lo tenía en la mano cuando entró mi pasante. Alguien quería hablar conmigo por teléfono y la extensión de mi despacho no funcionaba. Por tanto, le acompañé al despacho contiguo y, por espacio de cinco minutos, estuve ocupado hablando por teléfono.

»Cuando terminé, encontré esperándome a mi pasante.

»—Mr. Spragg ha venido a verle, señor. Le he hecho pasar a su despacho.

»Encontré a Mr. Spragg sentado junto a mi mesa. Se puso en pie para saludarme de un modo muy obsequioso, y luego pronunció un largo discurso cuya principal intención parecía ser justificarse a sí mismo y a su esposa. Temía que la gente anduviese diciendo que tal y que cual. Su esposa había sido conocida desde su infancia por la pureza de su corazón y sus motivos eran esto, lo otro y lo de mas allá. Temo que estuve bastante brusco con él. Finalmente debió comprender que su visita no era precisamente un gran éxito y se marchó un tanto intempestivamente. Entonces recordé que había dejado el testamento encima de la mesa. Lo cogí, sellé el sobre, escribí una palabras en él y lo guardé en la caja fuerte.

»Ahora viene el punto crucial de mi historia. Dos meses más tarde falleció Simon Clode. No entraré en profusas consideraciones. Me limitaré ahora a los hechos concretos. *Cuando fue abierto el sobre sellado que contenía el testamento, se encontró únicamente una hoja en blanco*.

Hizo una pausa para contemplar el círculo de rostros interesados. Se sonrió con cierto regocijo.

—¿Se dan cuenta, verdad? Por espacio de dos meses el sobre sellado había permanecido en mi caja fuerte y por tanto nadie pudo tocarlo. No, el cambio tuvo que realizarse en un margen de tiempo muy limitado: entre el momento en que fue firmado el testamento y lo guardé en la caja fuerte. Ahora bien, ¿quién tuvo la *oportunidad* y quién se beneficiaba con ello?

»Enumeraré los puntos principales en un breve resumen: El testamento fue firmado por Mr. Clode y colocado por mí mismo

dentro del sobre. Mi abrigo fue recogido por Mary, quien se lo dio a George, al que no perdí de vista mientras lo colocaba en la silla. Durante el rato que yo permanecí en el despacho, Mrs. Eurydice Spragg hubiera tenido tiempo de sobra para sacar el sobre del bolsillo de mi abrigo, leer su contenido y, a decir verdad, el hecho de encontrar el sobre en el suelo y no en el bolsillo, parecía indicar que así lo hizo. Pero ahora llegamos a un punto curioso: ella tuvo la *oportunidad* de sustituirlo por una hoja en blanco, pero no *motivo*. El testamento fue hecho en su favor y, al sustituirlo por una hoja en blanco, se privaba de la herencia que tanto había deseado alcanzar. Lo mismo se aplicaba a Mr. Spragg. El también tuvo la oportunidad. Se quedó solo con el documento en cuestión durante unos dos o tres minutos en mi propio despacho. Pero nuevamente, no hubiera sido en su provecho hacerlo. De modo que nos enfrentamos con este curioso problema. Las dos personas que tuvieron *oportunidad* de sustituirlo por un papel en blanco carecen de motivo para hacerlo, y las dos que tenían motivo les faltó la oportunidad. A propósito, no descartaré la criada, Emma Gaunt, como sospechosa. Era muy fiel a su joven amo y a miss Mary, y detestaba a los Spragg. Estoy seguro de que hubiera sido igualmente capaz de sustituirlo de habérsele ocurrido. Pero, aunque me lo entregó al recogerlo del suelo, ciertamente no tuvo oportunidad de variar su contenido y no pudo sustituirlo por otro sobre con un hábil manejo (cosa a todas luces imposible), pues el sobre en cuestión lo había traído a la casa yo y no era probable que nadie tuviera otro idéntico.

Miró a todos los reunidos.

—Ahí tienen mi pequeño problema. Espero haberlo expuesto con claridad y me gustaría oír sus opiniones.

Ante el asombro de todos, miss Marple lanzó una risita prolongada. Al parecer algo la divertía extraordinariamente.

—¿Qué ocurre, tía Jane? ¿Podemos saber de qué te ríes? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando en el pequeño Tommy Symonds, un muchacho muy travieso, pero algunas veces muy divertido. Es uno de esos niños con cara inocente que siempre andan tramando una diablura u otra. Recordaba que la semana pasada, en la escuela dominical, dijo: «*Maestra, ¿se dice la yema de los huevos es blanca o la*

yema de los huevos son blancas?». Y miss Durston explicó que todo el mundo diría «*las yemas de los huevos son blancas o la yema del huevo es blanca*», y el travieso Tommy replicó: «¡Bueno, yo diría que la yema del huevo es amarilla!». Desde luego fue una diablura y más antigua que las montañas. Yo la sabía desde pequeña.

—Muy divertido, querida tía Jane —dijo Raymond en tono amable—, pero sin duda no tiene nada que ver con la interesantísima historia que nos ha contado Mr Petherick.

—Oh, sí que la tiene —replicó la señorita Marple—. ¡Es una triquiñuela! Lo mismo que la historia de Mr. Petherick. ¡Y tan propia de un abogado! ¡Ah, mi querido amigo! —y movió la cabeza con aire reprobador.

—Me pregunto si sabe usted la solución realmente —dijo el abogado guiñándole un ojo.

Miss Marple escribió unas palabras en un pedazo de papel y se lo entregó.

Mr Petherick lo desdobló y, al leer lo que había escrito, la miró con admiración.

—Mi querida amiga —le dijo—, ¿es que hay algo que usted no sepa?

—La conozco desde niña —contestó miss Marple—. Y también la usé varias veces.

—Yo me siento desorientado —intervino sir Henry—. Estoy seguro de que Mr. Petherick se ha sacado de la manga algún truco jurídico.

—En absoluto —replicó el aludido—, en absoluto, es un problema perfectamente justo. No deben prestar atención a miss Marple, que tiene un modo muy personal de ver las cosas.

—Deberíamos ser capaces de desentrañar la verdad —dijo Raymond West un tanto molesto—. Los hechos parecen bien sencillos. Cinco personas tocaron ese sobre. Es evidente que los Spragg pudieron efectuar la sustitución, pero es igualmente manifiesto que no lo hicieron. Nos quedan otros tres. Ahora bien, considerando las maravillas que los prestidigitadores realizan para efectuar cualquier escamoteo ante nuestra vista, me parece que el papel pudo ser extraído del sobre por George Clode y sustituido por otro mientras llevaba el abrigo al otro extremo de la habitación

para guardarlo.

—Pues yo creo que fue la joven —replicó Joyce—. La criada bajaría a toda prisa a decirle lo que estaba ocurriendo y conseguiría otro sobre azul, que cambió por el otro.

Sir Henry meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo con ninguno de los dos —dijo despacio —. Los prestidigitadores hacen cosas semejantes, pero sólo en las novelas y en el escenario, pero serían imposibles en la vida real, especialmente ante la mirada experta de un hombre como mi amigo Petherick. Pero tengo una idea, es sólo una idea y nada más. Sabemos que el profesor Longman fue a hacerles una visita y que habló muy poco, y es razonable suponer que los Spragg estuvieran ansiosos de conocer el resultado de esta visita. Si Simon Clode no les dijo lo que proyectaba, cosa muy probable, pudieron creer que había enviado a buscar a Mr. Petherick por un motivo muy distinto. Tal vez creyeron que Mr. Clode había hecho ya testamento en beneficio de Eurydice Spragg y que ahora expresaba el deseo de negarle toda participación en él como resultado de las revelaciones del profesor. O cabe la alternativa, como dicen ustedes los abogados, de que Philip Garrod hubiera impresionado a su tío al reclamar los derechos de la propia sangre. En este caso, supongamos que Mrs. Spragg se dispusiera a efectuar la sustitución. La lleva a cabo, pero la entrada de Mr. Petherick en el momento crítico le impide leer el documento auténtico y se apresura a quemarlo por si el abogado descubriera su pérdida.

Joyce meneó la cabeza con mucha determinación.

—No lo hubiera quemado nunca sin leerlo.

—La solución es bastante endeble —admitió sir Henry—. Supongo que Mr Petherick no se encargaría de hacer de… Providencia.

La sugerencia fue hecha en tono festivo, mas el abogado se incorporó con aire ofendido.

—Es un comentario del todo impropio —dijo con cierta aspereza.

—¿Qué dice el doctor Pender? —preguntó sir Henry.

—No puedo decir que tenga ideas claras. Yo creo que la sustitución pudo ser efectuada por Mrs. Spragg o su esposo por el

motivo indicado por sir Henry. Si ella no leyó el testamento hasta después de la marcha de Mr Petherick, debió encontrarse en un dilema, pues no podía rectificar su intervención en el asunto. Posiblemente lo colocaría entre los papeles de Mr. Clode con la esperanza de que fuese encontrado después de su muerte. Pero ignoro por qué no fue encontrado. Pudiera ser que Emma Gaunt lo encontrase y, llevada de su devoción por sus amos, lo destruyera deliberadamente.

—Creo que la solución del doctor Pender es la mejor de todas —dijo la joven—. ¿Fue efectivamente así, doctor Petherick?

El abogado negó con la cabeza.

—Continuaré a partir del punto en que lo dejé. Yo estaba tan perplejo y despistado como todos ustedes, y no creo que hubiese adivinado nunca la verdad, probablemente no lo habría hecho, pero me la hicieron ver y de un modo muy inteligente.

»Cosa de un mes más tarde fui a cenar con Philip Garrod y, en el transcurso de nuestra sobremesa, él mencionó un caso muy interesante que acababa de llegar a su conocimiento.

»—Me gustaría contárselo, Petherick, de un modo confidencial, por supuesto —me dijo.

»—Desde luego —repliqué.

»—Un amigo mío que esperaba heredar de uno de sus parientes sufrió una gran decepción al descubrir que su deudo tenía intención de beneficiar a una persona totalmente inmerecedora de ello. Mi amigo, según me temo, no es muy escrupuloso en sus métodos y en la casa había una doncella fiel a los intereses de la que llamaremos parte legítima. Mi amigo le dio unas instrucciones bien sencillas: le entregó una pluma estilográfica debidamente cargada, que debía colocar en un cajón de su escritorio, pero no en el que acostumbraba a guardarla. Si su amo le pedía que atestiguara su firma de cualquier documento y le pedía que le trajera la pluma, ella no debía entregarle la suya sino aquélla, que era un duplicado exacto. Eso era todo lo que tenía que hacer y no le dio más detalles. Era una doncella fiel y cumplió sus instrucciones al pie de la letra.

»Se interrumpió para decirme:

»—Espero no estarle cansando con mi prolijidad, Petherick.

»—En absoluto —repliqué—. Me interesa muchísimo.

»Nuestros ojos se encontraron.

»—Desde luego, mi amigo le es completamente desconocido —dijo.

»—Completamente —le contesté.

»—Entonces, magnífico —replicó entusiasmado Philip Garrod.

»Hizo una pausa y sonrió.

»¿Comprenden ahora? La pluma estaba cargada con lo que vulgarmente llamamos tinta invisible, una solución de almidón y agua a la que se han añadido unas gotas de yodo. Produce un líquido azul oscuro, pero la escritura desaparece por completo a los cuatro o cinco días.

Miss Marple se rió por lo bajo.

—Tinta invisible —dijo—, la conozco. Muchas veces he jugado con ella siendo niña.

Y les miró a todos con el rostro resplandeciente, deteniéndose para amenazar con el dedo a Mr. Petherick una vez más.

—Pero de todas formas es una triquiñuela, Mr Petherick —le dijo—, muy propia de un abogado.

Capítulo VI

La huella del pulgar de San Pedro

—Ahora, tía Jane, te toca a ti —dijo Raymond West.

—Sí, tía Jane, esperamos algo verdaderamente sabroso —exclamó en tono festivo Joyce Lempriére.

—Vamos, vamos, no os burléis de mí, queridos —replicó miss Marple plácidamente—. Creéis que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo probablemente no he tenido ninguna experiencia interesante.

—Dios no permita que considere la vida de un pueblo como apacible y monótona —replicó Raymond acaloradamente—. ¡Nunca más después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo cosmopolita parece tranquilo y pacífico comparado con St. Mary Mead.

—Bueno, querido —dijo miss Marple—, la naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro está, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca.

—Es usted realmente única, tía Jane —exclamó Joyce—. Espero que no le importará que la llame tía Jane —agregó—. No sé por qué lo hago.

—¿Seguro que no, querida? —replicó miss Marple.

Y la contempló con una mirada tan burlona por unos instantes, que las mejillas de la muchacha se arrebolaron. Raymond, carraspeó para aclararse la garganta de un modo algo embarazoso.

Miss Marple volvió a contemplarlos sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su labor de punto.

—Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que han ido surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contárselos, ya que son cosas de poca importancia y no les interesarían, como por ejemplo: «¿Quién cortó las mallas de la bolsa de Mrs. Jones?» y «¿Por qué Mrs. Simons sólo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?». Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo.

»Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna, todo acabó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy mala, afortunadamente.

Miss Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

—Tengo que contar esta vuelta. El menguado es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego se menguan tres. Eso es. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel.

»Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable, sólo que lo que podríamos decir un poco *tonta*. Le gusta armar un drama por cualquier cosa, siempre que se enfada, y dice muchas más cosas de las que piensa. Se casó con un tal Mr. Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse, ya que el tal Mr. Denman parecía un hombre de temperamento violento y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel. Y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan obstinadas como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él.

»Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces y me invitaron a la suya en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me gusta mucho estar en casas ajenas y siempre me las arreglé para excusarme. Llevaban diez años casados cuando Mr. Denman falleció repentinamente. No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a hacerle compañía si me

necesitaba, pero me contestó con una carta muy sensata y yo imaginé que no estaba demasiado abatida por la pena. Lo juzgué natural sabiendo que desde hacía algún tiempo hacían vidas separadas. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de lo más histérica de mi sobrina, en la que me pedía acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería capaz de soportarlo por mucho más tiempo.

»Así que, por supuesto, recogí mis cosas, llevé la vajilla de plata al banco y acudí en seguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, doncella, así como una enfermera que cuidaba del anciano Mr. Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice "un poco mal de la cabeza". Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia.

»Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojo de nervios y me resultó difícil que me contara el problema. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Ante mi sorpresa, me respondió que apenas los veía ya. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

»—No es cosa mía, sino suya. Ahora no hay una sola persona aquí que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por High Street todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de leprosa. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen que hacerme abandonar una casa como ésta? Yo no he hecho nada.

»Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana Mrs. Hay y, en mi tribulación, dejé escapar unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después.

»—Mi querida Mabel —le dije—, me sorprendes. ¿Cuál es la causa de todo esto?

»Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdad. Sólo sabía hablar con vaguedad de las personas

ociosas y maliciosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear y lanzar insidias a las mentes de los demás.

»—Lo veo muy claro —le dije—. Evidentemente debe de circular algún rumor referente a ti. Tú debes saber muy bien cuál es esa historia, de modo que vas a contármela.

»—¡Es algo tan malicioso! —gimió Mabel.

»—Claro que es malicioso —repliqué—. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti?

»Entonces salió todo.

»Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había suscitado varios rumores. En resumen, la gente pensaba que ella había envenenado a su esposo.

»Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que los rumores. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada hay que pueda uno rebatir o negar, y las habladurías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa: Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a arruinarle la vida haciéndole insoportable la estancia en aquella casa sólo porque, con toda probabilidad, había hecho alguna estupidez.

»—No hay humo sin fuego —le dije—, Mabel. Ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a rumorear. Debió ser por algo.

»Mabel se mostró muy incoherente, declarando que no había sido por nada, por nada en absoluto, como no fuese, naturalmente, por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente y por la noche se puso muy enfermo. Naturalmente habían enviado a buscar al médico, pero el pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de su llegada. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido setas venenosas.

»—Bueno —le dije—, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin algunos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo?

»Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana

anterior, a la hora del desayuno.

»—Supongo que la oirían los criados… —comenté.

»—No estaban en la habitación.

»—No, querida, pero probablemente estaban al otro lado de la puerta —le contesté.

»Yo sabía muy bien lo histérica que podía llegar a ponerse Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman también era un hombre dado a elevar la voz cuando se enfadaba.

»—¿Por qué os peleasteis? —quise saber.

»—Oh, por las tonterías de siempre. Siempre ocurría lo mismo. Cualquier cosa nos enzarzaba en una discusión. Geoffrey se ponía imposible y decía cosas abominables, y yo le contestaba a todo lo que pensaba de él.

»—Entonces, ¿discutíais a menudo? —pregunté.

»—No era culpa mía.

»—Mi querida niña —le dije—, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como éste, los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estabais siempre discutiendo. Una mañana tenéis una pelea mayor de lo normal y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

»—No sé qué quieres decir —afirmó Mabel apesadumbrada.

»—Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo sólo quiero ayudarte.

»—Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte —declaró Mabel con desesperación.

»—Ten un poco más de fe en la Providencia, querida —le dije—. Ahora sé perfectamente que hay algo más que tratas de ocultar.

»Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar arsénico. Por supuesto firmó en el registro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

»—¿Quién es tu médico? —le pregunté.

»—El doctor Rawlinson.

»Yo le conocía de vista. Mabel me lo había señalado el día

anterior y era lo que vulgarmente se llama un viejo decrépito. Además, yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que le ocurre a uno. Yo no confío ni en los médicos ni en las medicinas.

»Después de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto, un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo. En cuanto yo mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, y me habló largo rato de las setas, las comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron "un poco extrañas", pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba en ello desde aquél día, más convencida estaba de que su aspecto no era normal.

»—Y no es extraño —dije yo—. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que esa gente no recuerde si se esfuerza.

»Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando llegó el doctor. No podía tragar y falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su testarudez.

»Me fui directa a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

»—Debiste hacerlo con algún propósito —le dije.

»Mabel se echó a llorar.

»—Quería suicidarme —gimió—. Me sentía tan desgraciada… y pensé que así terminaría todo.

»—¿Tienes aún el arsénico? —le pregunté.

»—No, lo tiré.

»Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema.

»—¿Qué fue lo que ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó?

»—No —meneó la cabeza—. Hizo sonar el timbre con violencia. Debió llamar varias veces y al fin Dorothy, la doncella, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy lo vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verle comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia Brewster, que cuida del anciano Mr. Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que se debía hacer. Mandé a Dorothy a buscar al médico, y la cocinera y yo nos quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación para encerrarme en ella.

»—Fuiste muy egoísta y cruel —le dije—, y no hay duda de que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente, ya puedes estar segura. La cocinera lo habrá repetido por todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto.

»Luego hablé con el servicio. La cocinera quería contarme lo de las setas, pero la contuve: estaba harta de aquellas setas. En vez de eso, la interrogué detalladamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía agonizante, que apenas podía tragar, sólo hablaba con voz apagada y delirante, y que no dijo nada que tuviera sentido.

»—¿Qué dijo cuando deliraba? —pregunté con curiosidad.

»—Algo acerca de un pescado, ¿no? —dijo volviéndose a la otra.

»Dorothy asintió.

»—Un montón de pescado —dijo—, o alguna tontería por el estilo. En seguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza.

»No era posible sacar nada en claro de aquello. Como último recurso, fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años.

»—Es una lástima que no estuviera yo aquella noche —dijo—. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico.

»—Supongo que deliraba —dije pensativa—, pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por alimentos en mal estado, ¿o sí?

»—Eso depende —replicó Brewster.

»Le pregunté por el estado de su paciente.

»Meneó la cabeza.

»—Está bastante mal —replicó.

»—¿Débil?

»—Oh, no. Físicamente está bastante bien, aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero su mente está perdiendo muy deprisa. Les dije a Mr. y a Mrs. Denman que debían internarlo en un sanatorio, pero Mrs. Denman no quiere oír hablar de ello siquiera.

»Debo decir que Mabel siempre ha tenido un corazón generoso.

»Bien, así estaban las cosas. Consideré cuidadosamente todos los aspectos y finalmente decidí que sólo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para exhumar el cadáver, practicarle la debida autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etcétera… pero yo me mantuve firme.

»No me alargaré en esta parte de mi historia. Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame eso, mas el resultado no fue lo satisfactorio que debiera haber sido. No se encontró el menor rastro de arsénico, cosa favorable, pero las palabras exactas del informe forense fueron *«que no había nada que demostrase la causa de la muerte»*.

»De modo que aquello no solucionó nada. La gente continuó hablando de venenos raros que no dejan rastro y tonterías por el estilo. Yo visité al patólogo que efectuó la autopsia, al que hice varias preguntas, aunque se esforzó cuanto le fue posible para no responder a la mayoría de ellas. Pero logré sonsacarle que consideraba altamente improbable que las setas venenosas hubieran sido la causa del fallecimiento. Una idea tomaba forma en mi mente y le pregunté qué veneno, si es que existía alguno, podía haber sido empleado para lograr aquellos efectos. Me dio una extensísima explicación, que en su mayor parte, debo admitirlo, no entendí, pero que puede resumirse así: la muerte pudo ser producida por algún fuerte alcaloide vegetal.

»La idea que tuve era ésta. Suponiendo que Geoffrey Denman llevara también en la sangre la tara de la locura, ¿no pudo haberse

suicidado? Durante un período de su vida estudió medicina y debía tener un buen conocimiento de los venenos y sus efectos.

»No me parecía muy probable, pero fue lo único que se me ocurrió y puedo asegurarles que estuve a punto de volverme loca. Ahora, aunque ustedes los jóvenes lo tomen a risa, les confesaré que, cuando me encuentro en un verdadero apuro, siempre rezo para mis adentros, en cualquier parte donde me encuentre, caminando por la calle o en el interior de una tienda, y siempre obtengo una respuesta a mi plegaria. Tal vez parezca una cosa sin importancia y sin relación aparente con este asunto, pero la tiene. Cuando era niña tenía este lema escrito sobre mi cama: "Pedid y recibiréis". La mañana a la que me refiero yo estaba paseando por High Street y rezaba intensamente. Cerré los ojos y, al abrirlos, ¿qué creen ustedes que fue lo primero que vi?

Cinco rostros se volvieron hacia miss Marple, demostrando diversos grados de interés. Sin embargo, podía afirmarse con seguridad que ninguno había adivinado la respuesta a la pregunta.

—Vi —dijo miss Marple con aire misterioso— *el escaparate de la pescadería*. Y sólo había una cosa en él: un róbalo fresco. Miró a su alrededor con aire triunfante.

—¡Oh, cielos! —exclamó Raymond West—. La respuesta a tu plegaria fue… un róbalo fresco.

—Sí, Raymond —contestó miss Marple con aire severo—. Y no hace falta que seas tan escéptico. La mano de Dios está en todas partes. Lo primero que vi fueron las manchas negras de ese pescado, las huellas del pulgar de san Pedro, según cuenta la leyenda, ya sabes. Y eso me hizo recordar cosas: que necesitaba fe, la verdadera fe de san Pedro, y relacioné las dos cosas, la fe y el pescado.

Sir Henry se sonó con bastante apresuramiento y Joyce se mordió el labio.

—¿Qué es lo que trajo esto a mi memoria? Pues que la doncella y la cocinera mencionaran que el pescado había sido una de las palabras pronunciadas por el difunto. Eso me convenció, con un convencimiento absoluto, de que la solución del misterio había de encontrarse en aquellas palabras. Volví a casa resuelta a llegar al fondo del asunto.

Hizo una pausa.

—¿Se les ha ocurrido pensar —continuó la anciana— cuántas veces nos dejamos llevar por lo que creo se ha dado en llamar el contexto de las cosas? Hay un lugar en Dartmoor llamado Tiempo Gris. Si uno habla con un granjero de allí y menciona las palabras Tiempo Gris, sin duda deducirá que se refiere a aquellas rocas, aunque es posible que usted le esté hablando del día que hace. Del mismo modo, si uno hace referencia a ese lugar ante un extraño que sólo oiga un fragmento de la conversación, puede pensar que le hablan del tiempo. De modo que, al repetir una conversación, por lo general no empleamos las palabras exactas, sino otras que para nosotros tienen el mismo significado.

»Me entrevisté por separado con la cocinera y Dorothy. Pregunté a la primera si estaba segura de que su amo había hablado de un montón de pescado y respondió afirmativamente.

»—¿Fueron entonces ésas sus palabras exactas —pregunté— o nombró alguna clase especial de pescado?

»—Eso es —replicó la cocinera—, una clase especial que ahora no puedo recordar. Un montón de… ¿qué era lo que dijo? No es ninguno de los que se sirven en la mesa. ¿Diría sollo o perca? No, no empezaba con P.

»Dorothy también recordaba que su amo había mencionado una clase determinada de pescado.

»—Era un nombre poco corriente —dijo—. Una pila de… ¿qué es lo que dijo?

»—¿Dijo montón o pila? —pregunté.

»—Creo que dijo pila. Pero no estoy segura, es tan difícil recordar las palabras exactas, ¿no es cierto, señorita?, especialmente cuando no tienen sentido. Pero ahora que lo pienso, estoy casi segura de que dijo pila, algo que me sonó muy extraño, y luego pronunció el nombre de un pescado que empieza con C, pero no era el congrio ni cangrejo.

»Lo que sigue a continuación me enorgullece —dijo miss Marple —, porque, desde luego, nada sé de drogas, que considero desagradables y peligrosas. Tengo una receta de mi abuela para hacer infusión de tanaceto que vale más que todas las medicinas. Pero yo sabía que en la casa había varios libros de medicina y que uno de ellos era un índice de drogas. ¿Comprenden? Mi idea fue

que Geoffrey había tomado alguna dosis de veneno e intentó decirlo.

»Bien, primero miré las que empezaban por R, sin encontrar nada que me pareciese probable. Luego seguí con la letra P y casi en seguida di con ella… ¿qué creen ustedes que era?

Miró a su alrededor saboreando su triunfo.

—Policarpina. ¿No adivinan cómo sonaría en labios de un hombre que apenas pudiera hablar? ¿Y cómo sonaría a oídos de una cocinera que nunca lo hubiera oído? ¿No debió de darle la impresión de que decía algo así como «pila de carpas»?

—¡Por Júpiter! —exclamó sir Henry.

—Nunca se me hubiera ocurrido —confesó el doctor Pender.

—Es muy interesante —dijo Mr. Petherick—, interesantísimo.

—Busqué apresuradamente la página que señalaba el índice y leí los efectos que la policarpina produce en los ojos y otras cosas que no hacen al caso, y al fin llegué a una frase muy significativa. *Ha sido empleada con éxito como antídoto contra el envenenamiento producido por la atropina*.

»Entonces lo vi todo con claridad. Nunca consideré muy probable que Geoffrey Denman se hubiera suicidado. No, esta nueva solución no sólo era posible, sino que estaba segura de que era la verdadera ya que todas las piezas del rompecabezas encajaban.

—No voy a tratar de adivinarlo —dijo Raymond—. Continúa, tía Jane, y dinos lo que estaba tan claro para ti.

—Yo no sé nada de medicina, por supuesto —replicó miss Marple—, pero lo que sí sabía era que, cuando mi vista empezó a fallar, el médico me recetó unas gotas de sulfato de atropina. Fui directamente a la habitación del anciano Mr. Denman y no me anduve por las ramas.

»—Mr. Denman —le dije—. Lo sé todo. ¿Por qué envenenó usted a su hijo?

»Me miró durante un par de segundos, era un hombre bastante atractivo a su manera, y luego se echó a reír. Fue una de las risas más malvadas que he oído en mi vida y les aseguro que se me puso la piel de gallina. Sólo en una ocasión oí algo parecido, cuando la pobre Mrs. Jones se volvió loca.

»—Sí —me contestó—, yo maté a Geoffrey. Yo era demasiado

listo para él y él quería quitarme de en medio ¿no es cierto? Encerrarme en un asilo. Le oí hablar con Mabel. Mabel es una buena chica, se puso de mi parte, pero yo sabía que no iba a poder impedirlo indefinidamente. Al fin se habría salido con la suya, como siempre. Pero yo acabé con él, con mi hijo amable y cariñoso. ¡Ja, ja! Bajé durante la noche. Fue muy sencillo. Brewster había salido y mi querido hijo estaba durmiendo. Tenía un vaso de agua en la mesilla de noche, siempre bebía cuando se despertaba a medianoche. Lo vacié, ¡ja, ja!, y luego vertí en él mi botella de gotas para los ojos. Cuando se despertase se lo bebería antes de saber qué era. Sólo me quedaba una cucharada, pero fue suficiente, fue suficiente. ¡Así fue como lo hice! A la mañana siguiente me dieron la noticia con mucha delicadeza. Temían que me afectara, ¡ja, ja, ja!

»Bien, éste es el final de mi historia. Desde luego el pobre viejo fue internado en un sanatorio. En realidad no era responsable de lo que había hecho, se supo la verdad y todo el mundo se compadeció de Mabel y no sabían qué hacer para compensarla de sus injustas sospechas. Pero de no haber sido porque Geoffrey se dio cuenta de lo que había tomado e intentó pedir que le trajeran el antídoto sin demora, es posible que nunca se hubiera descubierto. Creo que la atropina produce ciertos síntomas muy evidentes, dilatación de las pupilas y demás, pero desde luego y como ya les he dicho, el doctor Rawlinson era muy corto de vista, pobre viejo. Y en el mismo libro de medicina, que continué leyendo porque era muy interesante, se daban los síntomas del envenenamiento producido por la ingestión de alimentos en mal estado y por la atropina, y no se diferencian gran cosa. Pero les aseguro que no he vuelto a ver un róbalo fresco sin acordarme de la huella del pulgar de san Pedro.

Hubo una larga pausa.

—Mi querida amiga —dijo Mr. Petherick—, es usted realmente maravillosa.

—Recomendaré a Scotland Yard que vengan a pedirle consejo —intervino sir Henry.

—Bueno, de todas formas hay una cosa que ignoras, tía Jane —dijo Raymond.

—Oh, sí que lo sé, querido —replicó miss Marple—. Ha ocurrido precisamente antes de cenar ¿no es cierto? Cuando llevaste a Joyce

a contemplar la puesta de sol. Es un lugar muy adecuado, junto a los jazmines. Allí es donde el lechero le preguntó a Annie si quería casarse con él.

—Vaya, tía Jane —replicó el joven—, no estropees todo el romanticismo. Joyce y yo no somos como el lechero y Annie.

—En eso te equivocas, querido —dijo miss Marple—. En realidad todos somos iguales, aunque afortunadamente tal vez no nos demos cuenta.

Capítulo VII

El geranio azul

—Cuando estuve aquí el año pasado… —comenzó a decir sir Henry Clithering, pero se detuvo. Su anfitriona, Mrs. Bantry, le miraba con curiosidad. El ex comisionado de Scotland Yard se hallaba pasando unos días en casa de unos viejos amigos suyos, el coronel y Mrs. Bantry, quienes vivían cerca de St. Mary Mead.

Mrs. Bantry, con la pluma en ristre, acababa precisamente de pedirle consejo sobre a quién invitar a cenar aquella noche.

—¿Sí? —le dijo Mrs. Bantry animándole—. Cuando estuvo usted aquí el año pasado…

—Dígame —preguntó sir Henry—, ¿conoce a miss Marple?

Mrs. Bantry se sorprendió. Era lo último que hubiera esperado.

—¿Que si la conozco? ¡Y quién no! Es la típica solterona de las comedias. Encantadora, pero pasada de moda. ¿Quiere decir que le gustaría que la invitara a cenar *a ella*?

—¿Le sorprende?

—Un poco, debo confesarlo. Nunca hubiera dicho que usted… Pero supongo que debe de haber una explicación.

—La explicación es bastante sencilla. Cuando estuve aquí el año pasado teníamos la costumbre de discutir casos misteriosos que habían ocurrido. Éramos cinco o seis. Raymond West, el novelista, fue quien lo propuso. Cada uno de nosotros debía contar una historia de la que conociera la solución y los demás debían ejercitar sus facultades deductivas para ver quién se aproximaba más a la verdad.

—¿Y bien?

—Pues, igual que en esa vieja historia, apenas nos dimos cuenta de que miss Marple estaba entre nosotros, pero nos mostramos muy amables y la dejamos participar en el juego para no herir sus sentimientos. Y ahora viene lo mejor. ¡Ella nos ganó todas las veces!

—¿Qué?

—Se lo aseguro, iba directa a la verdad como una paloma mensajera de regreso al palomar.

—¡Es extraordinario! ¡Vaya, si la anciana miss Marple apenas ha salido de St. Mary Mead!

—¡Ah! Pero según ella ha tenido ilimitadas oportunidades de observar la naturaleza humana, prácticamente al microscopio.

—Supongo que tiene razón —concedió Mrs. Bantry—. Es inevitable que se llegue a conocer el lado mezquino de las personas. Pero no creo que tengamos criminales interesantes en este rincón del mundo. Después de cenar le contaremos la historia del fantasma de Arthur. Le agradecería que encontrase la solución.

—No sabía que Arthur creyese en fantasmas.

—¡Oh! Claro que no cree. Eso es lo que más le preocupa. Y le ocurrió a un amigo suyo, George Pritchard, una persona sumamente prosaica. En realidad fue bastante trágico para el pobre George. O bien su extraordinaria historia es cierta o bien…

—¿O bien qué?

Mrs. Bantry no contestó, mas al cabo de un par de minutos dijo:

—A mí me gusta George, y a todo el mundo también. No es posible creer que él… pero la gente hace cosas tan extraordinarias.

Sir Henry asintió. Conocía mejor que Mrs. Bantry las cosas que la gente es capaz de hacer.

De modo que aquella noche, cuando Mrs. Bantry miró a sus comensales (estremeciéndose un tanto, ya que su comedor, como la mayoría de los comedores ingleses, era extremadamente frío), sus ojos se fijaron en la anciana sentada muy erguida a la derecha de su esposo. Miss Marple vestía de negro con mitones de encaje. Una pañoleta de encaje antiguo cubría sus hombros y un gorrito también de encaje antiguo rodeaba sus cabellos blancos. Estaba charlando animadamente con el anciano doctor Lloyd del orfanato y de las supuestas negligencias de las enfermeras del distrito.

Mrs. Bantry volvió a maravillarse. Incluso se preguntaba si sir Henry no le habría gastado una broma, aunque no veía motivo para ello. Era increíble que fuera cierto lo que le había contado.

Su mirada fue a detenerse afectuosamente en su esposo, de rostro sonrosado y anchas espaldas, que hablaba de caballos con Jane Helier, la hermosa y popular actriz. Jane, más hermosa, si cabe, vista de cerca que en el escenario, abría sus enormes ojos azules y murmuraba de vez en cuando: «¿De veras? ¡Oh, sí! ¡Qué extraordinario!». No entendía nada de caballos y le interesaban aún menos.

—Arthur —dijo Mrs. Bantry—, estás aburriendo a la pobre Jane. Deja ya los caballos y cuéntale mejor tu historia de fantasmas. Ya sabes, la de George Pritchard.

—¿Dolly? ¡Oh! No sé si…

—Sir Henry desea oírla también. Le he hablado de ella esta mañana. Y sería interesante oír las opiniones de todos.

—¡Oh, hágalo! —dijo Jane—. ¡Me encantan las historias de fantasmas!

—Bueno… —el coronel Bantry vacilaba—, nunca he creído en lo sobrenatural. Pero esto… No creo que ninguno de ustedes conozca a George Pritchard. Es una excelente persona. Su esposa, que ahora ya ha muerto, pobre mujer, no le dio un momento de descanso mientras vivió. Era una de esas personas semiinválidas. Creo que realmente estaba enferma, pero fuera cual fuese su mal lo explotaba a conciencia. Era caprichosa, exigente e insoportable y se quejaba de la mañana a la noche. George tenía que servirle de pies y de manos, y aun así todo lo que hacía lo encontraba mal y encima le reprendía. Estoy convencido de que cualquier otro hombre le hubiera abierto la cabeza con un hacha mucho antes. ¿No te parece, Dolly?

—Era una mujer terrible —respondió Mrs. Bantry con convicción—. Si George Pritchard la hubiese matado con un hacha y hubiera habido alguna mujer en el jurado, lo hubiesen absuelto.

—No sé bien cómo empezó todo. George se mostraba muy vago sobre el asunto. Pero deduje que Mrs. Pritchard tuvo siempre debilidad por los adivinos, los quirománticos y las clarividentes. A George no le importaba. Con tal de que su esposa encontrase alguna

diversión todo le parecía estupendo, pero él se negaba a participar y eso era otro de los muchos agravios que tenía que soportar de ella.

»Por la casa desfilaron un sinfín de enfermeras, pues Mrs. Pritchard solía cansarse de ellas al cabo de pocas semanas. Una enfermera joven supo ser muy hábil en lo de predecirle el futuro y, durante un tiempo, le tuvo gran afecto. Luego, de pronto se cansó también de ella e insistió en que se marchara. Volvió a tomar a una mujer ya de edad, experimentada y con mucha mano derecha para tratar con neuróticos, que ya la había asistido anteriormente. La enfermera Copling, según George, era una buena persona, muy sensata, con la que daba gusto hablar y que soportaba los ataques de nervios de Mrs. Pritchard con absoluta indiferencia.

»Mrs. Pritchard siempre comía arriba, en su habitación, y por lo general, durante el almuerzo, George y la enfermera organizaban la tarde. En teoría la enfermera salía de dos a cuatro, pero algunas veces, cuando George deseaba tener libre la sobremesa, tomaba sus horas libres después del té. En aquella ocasión anunció que pensaba ir a Golders Green a visitar a una hermana suya y que tal vez regresaría un poco tarde. George se contrarió ya que había quedado para ir a jugar una partida de golf, pero la enfermera Copling le tranquilizó:

»—No nos echará de menos, Mr. Pritchard —sus ojos brillaron —. Mrs. Pritchard va a tener una compañía mucho más excitante que la nuestra.

»—¿Quién?

»—Espere un segundo —a la enfermera Copling le brillaron los ojos más que nunca—. Déjeme decírselo bien: *Zarida, adivinadora del porvenir*.

—¡Cielo santo! —rugió mi amigo—. ¿Ésa es nueva, no?

»—Completamente nueva. Creo que la envía mi predecesora, la enfermera Carstairs. Mrs. Pritchard aún no la ha visto. Ha hecho que yo le escribiera para fijar una cita para esta tarde.

»—Bueno, de todas maneras no pienso perderme mi partido de golf —exclamó George, y se marchó con un sentimiento de gratitud hacia Zarida, la adivinadora del porvenir.

»A su regreso, encontró a Mrs. Pritchard en un estado de gran agitación, sentada en su sillón de inválida como casi siempre y con

un frasquito de sales en la mano que aspiraba frecuentemente.

»—George —exclamó al verle—. ¿Qué te dije yo de esta casa? ¡Desde el momento que entré en ella sentí que aquí había algo raro! ¿Acaso no te lo dije entonces?

»Conteniendo su deseo de contestarle "Siempre lo dices", George replicó:

»—No lo recuerdo.

»—Tú nunca recuerdas nada que tenga que ver conmigo. Los hombres sois extraordinariamente insensibles, pero creo que tú lo eres incluso más que la mayoría.

»—Oh, vamos, Mary, querida, eso no es justo.

»—Bueno, como te decía, esa mujer *lo supo* en seguida. Casi retrocedió al pisar el umbral de esta puerta y dijo: "Puedo sentir el mal aquí, sí, el mal y el peligro. Lo presiento".

»George se echó a reír con muy poco tacto.

»—Vaya, parece que esta tarde sí has obtenido algo por tu dinero.

»Su esposa cerró los ojos y aspiró profundamente el frasquito de sales.

»—¡Cómo me odias! ¡Te burlarías y reirías de mí aunque me estuviera muriendo!

»George protestó y, al cabo de unos instantes, su esposa se dispuso a continuar:

»—Puedes reírte, pero voy a contártelo todo. Esta casa es peligrosa para mí, esa mujer me lo ha dicho.

»Los sentimientos de gratitud que George sintiera anteriormente hacia Zarida sufrieron un cambio, pues sabía que su esposa era bien capaz de pretender que se trasladasen a una casa nueva si se encaprichaba.

»—¿Qué más te ha dicho? —le preguntó.

»—No pudo decirme mucho. ¡Estaba tan trastornada! Sólo me dijo una cosa. Yo tenía unas violetas en un vaso y las señaló exclamando: "Sáquelas de aquí. Nada de flores azules, no tenga nunca flores azules. Las *flores azules son fatales para usted, recuérdelo*". Y ya sabes —agregó Mrs. Pritchard— que siempre te he dicho que el azul es un color que me repele. Siento como una especie de prevención natural hacia el color azul.

»George era demasiado inteligente para hacerle observar que nunca le había oído decir semejante cosa y, en lugar de eso, le preguntó cómo era la misteriosa Zarida, y Mrs. Pritchard tuvo gran placer en describírsela con todo detalle.

»—Tiene el pelo negro, y lo lleva recogido en dos rodetes sobre las orejas, los ojos semicerrados con grandes ojeras oscuras, y se cubre la boca y la barbilla con un velo negro, habla con voz melodiosa, con marcado acento extranjero, español, según creo.

»—En resumen, el aspecto más comercialmente adecuado —dijo mi amigo alegremente.

»Su esposa cerró los ojos inmediatamente.

»—Me siento muy mal —dijo—. Llama a la enfermera. La falta de comprensión me afecta mucho y tú lo sabes demasiado bien.

»Dos días más tarde la enfermera Copling se acercó a George con el rostro grave.

»—¿Quiere usted venir a ver a la señora, por favor? Acaba de recibir una carta que la ha afectado mucho.

»Encontró a su esposa con la carta en la mano y al verle se la alargó.

»—Lee —le dijo.

»George la leyó. Estaba escrita en un papel muy perfumado y las letras eran grandes y negras:

> *He visto el porvenir. Actúe antes de que sea demasiado tarde. Tenga cuidado cuando llegue la Luna llena. La primavera Azul significa Aviso; la Malva Azul, Peligro; y el Geranio Azul simboliza la muerte*.

»Cuando estaba a punto de soltar una carcajada, George captó la mirada de la enfermera Copling, que le hizo un rápido gesto de advertencia, y dijo bastante sorprendido:

»—Esa mujer trata de asustarte, Mary. De todas formas, no existen primaveras ni geranios azules.

»Mas Mrs. Pritchard empezó a llorar y a decir que sus días estaban contados. La enfermera Copling salió al pasillo con George.

»—Esto es una estupidez —exclamó mi amigo.

»—Supongo que sí.

»Algo en el tono de la enfermera le sorprendió y la contempló extrañado.

»—No irá usted a creer…

»—No, no, Mr. Pritchard. No creo en las adivinadoras, es una tontería. Lo que no entiendo es qué puede significar todo esto. Las adivinadoras suelen hacer estas cosas para ver qué sacan. Pero esta mujer parece querer asustar a Mrs. Pritchard y no veo en qué puede beneficiarle eso. No, no acabo de entenderlo. Y hay otra cosa.

»—¿Sí?

»—Mrs. Pritchard dice que esa Zarida le era ligeramente familiar.

»—¿Y qué?

»—Pues que no me gusta, Mr. Pritchard, eso es todo.

»—No sabía que fuera usted tan supersticiosa, Mrs. Copling.

»—No soy supersticiosa, pero sé cuando una cosa no tiene explicación.

»Cuatro días después tuvo lugar el primer incidente. Para que lo vean mejor voy a describirles la habitación de Mrs. Pritchard.

—Será mejor que lo haga yo —le interrumpió Mrs. Bantry—. Tenía las paredes empapeladas con esos papeles en los que se aplican grupos de flores formando una cenefa. El efecto es casi como estar en un jardín, aunque desde luego las flores no tienen lógica. Quiero decir que en la realidad no sería posible que florecieran todas al mismo tiempo.

—No te dejes llevar por tu afición a la horticultura, Dolly —le dijo su esposo—. Todos sabemos que eres una jardinera vocacional.

—Bueno, *es absurdo* —protestó Mrs. Bantry— tener campanillas azules, narcisos, altramuces, malvas y margaritas de san Miguel reunidos en un solo grupo.

—No es nada científico —dijo sir Henry—, pero siga con su historia.

—Bien, entre esos grupos de flores había primaveras amarillas y rosadas y… oh, pero sigue tú, Arthur, es tu historia…

El coronel Bantry retomó el hilo del relato.

—Una mañana, Mrs. Pritchard hizo sonar el timbre violentamente. El servicio acudió corriendo, pensando que estaba *in extremis*, pero en absoluto. La encontraron muy excitada y

señalando el papel de las paredes. Allí, desde luego, se veía *una primavera azul en medio de las otras*.

—¡Oh! —exclamó miss Helier— ¡Qué horrible!

—La cuestión era: ¿Había estado siempre allí? Eso fue lo que sugirieron George y la enfermera, pero Mrs. Pritchard no se dejó convencer de ninguna manera. Ella no la había visto hasta aquella misma mañana y la noche anterior había habido luna llena. Estaba muy preocupada.

—Aquel mismo día encontré a George Pritchard y me lo contó —dijo Mrs. Bantry—. Fui a visitar a Mrs. Pritchard e hice cuanto pude por ridiculizar aquel asunto, pero sin éxito. Regresé realmente preocupada y recuerdo que encontré a Jean Instow y se lo expliqué. Jean es una muchacha extraña y me dijo: «¿De modo que está muy preocupada?». Yo le contesté que la creía capaz de morir de terror ya que era extraordinariamente supersticiosa.

»Recuerdo que Jean me sobresaltó al responderme: "Bueno, eso sería lo mejor, ¿no le parece?". Y lo dijo en un tono tan frío y extraño que, la verdad, me chocó. Claro que ahora se estila ser franco y brusco, pero nunca me acostumbro a ello. Jean me sonrió de un modo extraño y me dijo: "A usted no le gusta que lo diga, pero es cierto. ¿Para que le sirve la vida a Mrs. Pritchard? Para nada en absoluto. Además convierte en un infierno la de su esposo. Lo mejor que podría ocurrirle a él es que su mujer se muriera de miedo". Yo le respondí: "George es muy bueno con ella siempre". Y me contestó: "Sí, se merece un premio el pobrecito. Es una persona muy atractiva, George Pritchard. Eso pensaba la última enfermera, aquella tan mona, ¿cómo se llamaba? Carstairs. Ésa fue la causa de la pelea entre ella y Mrs. Pritchard".

»No me gustó que Jean dijera eso. Aunque una no puede evitar preguntarse…

Mrs. Bantry movió la cabeza e hizo una pausa significativa.

—Sí, querida —comentó miss Marple plácidamente—. Uno siempre se pregunta cosas. ¿Esa Jean Instow es bonita? Y supongo que jugará al golf.

—Sí, es una gran deportista, y muy atractiva, muy rubia, de cutis blanco y con unos preciosos ojos azules. Desde luego, siempre hemos pensado que ella y George Pritchard hubieran hecho muy

buena pareja, es decir, si hubieran sido otras las circunstancias.

—¿Y eran amigos? —preguntó miss Marple con interés.

—Oh, sí, grandes amigos.

—¿Crees que podrás dejarme continuar mi historia, Dolly? —dijo el coronel Bantry en tono plañidero e infantil.

—Arthur —dijo Mrs. Bantry con aire resignado— desea volver a sus fantasmas.

—Supe el resto de lo ocurrido por el propio George —continuó el coronel—. Ni que decir tiene que Mrs. Pritchard armó un gran revuelo a finales del mes siguiente. Marcó en el calendario el día en que iba a haber luna llena y aquella noche hizo que la enfermera y su esposo permanecieran en su habitación estudiando atentamente el papel de las paredes. Había narcisos rojos, pero ninguno azul. Luego, cuando George salió de su dormitorio, ella cerró la puerta con llave.

—Y a la mañana siguiente había un gran narciso azul —dijo miss Helier en tono alegre.

—Cierto —replicó el coronel Bantry—. O por lo menos casi ha acertado. Una flor de uno de los narcisos, la que estaba precisamente encima de su cabeza, se había vuelto azul. Aquello asustó a George y claro, cuanto más se asustaba, menos quería tomarlo en serio e insistió en que todo aquello tenía que ser una broma. Hizo caso omiso de la evidencia de que la puerta había estado cerrada con llave y de que Mrs. Pritchard hubiera descubierto el cambio antes de que nadie, ni siquiera la enfermera Copling, entrara en su habitación.

»George estaba asustado y se comportó de un modo irracional. Su esposa deseaba abandonar la casa y él no quiso permitírselo. Por primera vez se sentía inclinado a creer en lo sobrenatural, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Por lo general dejaba que su esposa se saliera siempre con la suya, pero aquella vez no lo consentiría. Mary no debía ponerse en evidencia y dijo que todo aquello era una tontería. "Y así transcurrió rápidamente otro mes. Mrs. Pritchard protestó menos de lo que era de esperar. Creo que era lo bastante supersticiosa para creer que no podría escapar a su destino, y se repetía una y otra vez: “La primavera azul, aviso. El narciso azul, peligro. El geranio azul, *muerte*". Y contemplaba durante horas y

horas el grupo de geranios rosados y rojos más cercano a su cama.

»Aquel asunto iba alterando los nervios de todos, de tal modo que incluso la enfermera se contagió y fue a ver a George dos días antes de la luna llena para suplicarle que se llevara de allí a Mrs. Pritchard. George se puso furioso.

»—¡Aunque todas las flores de esa condenada pared se volvieran azules no podrían de ningún modo matar a nadie! —gritó.

»—Sí que pueden. Muchas personas han muerto de *shock* antes de ahora.

»—Tonterías —contestó George.

»George había sido siempre un poco testarudo. Era imposible manejarlo. Creo que albergaba la secreta idea de que su esposa era la autora de aquellos cambios de color y que formaba parte de alguno de sus histéricos y morbosos planes.

»Pues bien, llegó la noche fatal. Mrs. Pritchard cerró la puerta con llave como de costumbre. Estaba muy tranquila, pero con una calma extraña. La enfermera se sentía muy preocupada por su estado de ánimo. Quería darle un estimulante, una inyección de estricnina, pero Mrs. Pritchard se negó. Creo que en cierto modo aquello le divertía. Por lo menos eso dijo George.

—Creo que es muy posible —dijo Mrs. Bantry—. Para ella debía tener una especie de extraño encanto.

—A la mañana siguiente no sonó violentamente el timbre. Mrs. Pritchard solía despertarse a las ocho. Como a las ocho y media no había dado aún señales de vida, la enfermera golpeó con fuerza la puerta de su habitación y, al no obtener respuesta, fue a buscar a George e insistió en que la echaran abajo. Al fin lograron abrirla con un escoplo.

»Una mirada a la figura inmóvil que yacía en la cama fue suficiente para la enfermera Copling. Envió a George a telefonear al médico, pero era demasiado tarde. Mrs. Pritchard, según dijo, debía llevar muerta por lo menos ocho horas. El frasco de sales estaba sobre la cama junto a su mano y *en la pared uno de los geranios rosados había adquirido un intenso color azul*.

—¡Horrible! —exclamó miss Helier con un estremecimiento.

Sir Henry meditaba con el entrecejo fruncido.

—¿No hay algún otro detalle que podamos conocer?

El coronel Bantry negó con la cabeza, mas su esposa intervino rápidamente.

—El gas.

—¿Qué sucede con el gas? —quiso saber sir Henry.

—Cuando llegó el médico, se olía ligeramente a gas y en la chimenea un hornillo de gas estaba ligeramente abierto, pero tan poco que no pudo haberle ocasionado la muerte.

—¿Lo notaron Mr. Pritchard y la enfermera cuando entraron por primera vez?

—La enfermera dijo que notó un ligero olor y George que no olió a gas, pero sí a algo que le hizo sentirse incómodo. Lo atribuyó a la sorpresa y probablemente fue eso. De todas formas no murió por causa del gas y el olor era casi imperceptible.

—¿Y éste es el final de la historia?

—No, no lo es. El asunto suscitó muchos rumores. Comprendan, los criados habían oído cosas. Por ejemplo, que Mrs. Pritchard dijo a su esposo que él la odiaba y que se alegraría y se reiría aunque ella se estuviera muriendo. Y también algunos comentarios más recientes. Un día había dicho, a propósito de su negativa para que abandonara la casa: «Muy bien, cuando haya muerto espero que la gente comprenda que tú me has matado». Y dio la mala suerte de que él había estado preparando un líquido matahierbas para el jardín el día anterior. Uno de los criados jóvenes lo vio y luego le vio llevarle un vaso de leche caliente a su esposa.

»Las habladurías seguían circulando. El médico puso en el certificado, aunque no sé exactamente en qué términos, que había muerto de *shock*, de síncope, fallo cardíaco o algo parecido. Sin embargo, la pobre mujer no llevaba aún un mes en la tumba cuando se solicitó una orden de exhumación, que fue concedida.

—Y recuerdo que el resultado de la autopsia fue negativo —dijo sir Henry en tono grave—. Por una vez, hubo humo sin fuego.

—Todo el asunto es realmente extraño —dijo Mrs. Bantry—. Por ejemplo, la adivinadora, Zarida… ¡En la dirección que dio nunca habían oído hablar de ella!

—Apareció de pronto, como por arte de magia —dijo su esposo —, y como por arte de magia se desvaneció. ¡Tiene gracia!

—Y lo que es más —continuó Mrs. Bantry—, la enfermera

Carstairs, que se suponía que fue quien la recomendó, nunca había oído hablar de ella.

Se miraron unos a otros.

—Es una historia misteriosa —dijo el doctor Lloyd—. Se pueden hacer mil conjeturas, pero adivinar la verdad…

Meneó la cabeza.

—¿Se ha casado Mr. Pritchard con miss Instow? —preguntó miss Marple con su dulce voz.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber sir Henry. Miss Marple abrió desmesuradamente sus ojos azules.

—Me parece importante —explicó—. ¿Se han casado?

El coronel Bantry meneó la cabeza.

—Lo cierto es que esperábamos que ocurriera, pero ya han transcurrido dieciocho meses y no creo ni siquiera que se vean a menudo.

—Eso es importante —dijo miss Marple—, muy importante.

—Entonces piensa usted lo mismo que yo —intervino Mrs. Bantry—. Usted cree…

—Vamos, Dolly —la atajó su esposo—. Lo que vas a decir no tiene justificación. No podemos acusar a la gente sin tener la más leve prueba.

—No seas tan… tan masculino, Arthur. Los hombres siempre tenéis miedo a decir *cualquier* cosa. De todas formas, esto queda entre nosotros. Es sólo una fantástica idea que se me ha ocurrido, que Jean Instow pudo haberse disfrazado de adivinadora. Tal vez lo hiciera para gastarle una broma. No creo ni por un momento que tuviera intención de ocasionarle daño alguno. Pero, si lo hizo y Mrs. Pritchard fue lo bastante tonta como para morirse de miedo… bueno, eso es lo que ha querido decir miss Marple, ¿no es cierto?

—No, querida, no exactamente —replicó miss Marple—. Mire, si yo fuera a matar a alguien, lo cual, por supuesto, no imagino ni por un momento porque sería una maldad y además no me gusta matar, ni siquiera a las avispas, aunque *sé* que debe hacerse y estoy segura de que los jardineros lo hacen tan humanamente como es posible. Pero veamos, ¿qué estaba diciendo?

—Que si usted fuera a matar a alguien… —le recordó sir Henry.

—Oh, sí. Bien, si quisiera hacerlo, no me contentaría con

asustar. Leemos a menudo que la gente fallece de terror, pero considero que es un método un tanto incierto y las personas más nerviosas son mucho más valientes de lo que uno cree. Preferiría algo definitivo y seguro, y trazaría a conciencia un buen plan para ponerlo en práctica.

—Miss Marple —dijo sir Henry—, me asusta usted. Espero que nunca se le ocurra eliminarme. Su plan sería demasiado bueno.

Miss Marple le miró con aire de reproche.

—Creí haber dejado bien patente que nunca sería capaz de una maldad semejante —exclamó miss Marple—. No, sólo intentaba situarme en el lugar de… de cierta persona.

—¿Se refiere a George Pritchard? —preguntó el coronel Bantry —. Yo nunca creí que George… aunque, si quiere saber la verdad, hasta la enfermera lo cree. Fui a verla un mes después, cuando la exhumación. Ella ignoraba cómo lo hizo, la verdad es que no dijo nada en absoluto, pero era evidente que creía que George era responsable de la muerte de su esposa. Estaba convencida.

—Bueno —comentó el doctor Lloyd—, tal vez no anduviera muy equivocada. Permítame que le diga que una enfermera puede saber esas cosas. Quizá no pueda decir nada concreto, ni tenga pruebas, pero *lo sabe*.

Sir Henry se inclinó hacia delante.

—Vamos, miss Marple —le dijo en tono persuasivo—. Está usted perdida en sus pensamientos. ¿Por qué no nos los cuenta?

Miss Marple se sobresaltó y se puso muy colorada.

—Le ruego me perdone —replicó—, estaba pensando en la enfermera de nuestro distrito. Un caso muy difícil.

—¿Más difícil que el problema del geranio azul?

—En realidad todo depende de las primaveras —dijo miss Marple—. Quiero decir que Mrs. Bantry dijo que eran amarillas y rosadas. Si la que se volvió azul era de color rosa, desde luego encaja perfectamente, pero si fue una de las amarillas…

—Fue una de las rosadas —respondió Mrs. Bantry. Todos miraron a miss Marple.

—Entonces todo encaja —explicó la anciana moviendo la cabeza con pesar—. La estación de las avispas y todo lo demás. Y desde luego el gas.

—Supongo que le recordará incontables tragedias ocurridas en el pueblo —dijo sir Henry.

—Tragedias no —contestó miss Marple—. Y desde luego nada criminal. Pero sí me recuerda ciertas complicaciones que hemos tenido con la enfermera del distrito. Después de todo, las enfermeras son seres humanos y, a pesar de tener que ser tan correctas y de llevar esos cuellos tan incómodos… bueno, ¿puede uno extrañarse de que a veces ocurran ciertas cosas?

Una tenue lucecita iluminó la mente de sir Henry.

—¿Se refiere a la enfermera Carstairs?

—Oh, no, a la enfermera Copling. Mire, ella ya había estado antes en la casa y apreciaba a Mr. Pritchard, que según ustedes es un hombre atractivo. Yo diría que la pobre pensó… bueno, no es necesario entrar en detalles. No creo que supiera lo de miss Instow y, cuando lo descubrió, quiso revolverse y ocasionarle todo el daño posible. Claro que la carta la delata, ¿no le parece?

—¿Qué carta?

—Bueno, fue ella quien escribió a la adivinadora a petición de Mrs. Pritchard y la adivinadora acudió al parecer como respuesta a la carta. Pero más tarde descubrieron que en aquella dirección no existía semejante persona. Por lo tanto, eso demuestra que la enfermera Copling únicamente simuló escribirla, de manera que, ¿no es muy probable que fuese ella misma la adivinadora?

—No me había fijado en el detalle de la carta —comentó sir Henry—. Y desde luego es un dato muy importante.

—Un paso muy arriesgado —dijo miss Marple—, ya que Mrs. Pritchard pudo haberla reconocido a pesar de su disfraz. Aunque, de haber sido así, la enfermera hubiera dicho que se trataba de una broma.

—¿Qué quiso significar al decir que si usted fuera cierta persona no hubiera confiado sólo en asustar? —preguntó sir Henry.

—No se puede estar seguro de esa manera —replicó miss Marple —. No, yo creo que la amenaza y las flores azules fueron, si me permite emplear un término militar, *camuflaje* —se rió satisfecha.

—¿Y lo auténtico?

—Sé —dijo miss Marple a modo de disculpa— que tengo metida en la cabeza la idea de las avispas. Pobrecillas, son destruidas a

miles y, por lo general, en días de verano tan hermosos como éste. Pero recuerdo haber pensado al ver a un jardinero mezclando cianuro de potasio en una botella con agua que se parecía mucho a las sales. Y si se coloca en un frasco de sales sustituyéndolo por éstas… La pobre señora tenía la costumbre de utilizar su frasquito de sales y dicen que lo encontraron junto a su mano. Luego, mientras Mr. Pritchard fue a telefonear al médico, la enfermera lo cambiaría por el frasco auténtico y abriría un poco el gas para disimular el olor a almendras amargas. Siempre he oído decir que el cianuro no deja rastro si se espera lo suficiente. Pero es posible que me equivoque y tal vez puso algo completamente distinto en la botella, pero eso no tiene importancia, ¿verdad?

Miss Marple hizo una pausa para cobrar aliento.

Jane Helier, inclinándose hacia delante, dijo:

—Pero ¿y el geranio azul y las otras flores?

—Las enfermeras siempre tienen papel tornasol, ¿no es cierto? —exclamó miss Marple—, para… para hacer pruebas. No es un tema muy agradable y no vamos a entrar en detalles. Yo he hecho también de enfermera. —Enrojeció ligeramente—. El azul se vuelve rojo por la acción de un ácido y el rojo azul por la de un álcali. Fue fácil pegar un pedazo de papel tornasol rojo encima de una flor roja, cerca de la cama desde luego, y después, cuando la pobre señora destapara su frasquito de sales, las emanaciones del fuerte álcali volátil la transformaron en azul. Realmente muy ingenioso. Claro que el geranio no sería azul la primera vez que entraron en la habitación. Nadie se fijó en él hasta después. Cuando la enfermera cambió las botellas, acercó la de las sales alcalinas a la pared durante un minuto.

—Parece como si hubiera estado presente, miss Marple —dijo sir Henry.

—Los que me preocupan —continuó miss Marple— son Mr. Pritchard y esa muchacha tan encantadora, miss Instow. Probablemente sospecharían el uno del otro y por ello se han ido distanciando, y la vida es tan corta.

Meneó la cabeza.

—No necesita preocuparse —replicó sir Henry—. A decir verdad, yo ya sospechaba algo. Acaba de ser detenida una

enfermera acusada de haber asesinado a un anciano paciente suyo que le había dejado su herencia. Para ello sustituyó las sales de su frasco por cianuro de potasio. La enfermera Copling quiso repetir el mismo truco. Miss Instow y Mr. Pritchard ya no pueden tener dudas sobre cuál es la verdad.

—¿No es estupendo? —exclamó miss Marple—. No me refiero al nuevo crimen, desde luego. Es muy triste y demuestra la maldad que hay en el mundo y que, cuando se tropieza una vez… eso me recuerda que debo terminar mi conversación con el doctor Lloyd acerca de la enfermera de mi pueblecito.

Capítulo VIII

La señorita de compañía

—Ahora usted, doctor Lloyd —dijo miss Helier—, ¿no conoce alguna historia espeluznante?

Le sonrió con aquella sonrisa que cada noche embrujaba al público que acudía al teatro. Jane Helier era considerada la mujer más hermosa de Inglaterra y algunas de sus compañeras de profesión, celosas de ella, solían decirse entre ellas: «Claro que Jane no es una *artista*. No sabe *actuar*, en el verdadero sentido de la palabra. ¡Son esos ojos…!».

Y esos ojos estaban en aquel momento mirando suplicantes al solterón y anciano doctor que durante los cinco últimos años había atendido todas las dolencias de los habitantes del pueblo de St. Mary Mead.

Con un gesto inconsciente, el médico tiró hacia abajo de las puntas de su chaleco (que empezaba a quedársele estrecho) y buscó afanosamente en su memoria algún recuerdo para no decepcionar a la encantadora criatura que se dirigía a él con tanta confianza.

—Esta noche me gustaría sumergirme en el crimen —dijo Jane con aire soñador.

—Espléndido —exclamó su anfitrión, el coronel Bantry—. Espléndido, espléndido. —Y lanzó su potente risa militar—. ¿No te parece, Dolly?

Su esposa, reclamada tan bruscamente a las exigencias de la vida social (mentalmente estaba planeando qué flores plantaría la próxima primavera), convino con entusiasmo:

—Claro que es espléndido —dijo de corazón, aunque sin saber de qué se trataba—. Siempre lo he pensado.

—¿De veras, querida? —preguntó miss Marple, cuyos ojos parpadearon rápidamente.

—En St. Mary Mead no tenemos muchos casos espeluznantes… y menos en el terreno criminal, miss Helier —dijo el doctor Lloyd.

—Me sorprende usted —dijo sir Henry Clithering, ex comisionado de Scotland Yard, vuelto hacia miss Marple—. Siempre he pensado, por lo que he oído decir a nuestra amiga, que St. Mary Mead es un verdadero nido de crímenes y perversión.

—¡Oh, sir Henry! —protestó miss Marple mientras sus mejillas enrojecían—. Estoy segura de no haber dicho nunca semejante cosa. Lo único que he dicho alguna vez es que la naturaleza humana es la misma en un pueblo que en cualquier parte, sólo que aquí uno tiene oportunidad y tiempo para estudiarla más de cerca.

—Pero usted no ha vivido siempre aquí —dijo Jane Helier dirigiéndose al médico—. Usted ha estado en toda clase de sitios extraños y en diversas partes del mundo, lugares donde *sí ocurren* cosas.

—Es cierto, desde luego —dijo el doctor Lloyd pensando desesperadamente—. Sí, claro, sí… ¡Ah! ¡Ya lo tengo!

Y se reclinó en su butaca con un suspiro de alivio.

—De esto hace ya algunos años y casi lo había olvidado. Pero los hechos fueron realmente extraños, muy extraños. Y también la coincidencia que me ayudó a desvelar finalmente el misterio.

Miss Helier acercó su silla un poco más hacia él, se pintó los labios y aguardó impaciente. Los demás también volvieron sus rostros hacia el doctor.

—No sé si alguno de ustedes conoce las Islas Canarias —empezó a decir el médico.

—Deben de ser maravillosas —dijo Jane Helier—. Están en los Mares del Sur, ¿no? ¿O están en el Mediterráneo?

—Yo las visité camino de Sudáfrica —dijo el coronel—. Es muy hermosa la vista del Teide, en Tenerife, iluminado por el sol poniente.

—El incidente que voy a referirles —continuó el médico— sucedió en la isla de Gran Canaria, no en Tenerife. Hace ahora

muchos años ya. Mi salud no era muy buena y me vi obligado a dejar mi trabajo en Inglaterra y marcharme al extranjero. Estuve ejerciendo en Las Palmas, que es la capital de Gran Canaria. En cierto modo, allí disfruté mucho. El clima es suave y soleado, excelente playa (yo soy un bañista entusiasta) y la vida del puerto me atraía sobremanera. Barcos de todo el mundo atracan en Las Palmas. Yo acostumbraba a pasear por el muelle cada mañana, más interesado que una dama que pasara por una calle de sombrererías.

»Como les decía, barcos procedentes de todas las partes del mundo atracan en Las Palmas. Algunas veces hacían escala unas horas y otras un día o dos. En el hotel principal, el Metropol, se veían gentes de todas razas y nacionalidades, aves de paso. Incluso los que se dirigían a Tenerife se quedaban unos días antes de pasar a la otra isla.

»Mi historia comienza allí, en el hotel Metropol, un jueves por la noche del mes de enero. Se celebraba un baile y yo contemplaba la escena sentado en una mesa con un amigo mío. Había algunos ingleses y gentes de otras nacionalidades, pero la mayoría de los que bailaban eran españoles. Cuando la orquesta inició los compases de un tango, sólo media docena de parejas de esta nacionalidad permanecieron en la pista. Todos bailaban admirablemente mientras nosotros los contemplábamos. Una mujer en particular despertó vivamente nuestra admiración. Alta, hermosa e insinuante, se movía con la gracia de una pantera. Había algo peligroso en ella. Así se lo dije a mi compañero, que se mostró de acuerdo conmigo.

»—Las mujeres como ésta —me dijo— suelen tener historia. No pasan por la vida con más pena que gloria.

»—La hermosura es quizá la riqueza más peligrosa —repliqué.

»—No es sólo su belleza —insistió—. Hay algo más. Mírela de nuevo. A esa mujer han de sucederle cosas o sucederán por su causa. Como le digo, la vida no pasa de largo junto a una mujer así. Estoy seguro de que se verá rodeada de sucesos extraños y excitantes. Sólo hay que mirarla para comprenderlo.

»Hizo una pausa y luego agregó con una sonrisa.

»—Igual que sólo hay que mirar a esas dos mujeres de ahí, para saber que nada extraordinario puede sucederles a ninguna de ellas.

Han nacido para llevar una existencia segura y tranquila.

»Seguí su mirada. Las dos mujeres a las que se refería eran dos viajeras que acababan de llegar. Un buque holandés había entrado en el puerto aquella noche y sus pasajeros llegaban al hotel.

»Al mirarlas comprendí en el acto lo que quiso decir mi amigo. Eran dos señoras inglesas, el tipo clásico de viajera inglesa que se encuentra en el extranjero. Las dos debían rayar los cuarenta años. Una era rubia y un poco… sólo un poco llenita. La otra era morena y un poco… también sólo un poco exageradamente delgada. Estaban lo que se ha dado en llamar bien conservadas: vestían trajes de buen corte poco ostentosos y no llevaban ninguna clase de maquillaje. Tenían la tranquila prestancia de la mujer inglesa, bien educada y de buena familia. Ninguna de las dos tenía nada de particular. Eran iguales a miles de sus compatriotas: verían lo que quisieran ver, asistidas por sus guías Baedeker, y estarían ciegas a todo lo demás. Acudirían a la biblioteca inglesa y a la iglesia anglicana en cualquier lugar donde se encontrasen, y era probable que una de las dos pintara de vez en cuando. Como mi amigo había dicho, nada excitante o extraordinario habría de ocurrirle nunca a ninguna de las dos por mucho que viajaran alrededor de medio mundo. Aparté mis ojos de ellas para mirar de nuevo a nuestra sensual española de provocativa mirada y sonreí.

—¡Pobrecillas! —dijo Jane Helier con un suspiro—. Me parece estúpido que las personas no saquen el mayor partido posible de sí mismas. Esa mujer de Bond Street, Valentine, es realmente maravillosa. Audrey Denman es cliente suya, ¿y la han visto ustedes en *La Pendiente*? En el primer acto, en el papel de una colegiala está realmente maravillosa. Y sin embargo, Audrey tiene más de cincuenta años. En realidad, da la casualidad de que sé de muy buena tinta que anda muy cerca de los sesenta.

—Continúe —dijo Mrs. Bantry al doctor Lloyd—. Me encantan las historias de sensuales bailarinas españolas. Me hacen olvidar lo gorda y vieja que soy.

—Lo siento —dijo el doctor Lloyd a modo de disculpa—, pero, a decir verdad, mi historia no se refiere a la española.

—¿No?

—No. Como suele suceder, mi amigo estaba equivocado. A la

belleza española no le ocurrió nada excitante. Se casó con un empleado de una compañía naviera y, cuando yo abandoné la isla, tenía ya cinco hijos y estaba engordando mucho.

—Igual que la hija de Israel Peters —comentó miss Marple—. La que se hizo actriz y tenía unas piernas tan bonitas que no tardó en lograr el papel de protagonista. Todo el mundo decía que acabaría mal, pero se casó con un viajante de comercio y sentó la cabeza.

—El paralelismo pueblerino —murmuró sir Henry.

—Efectivamente —continuó el médico—, mi historia se refiere a las dos damas inglesas.

—¿Les ocurrió algo? —preguntó miss Helier.

—Sí, y precisamente al día siguiente.

—¿Sí? —dijo Mrs. Bantry intrigada.

—Al salir aquella noche, sólo por curiosidad, miré el libro de registro del hotel y encontré sus nombres con facilidad. Miss Mary Barton y miss Amy Durrant, de Little Paddocks, Caughton Weir, Bucks. Poco imaginaba entonces lo pronto que iba a encontrar de nuevo a las propietarias de aquellos nombres y en qué trágicas circunstancias.

»Al día siguiente había planeado ir de excursión con unos amigos. Teníamos que atravesar la isla en automóvil, llevándonos la comida, hasta un lugar llamado (apenas lo recuerdo, ¡ha pasado tanto tiempo!) Las Nieves, una bahía resguardada donde podíamos bañarnos si ése era nuestro deseo. Seguimos el programa tal como habíamos pensado, si exceptuamos el hecho de que salimos más tarde de lo previsto y nos detuvimos por el camino para comer, por lo que llegamos a Las Nieves a tiempo para bañarnos antes de la hora del té.

»Al aproximarnos a la playa, percibimos en seguida una gran conmoción. Todos los habitantes del pequeño pueblecito parecían haberse reunido en la orilla y, en cuanto nos vieron, corrieron hacia el coche y empezaron a explicarnos lo ocurrido con gran excitación. Como nuestro español no era demasiado bueno, me costó bastante entenderlo, pero al fin lo logré.

»Dos de esas chaladas inglesas habían ido allí a bañarse y una se alejó demasiado de la orilla y no pudo volver. La otra acudió en su auxilio para intentar traerla a la playa, pero le fallaron las fuerzas y

se hubiera ahogado también de no ser porque un hombre salió en un bote y las recogió, aunque la primera estaba más allá de toda ayuda.

»Tan pronto como supe lo que ocurría, aparté a la multitud y corrí hasta la playa. Al principio no reconocí a las dos mujeres. El traje de baño negro en que se enfundaba la figura rolliza y la apretada gorra de baño verde me impidieron reconocerla cuando alzó la cabeza mirándome con ansiedad. Estaba arrodillada junto al cuerpo de su amiga tratando de hacerle unos torpes remedos de respiración artificial. Cuando le dije que era médico lanzó un suspiro de alivio y yo le mandé que fuera en seguida a una de las casas a darse una buena fricción y a ponerse ropa seca. Una de las señoras que venía con nosotros la acompañó. Me puse a trabajar para devolver la vida a la ahogada, pero fue en vano. Era evidente que había dejado de existir y al fin tuve que darme por vencido.

»Me reuní con los otros en la casita de un pescador, donde tuve que dar la mala noticia. La superviviente se había vestido ya y entonces la reconocí inmediatamente como una de las recién llegadas de la noche anterior. Recibió la mala nueva con bastante calma y era evidente que el horror de lo ocurrido la había impresionado más que cualquier otro sentimiento personal.

»—Pobre Amy —decía—. Pobre, pobrecita Amy. Había deseado tanto poderse bañar aquí. Y era muy buena nadadora, no lo comprendo. ¿Qué cree usted que puede haber sido, doctor?

»—Posiblemente un calambre. ¿Quiere contarme exactamente lo que ha ocurrido?

»—Habíamos estado nadando las dos durante un rato, unos veinte minutos. Entonces dije que iba a salir ya, pero Amy quiso nadar un poco más. Luego la oí gritar y, al comprender que pedía ayuda, nadé hacia ella tan deprisa como pude. Cuando llegué a su lado aún flotaba, pero se agarró a mí con tanta fuerza que nos hundimos las dos. De no haber sido por ese hombre que se acercó con el bote, me hubiera ahogado yo también.

»—Suele ocurrir muy a menudo —dije—. Salvar a una persona que se está ahogando no es tarea fácil.

»—Es horrible —continuó miss Barton—. Llegamos ayer y estábamos encantadas con el sol y nuestras vacaciones. Y ahora

ocurre esta horrible tragedia.

»Le pedí los datos personales de la difunta, explicándole que haría cuanto pudiese por ella, pero que las autoridades españolas necesitarían disponer de cuanta información tuviera. Ella me dio todos los datos que pudo con presteza.

»La fallecida era miss Amy Durrant, su señorita de compañía, que había entrado a su servicio cinco meses atrás. Se llevaban muy bien, pero miss Durrant le habló muy poco de su familia. Se había quedado huérfana desde muy tierna edad y fue educada por un tío, ganándose la vida desde los veintiún años.

»Y eso fue todo —continuó el doctor.

Hizo una pausa y volvió a decir, esta vez con cierta intención:

—Y eso fue todo.

—No lo comprendo —dijo Jane Helier—. ¿Es eso todo? Quiero decir que es muy trágico, pero no… bueno, no es precisamente lo que yo llamo espeluznante.

—Yo creo que la historia no acaba ahí —intervino sir Henry.

—Sí —replicó el doctor Lloyd—, sí que continúa. Desde el principio me di cuenta de que había algo extraño. Desde luego interrogué a los pescadores sobre lo que habían visto. Ellos eran testigos presenciales. Y una de las mujeres me contó una historia bastante curiosa a la que entonces no presté atención, pero que recordé más tarde. Insistió en que miss Durrant no se encontraba en ningún apuro cuando gritó. La otra nadadora se había acercado a ella, según esta mujer, y deliberadamente le sumergió la cabeza debajo del agua. Como les digo, no le presté mucha atención. Era una historia fantástica y las cosas pueden verse de manera muy distinta desde la playa. Tal vez miss Barton había tratado de dejarla inconsciente al ver que la otra, presa del pánico, se agarraba a ella con desesperación y que podían ahogarse las dos. Y según la historia de aquella mujer española, parecía como… como si miss Barton hubiera intentado en aquel momento ahogar deliberadamente a su compañera.

»Como les digo, presté poca atención a aquella historia por aquel entonces, pero más tarde acudió a mi memoria. Nuestra mayor dificultad fue averiguar algo de aquella mujer, Amy Durrant. Al parecer no tenía parientes. Miss Barton y yo revisamos juntos sus

cosas. Encontramos una dirección a la que escribimos, pero resultó ser la de una habitación que había alquilado para guardar algunas de sus pertenencias. La patrona nada sabía y sólo la vio al alquilarle la habitación. Miss Durrant había comentado entonces que le gustaba tener un lugar al que poder llamar suyo y al que poder regresar en un momento dado. Había allí un par de muebles antiguos, algunos cuadros y un baúl lleno de esas cosas que se adquieren en las subastas, pero nada personal. Había mencionado a la patrona que sus padres habían muerto en la India cuando ella era una niña y que fue educada por un tío sacerdote, pero no dijo si era hermano de su padre o de su madre, de modo que el nombre no nos sirvió en absoluto de guía.

»No es que fuese un caso precisamente misterioso, pero sí poco satisfactorio. Debe de haber muchas mujeres solas y orgullosas, en su misma posición. Entre sus cosas encontramos en Las Palmas un par de fotografías, bastante antiguas y desvaídas y que fueron recortadas para que cupieran en sus marcos respectivos, de modo que no constaba en ellas el nombre del fotógrafo, y también había un daguerrotipo antiguo que pudo haber sido de su madre o con más probabilidad de su abuela.

»Miss Barton tenía, según dijo, la dirección de dos personas que le dieron referencias suyas. Una la había olvidado, pero la otra logró recordarla tras algunos esfuerzos. Resultó ser la de una señora que ahora vivía en Australia. Se le escribió y su respuesta, que naturalmente tardó bastante en llegar, no sirvió de gran ayuda. Decía que miss Durrant había sido señorita de compañía suya por un determinado espacio de tiempo, cumpliendo su cometido del modo más eficiente, que era una mujer encantadora, pero nada sabía de sus asuntos particulares ni de sus parientes.

»De modo que, como les digo, no era nada extraordinario en realidad, pero fueron las dos cosas juntas las que despertaron mis recelos. Aquella Amy Durrant de quien nadie sabía nada y la curiosa historia de la española que presenció la escena. Sí, y añadiré otra cosa: cuando me incliné por primera vez sobre el cuerpo de la ahogada y miss Barton se dirigía hacia las casetas de los pescadores, se volvió a mirar con una expresión en su rostro que sólo puedo calificar de intensa ansiedad, una especie de duda angustiosa que se

me quedó grabada en la mente.

»Entonces no me pareció extraño. Lo atribuí a la terrible pena que sentía por su amiga, pero más tarde comprendí que no era por eso. Entre ellas no existía relación alguna y por ello no podía sentir un hondo pesar. Miss Barton apreciaba a Amy Durrant y su muerte la había sobresaltado, eso era todo.

»Pero entonces, ¿a qué se debía aquella inmensa angustia? Ésa es la pregunta que me atormentaba. No me equivoqué al interpretar aquella mirada y, casi contra mi voluntad, una respuesta comenzó a tomar forma en mi mente. Supongamos que la historia de la mujer española fuese cierta. Supongamos que Mary Barton hubiera intentado ahogar a sangre fría a Amy Durrant. Consigue mantenerla bajo el agua mientras simula salvarla y es rescatada por un bote. Se encuentra en una playa solitaria, lejos de todas partes, y entonces aparezco yo, lo último que ella esperaba. ¡Un médico! ¡Y un médico inglés! Sabe muy bien que personas que han permanecido sumergidas en el agua más tiempo que Amy Durrant han vuelto a la vida gracias a la respiración artificial. Pero ella tiene que representar su papel y marcharse dejándome solo con su víctima. Y cuando se vuelve a mirar por última vez, una terrible angustia se refleja en su rostro. ¿Volverá a la vida Amy Durrant y *contará lo que sabe*?

—¡Oh! —exclamó Jane—. Estoy emocionada.

—Desde este punto de vista, el caso parece más siniestro y la personalidad de Amy Durrant se hace más misteriosa. ¿Quién era Amy Durrant? ¿Por qué habría de ser ella, una insignificante señorita de compañía a quien se paga por su trabajo, asesinada por su ama? ¿Qué historia se escondía tras la fatal excursión a la playa? Había entrado al servicio de Mary Barton unos pocos meses antes. Ésta la lleva consigo al extranjero y, al día siguiente de su llegada, ocurre la tragedia. ¡Y ambas eran dos refinadas inglesas de lo más corriente! La sola idea resultaba fantástica y tuve que reconocer que me estaba dejando llevar por la imaginación.

—Entonces, ¿no hizo nada? —preguntó miss Helier.

—Mi querida jovencita, ¿qué podía hacer yo? No existían pruebas. La mayoría de los testigos refirieron la misma historia que miss Barton. Yo había basado mis sospechas en una mera expresión

pasajera que bien pude haber imaginado. Lo único que podía hacer, y lo hice, era procurar que se continuasen las pesquisas para encontrar a los familiares de Amy Durrant. La siguiente vez que estuve en Inglaterra fui a ver a la patrona que le alquiló la habitación, con los resultados que ya les he referido.

—Pero usted presentía que había algo extraño —dijo miss Marple.

El doctor Lloyd asintió.

—La mitad del tiempo me avergonzaba pensar así. ¿Quién era yo para sospechar que aquella dama inglesa simpática y de trato amable hubiera cometido un crimen a sangre fría? Hice cuanto me fue posible por mostrarme cortés con ella durante el corto espacio de tiempo que permaneció en la isla. La ayudé a entenderse con las autoridades españolas e hice todo lo que pude como inglés para ayudar a una compatriota en un país extranjero. No obstante tengo el convencimiento de que ella sabía que me desagradaba y que sospechaba de ella.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí? —preguntó miss Marple.

—Creo que unos quince días. Miss Durrant fue enterrada allí y, unos días después, miss Barton tomó un barco de regreso a Inglaterra. El golpe la había trastornado tanto que no se sentía *capaz* de pasar el invierno allí, como había planeado. Eso es lo que dijo.

—¿Y parecía afectada? —quiso saber miss Marple.

—Bueno, no creo que aquello la afectara personalmente —replicó el doctor con cierta reserva.

—¿No engordaría por casualidad? —insistió miss Marple.

—¿Sabe? Es curioso que diga eso. Ahora que lo pienso, creo que tiene razón. Sí, si en algo cambió, fue en que pareció engordar un poco.

—Qué horrible —dijo Jane Helier con un estremecimiento—. Es como… como engordar con la sangre de la propia víctima.

—Y a pesar de todo, en cierto modo, no podía dejar de sentir que tal vez la estaba haciendo víctima de una injusticia —prosiguió el doctor Lloyd—. Sin embargo, antes de marcharse me dijo algo que parecía indicar lo contrario. Debe de haber, y yo creo que las hay, conciencias que obran muy lentamente y que tardan algún

tiempo en despertar de la monstruosidad del delito cometido.

»Fue la noche antes de que partiera de las Canarias. Me había pedido que fuera a verla y me agradeció calurosamente todo lo que había hecho por ella. Yo, como es de suponer, quité importancia al asunto diciéndole que había hecho únicamente lo normal dadas las circunstancias, etcétera, etcétera. Después hubo una pausa y, de pronto, me hizo una pregunta.

»—¿Usted cree —me dijo— que alguna vez puede estar justificado tomarse la justicia por propia mano?

»Le respondí que era una pregunta difícil de contestar, pero que en principio yo pensaba que no, que la ley era la ley y que debíamos someternos a ella.

»—¿Incluso cuando es impotente?

»—No la comprendo.

»—Es difícil de explicar, pero uno puede hacer algo que esté considerado como completamente equivocado, que sea considerado incluso un crimen, por una razón buena y justificada.

»Le repliqué secamente que algunos criminales habían pensado eso al cometer sus crímenes y se horrorizó.

»—Pero eso es horrible —murmuró—, horrible.

»Y luego, cambiando de tono, me pidió que le diera algo que la ayudara a dormir, ya que no había podido hacerlo últimamente desde… desde que sufrió aquel terrible golpe.

»—¿Está segura de que es eso? ¿No le ocurre nada? ¿No hay algo que torture su mente?

»—¿Qué supone usted que puede torturar mi mente? —me contestó furiosa y con recelo.

»—Las preocupaciones son muchas veces la causa del insomnio —dije sin darle importancia.

»Pareció reflexionar unos momentos.

»—¿Se refiere a las preocupaciones del porvenir o a las del pasado que ya no tienen remedio?

»—A cualquiera de ellas.

»—Sería inútil preocuparse por el pasado. No puede volver… ¡Oh!, ¿de qué sirve? No debemos pensar más, no se debe pensar en ello.

»Le receté un somnífero y me despedí. Cuando me iba pensé en

lo que acababa de decirme. "No puede volver…" ¿Qué? ¿O *quién*?

»Creo que esta última entrevista me predispuso en cierto modo para lo que iba a suceder después. Yo no lo esperaba, por supuesto, pero cuando ocurrió no me sorprendí. Porque Mary Barton me había dado la impresión de ser una mujer consciente, no una débil pecadora, sino una mujer de convicciones firmes, que actuaría según ellas y que no cejaría mientras siguiera creyendo en ellas. Imaginé que durante nuestra última conversación empezó a dudar de sus propias convicciones. Sus palabras me hicieron creer que empezaba a sentir la comezón de ese terrible hostigador del alma: el remordimiento.

»Lo siguiente sucedió en Cornualles, en un pequeño balneario bastante desierto en aquella época del año. Debía ser, veamos, a finales de marzo, y lo leí en los periódicos. Una señora se había hospedado en un pequeño hotel de aquella localidad, una tal miss Barton, cuyo comportamiento fue muy extraño, cosa que fue observada por todos. Por la noche paseaba de un lado a otro de su habitación, hablando sola y sin dejar dormir a las personas de los dormitorios contiguos al suyo. Un día llamó al vicario y le dijo que tenía que comunicarle algo de la mayor importancia y que había cometido un crimen. Y luego, en vez de continuar, se puso en pie violentamente diciéndole que ya regresaría otro día. El vicario la consideró una perturbada mental y no tomó en serio su grave autoacusación.

»A la mañana siguiente se descubrió que había desaparecido de su habitación, donde había dejado una nota dirigida al coronel y que decía lo siguiente:

> *Ayer intenté hablar con el vicario para confesarme, pero no pude. Ella no me deja. Sólo puedo remediarlo de una manera: dando mi vida por la suya, y debo perderla del mismo modo que ella. Yo también debo ahogarme en el mar. Creí que lo hacía justificadamente. Ahora comprendo que no era así. Si quiero obtener el perdón de Amy debo ir con ella. No se culpe a nadie de mi muerte.*
>
> *MARY BARTON.*

»Sus ropas fueron encontradas en una cueva cercana a la playa. Al parecer se había desnudado allí y nadado resueltamente mar adentro, donde la corriente era peligrosa ya que la arrastraría a los acantilados.

»El cadáver no fue recuperado, pero al cabo de un tiempo se la dio por muerta. Era una mujer rica, resultó tener más de cien mil libras. Puesto que murió sin hacer testamento, todo fue a parar a manos de sus parientes más próximos, unos primos que vivían en Australia. Los periódicos hicieron alguna discreta alusión a la tragedia ocurrida en las Islas Canarias y expusieron la teoría de que la muerte de miss Durrant había trastornado la razón de su amiga. En la encuesta judicial se pronunció el acostumbrado veredicto de "*suicidio cometido en un ataque de locura*".

»Y de este modo cayó el telón sobre la tragedia de Amy Durrant y Mary Barton.

Hubo una larga pausa y luego Jane Helier dijo con expresión agitada:

—Oh, pero no debe detenerse ahí, precisamente en el momento más interesante. Continúe.

—Pero comprenda, miss Helier, esto no es un serial, sino la vida real, y en la vida real las cosas se detienen inesperadamente.

—Pero yo no quiero que se detengan —dijo Jane—, quiero saber.

—Ahora es cuando debe hacer uso de su inteligencia, miss Helier —explicó sir Henry—. ¿Por qué asesinó Mary Barton a su señorita de compañía? Ése es el problema que nos ha planteado el doctor Lloyd.

—Oh, bueno —replicó la aludida—, pudo ser asesinada por muchísimas razones. Quiero decir… oh, no lo sé. Tal vez se saliera de sus casillas o tuviera celos, aunque el doctor Lloyd no haya mencionado a ningún hombre, pero es posible que durante el viaje en barco… bueno, ya sabe usted lo que dice todo el mundo de los cruceros y los viajes por mar.

Miss Helier se detuvo por falta de aliento, mientras todo su auditorio pensaba que el exterior de su encantadora cabeza superaba en mucho a lo que tenía dentro.

—A mí me gustaría hacer mil sugerencias —dijo Mrs. Bantry—,

pero supongo que debo limitarme a una. Yo creo que el padre de miss Barton haría fortuna arruinando al de Amy Durrant y Amy determinó vengarse. ¡Oh, no! Tendría que haber sido al revés. ¡Qué fastidio! ¿Por qué la rica dama asesinó a su humilde señorita de compañía? Ya lo tengo. Miss Barton tenía un hermano menor que se enamoró perdidamente de Amy Durrant. Miss Barton espera su oportunidad. Cuando Amy sale al mundo, la toma como señorita de compañía y la lleva a Canarias para llevar a cabo su venganza. ¿Qué tal?

—Excelente —dijo sir Henry—. Sólo que ignoramos que miss Barton tuviera un hermano.

—Eso lo he deducido —replicó Mrs. Bantry—. A menos que tuviera un hermano menor, no veo el motivo. De modo que debía tener uno. ¿No lo ve usted así, Watson?

—Todo esto está muy bien, Dolly —dijo su esposo—, pero es solo una mera conjetura.

—Claro —respondió Mrs. Bantry—. Es todo lo que podemos hacer, conjeturar. No tenemos la menor pista. Adelante, querido, ahora te toca a ti.

—Les doy mi palabra de que no sé qué decir, pero creo que es acertada la sugerencia de miss Helier acerca de que debía haber un hombre de por medio. Mira, Dolly, seguramente debía ser un párroco. Por un decir, las dos le tejen una capa a medida, pero él acepta la de la señorita Durrant primero. Puedes estar segura de que tuvo que ser algo así. Es muy significativo que al final acudiera también a un párroco, ¿no? Ese tipo de mujeres siempre pierden la cabeza por los párrocos bien parecidos. Se oyen casos continuamente.

—Creo que debemos tratar de encontrar una explicación un poco más plausible —dijo sir Henry—, aunque admito que también es sólo una conjetura. Yo sugiero que miss Barton fue siempre una desequilibrada mental. Hay muchos más casos así de los que pueden imaginar. Su manía fue agudizándose y empezó a creer que su obligación era librar al mundo de ciertas personas, posiblemente de las «mujeres desgraciadas». No sabemos gran cosa del pasado de miss Durrant. De modo que es muy posible que tuviera un pasado «desgraciado». Miss Barton lo averigua y decide exterminarla. Más

tarde, su crimen empieza a preocuparle y se siente abrumada por los remordimientos. Su fin demuestra que estaba completamente desequilibrada. Ahora dígame si está de acuerdo conmigo, miss Marple.

—Me temo que no, sir Henry —replicó miss Marple sonriendo para disculparse—. Creo que su final demuestra que había sido una mujer inteligente y resuelta.

Jane Heiler la interrumpió lanzando un grito.

—¡Oh! ¡Qué tonta he sido! ¿Puedo probar otra vez? Claro que debió ser eso. ¡Chantaje! La señorita de compañía le estaba haciendo víctima de su chantaje. Sólo que no comprendo por qué dice miss Marple que fue una mujer inteligente por el hecho de que se suicidara. No lo comprendo en absoluto.

—¡Ah! —exclamó sir Henry—. Seguro que miss Marple conoce un caso exactamente igual ocurrido en St. Mary Mead.

—Usted siempre se burla de mí, sir Henry —contestó miss Marple con tono de reproche—. Debo confesar que me recuerda un poco, sólo un poco, a la anciana Trout. Cobró las pensiones de tres ancianas fallecidas en distintas parroquias.

—Me parece un crimen muy complicado y muy provechoso —dijo sir Henry—, pero no veo que arroje ninguna luz sobre el problema que nos ocupa.

—Claro que no —replicó miss Marple—. Usted no, pero algunas de las familias eran muy pobres y la pensión de las ancianas representaba mucho para los niños. Sé que es difícil de entender para los extraños, pero lo que quiero hacer resaltar es que el fraude se apoyaba en el hecho de que una anciana se parece mucho a cualquier otra.

—¿Cómo? —preguntó sir Henry intrigado.

—Siempre me explico mal. Lo que quiero decir es que, cuando el doctor Lloyd describió a esas dos señoras, no sabía quién era quién y supongo que tampoco lo sabía nadie del hotel. Desde luego, lo hubieran sabido al cabo de uno o dos días, pero al día siguiente una de las dos pereció ahogada y si la superviviente dijo que era miss Barton, no creo que a nadie se le ocurriera dudarlo.

—Usted cree… ¡Oh! Ya comprendo —dijo sir Henry despacio.

—Es lo único que tendría un poco de sentido. Nuestra querida

Mrs. Bantry ha llegado a la misma conclusión hace tan solo unos momentos. ¿Por qué habría de matar una mujer rica a su humilde acompañante? Es mucho más lógico que fuera lo contrario. Quiero decir que es así como suelen suceder las cosas.

—¿Sí? —comentó sir Henry—. Me sorprende usted.

—Pero claro —prosiguió miss Marple—, luego tuvo que usar la ropa de miss Barton, que probablemente debía quedarle un tanto estrecha, por lo que daría la impresión de haber engordado un poco. Por eso hice esa pregunta. Un caballero seguramente pensaría que estaba aumentando de peso y no que la ropa le quedaba pequeña, aunque no sea éste el modo correcto de explicarlo.

—Pero si Amy Durrant asesinó a miss Barton, ¿qué ganaba con ello? —quiso saber miss Bantry—. No podía mantener la ficción indefinidamente.

—Sólo la mantuvo por espacio de un mes aproximadamente —indicó miss Marple—. Y durante este tiempo supongo que viajaría, manteniéndose alejada de todo el que pudiera conocerla. Eso es lo que quise dar a entender al decir que una mujer de cierta edad resultaba muy parecida a cualquier otra. No creo siquiera que notaran que la fotografía del pasaporte era distinta, ya saben ustedes lo malas que son. Y luego, en marzo, se marchó a ese balneario de Cornualles donde comenzó a actuar de un modo extraño, a atraer la atención de la gente para que cuando encontrasen sus ropas en la playa y leyeran su última carta no repararan en lo obvio.

—¿Que era? —preguntó sir Henry.

—Que *no había cuerpo* —replicó miss Marple—. Eso es lo que hubiera saltado más a la vista de no ser por la cantidad de pistas falsas puestas para apartarlos de la verdadera pista, incluyendo el detalle de la comedia del arrepentimiento: No había cuerpo, ése era el hecho más importante.

—¿Quiere usted decir…? —preguntó Mrs. Bantry—. ¿Quiere decir que no hubo tal arrepentimiento? ¿Y que… que no se ahogó?

—¡Ella no! —replicó miss Marple—. Igual que Mrs. Trout. Ella también supo preparar muchas pistas falsas, pero no había contado conmigo. Yo sé ver a través del fingido remordimiento de miss Barton. ¿Ahogada ella? Se marchó a Australia y no temo

equivocarme.

—No se equivoca, miss Marple —dijo el doctor Lloyd—. Tiene razón. Otra vez me deja usted sorprendido. Vaya, aquel día en Melbourne casi me caigo redondo de la impresión.

—¿Era eso a lo que se refería usted al hablar de una coincidencia?

El doctor Lloyd asintió.

—Sí, tuvo muy mala suerte miss Barton o miss Amy Durrant o como quieran llamarla. Durante algún tiempo fui médico de un barco y, al desembarcar en Melbourne, la primera persona que vi cuando paseaba por allí fue a la señora que yo creía que se había ahogado en Cornualles. Ella comprendió que su juego estaba descubierto por lo que a mí se refería e hizo lo más osado que se le ocurrió, convertirme en su confidente. Era una mujer extraña, desprovista de toda moral. Era la mayor de nueve hermanos, todos muy pobres. En una ocasión pidieron ayuda a su prima rica, que vivía en Inglaterra, pero fueron rechazados y miss Barton se peleó con su padre. Necesitaban dinero desesperadamente, ya que los tres niños más pequeños estaban delicados y necesitaban un costoso tratamiento médico. Parece ser que entonces Amy Barton planeó su crimen a sangre fría. Se marchó a Inglaterra, ganándose el pasaje como niñera, y obtuvo su empleo de señorita de compañía de miss Barton haciéndose llamar Amy Durrant. Alquiló una habitación en la que puso algunos muebles para crearse una cierta personalidad. El plan del ahogamiento fue una inspiración repentina. Había estado esperando que se le presentara alguna oportunidad. Después de representar la escena final del drama, regresó a Australia y, a su debido tiempo, ella y sus hermanos heredaron todo el dinero de miss Barton como parientes más próximos.

—Un crimen osado y perfecto —dijo sir Henry—. Casi el crimen perfecto. De haber sido miss Barton quien muriera en las Canarias, las sospechas hubieran recaído en Amy Durrant y se hubiese descubierto su parentesco con la familia Barton. Pero el cambio de identidad y el doble crimen, como podemos llamarlo, evitó esa posibilidad. Sí, casi fue un crimen perfecto.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Mrs. Bantry—. ¿Cómo actuó en el asunto, doctor Lloyd?

—Me encontraba en una posición muy curiosa, Mrs. Bantry. Pruebas, tal como las entiende la ley, tenía muy pocas todavía. Y también, como médico, me di cuenta de que, a pesar de su aspecto vigoroso y robusto, aquella mujer no iba a vivir mucho. La acompañé a su casa y conocí al resto de los hermanos, una familia encantadora que adoraba a su hermana mayor, completamente ajenos al crimen que había cometido. ¿Por qué llenarlos de pena si no podía probar nada? La confesión de aquella mujer no fue oída por nadie más que por mí y dejé que la naturaleza siguiera su curso. Miss Amy Barton falleció seis meses después de mi último encuentro con ella. Y a menudo me he preguntado si vivió alegre y sin arrepentimiento hasta que le llegó su fin.

—Seguramente no —dijo Mrs. Bantry.

—Yo creo que sí —dijo miss Marple—. Como Mrs. Trout.

Jane Helier se estremeció.

—Vaya —dijo—, es muy emocionante. Aunque aún no entiendo quién ahogó a quién y qué tiene que ver esa Mrs. Trout con todo eso.

—No tiene nada que ver, querida —replicó miss Marple—. Fue sólo una persona, y no precisamente agradable, que vivía en el pueblo.

—¡Oh! —exclamó Jane—. En el pueblo. Pero si en los pueblos nunca ocurre nada, ¿no es cierto? —suspiró—. Estoy segura de que si viviera en un pueblo sería tonta de remate.

Capítulo IX

Los cuatro sospechosos

La conversación giraba en torno a los crímenes que quedaban sin resolver y sin castigo. Cada uno por turno dio su opinión: el coronel Bantry, su simpática y gordezuela esposa, Jane Helier, el doctor Lloyd e incluso miss Marple. El único que no habló fue el que, en opinión de la mayoría, estaba más capacitado para ello. Sir Henry Clithering, ex comisionado de Scotland Yard, permanecía silencioso, retorciéndose el bigote o más bien dicho, tirando de él y con una media sonrisa en sus labios, como si le divirtiera algún pensamiento.

—Sir Henry —le dijo finalmente Mrs. Bantry—, si no dice usted algo, gritaré. ¿Hay muchos crímenes que quedan impunes?

—Usted piensa en los titulares de la prensa, Mrs. Bantry: SCOTLAND YARD FRACASA DE NUEVO y, a continuación, la lista de crímenes sin resolver.

—Que en realidad deben ser un porcentaje muy pequeño, supongo —dijo el doctor Lloyd.

—Sí, los cientos de crímenes que se resuelven y los responsables castigados rara vez se pregonan. Pero eso no es precisamente lo que discutimos. Los crímenes no *descubiertos* y los crímenes que quedan *impunes* son dos cosas por completo distintas. En la primera categoría entran todos los crímenes de los que Scotland Yard ni siquiera ha oído hablar, los que nadie ni siquiera sabe que se han cometido.

—Pero supongo que no debe haber muchos de ésos —dijo Mrs.

Bantry.

—¿No?

—¡Sir Henry! ¿No querrá usted decir que sí los hay?

—Yo creo —dijo miss Marple pensativa— que debe de haber muchísimos.

La encantadora anciana, con su aire tranquilo y anticuado, hizo esta declaración con la mayor placidez.

—Mi querida miss Marple… —empezó el coronel Bantry.

—Claro que muchas personas son estúpidas —dijo miss Marple —. Y a las personas estúpidas se las descubre hagan lo que hagan. Pero también hay muchas que no lo son y uno se estremece al pensar lo que serían capaces de hacer de no tener principios muy arraigados.

—Sí —replicó sir Henry—, hay muchísimas personas que no son estúpidas. Muchas veces un crimen llega a descubrirse por un fallo insignificante y uno no deja de hacerse siempre la misma pregunta. De no haber sido por aquel fallo, ¿hubiese llegado a descubrirse?

—Pero esto es muy serio, Clithering —dijo el coronel Bantry—, pero que muy grave.

—¿De veras?

—¿Pero qué dice usted? ¡Lo es! Claro que es serio.

—Usted dice que hay crímenes que quedan impunes, pero ¿es eso cierto? Tal vez no reciban el castigo de la ley, pero la causa y el efecto actúan aun fuera de la ley. Decir que cada crimen conlleva su propio castigo parecerá muy tópico y, no obstante, en mi opinión, nada hay más cierto.

—Tal vez —dijo el coronel Bantry—, pero eso no altera la gravedad… la gravedad…

Se detuvo desorientado.

Sir Henry Clithering sonrió.

—El noventa y nueve por ciento de la gente sin duda comparte su opinión —comentó—. Pero ¿sabe usted?, no es la culpabilidad lo importante, sino la inocencia. Eso es lo que nadie aprecia.

—No lo entiendo —exclamó Jane Helier.

—Yo sí —replicó miss Marple—. Cuando Mrs. Trent descubrió que le faltaba media corona que llevaba en el bolso, la persona más afectada fue la asistenta, Mrs. Arthur. Desde luego los Trent

pensaron que había sido ella, pero eran buenas personas y, como sabían que tenía una familia numerosa y un marido aficionado a la bebida, pues… naturalmente no quisieron tomar medidas extremas. Pero cambiaron totalmente su actitud hacia ella. Ya no la dejaban al cuidado de la casa cuando se ausentaban y otras personas empezaron a comportarse con ella de un modo semejante. Y luego se descubrió de pronto que había sido la institutriz. Mrs. Trent la descubrió, a través de una puerta que se reflejaba en un espejo, por pura casualidad, a la que yo prefiero llamar Providencia. Y creo que eso es lo que quiere decir sir Henry. La mayoría de las personas se hubieran interesado únicamente por saber quién cogió el dinero, que resultó ser la más insospechada, como en las novelas policíacas. Pero, para quien realmente era importante, casi cuestión de vida o muerte, descubrir la verdad era para Mrs. Arthur, que no había hecho nada. Eso es lo que quiso usted decir, ¿verdad, sir Henry?

—Sí, miss Marple, ha dado usted en el clavo. La asistenta de su historia tuvo suerte en el caso que ha expuesto: se demostró su inocencia. Pero algunas personas pueden pasar toda su vida oprimidas por el peso de una sospecha completamente injusta.

—¿Se refiere usted a algún caso en particular, sir Henry? —preguntó Mrs. Bantry con astucia y con verdadera curiosidad.

—Pues, a decir verdad, sí, Mrs. Bantry. Uno muy curioso. Un caso en el que pensábamos que se había cometido un crimen, pero no teníamos la más remota posibilidad de probarlo.

—Veneno, supongo —exclamó Jane—. Algo que no deja rastro.

El doctor Lloyd se removió inquieto y sir Henry negó con la cabeza.

—No, querida señorita. ¡*No* fue el veneno secreto de las flechas de los indios sudamericanos! ¡Ojalá hubiera sido algo así! Tuvimos que habérnoslas con algo mucho más prosaico, tanto, que no cabe la esperanza de dar con el responsable. Un anciano que se cayó por la escalera y se desnucó, uno de tantos accidentes, lamentables accidentes, que ocurren a diario.

—¿Y qué sucedió en realidad?

—¿Quién puede decirlo? —Sir Henry se encogió de hombros—. ¿Le empujaron por detrás? ¿Ataron un cordón de lado a lado de la escalera, que luego fue quitado cuidadosamente? Eso nunca lo

sabremos.

—Pero usted cree que… bueno, que no fue un accidente. ¿Por qué? —quiso saber el médico.

—Ésa es una historia bastante larga, pero… bueno, sí, estamos casi seguros. Como les digo, no hay posibilidad de poder culpar a nadie, las pruebas serían demasiado vagas. Pero el caso se puede mirar también desde otra perspectiva, la que mencionaba antes. Cuatro son las personas que pudieron hacerlo. Una es culpable, *pero las otras tres son inocentes*. Y, a menos que se averigüe la verdad, permanecerán bajo la terrible sombra de la duda.

—Creo —dijo Mrs. Bantry— que será mejor que nos cuente usted toda la historia.

—En realidad no creo que sea necesario que me extienda tanto —replicó sir Henry—. Puedo resumir el principio. Es sobre una sociedad secreta alemana: «La Mano Vengadora», algo parecido a la Camorra o a la idea que la gente tiene de ella. Una organización dedicada a la extorsión y el terrorismo. La cosa empezó repentinamente después de la guerra y se extendió con sorprendente rapidez, y fueron numerosas las víctimas de la organización. Las autoridades no pudieron con ella, porque sus secretos eran guardados celosamente y era casi imposible encontrar a nadie que quisiera traicionarlos.

»En Inglaterra no se oyó hablar mucho de ella, pero en Alemania estaba causando un efecto paralizador. Finalmente fue disuelta gracias a los esfuerzos de un hombre, un tal doctor Rosen, que en un tiempo fue un miembro notable del Servicio Secreto. Se hizo miembro de la sociedad, se infiltró en sus círculos más íntimos y fue, tal como les digo, el instrumento que la desmoronó.

»Pero, en consecuencia, se convirtió en un hombre marcado y se consideró prudente que abandonara Alemania, al menos durante algún tiempo. Se vino a Inglaterra y fuimos informados por la policía de Berlín. Se entrevistó personalmente conmigo y advertí enseguida lo resignado de su actitud. No le cabía la menor duda de lo que le reservaba el futuro.

»—Me cogerán, sir Henry —me dijo—, no cabe la menor duda. —Era un hombre alto, de hermosas facciones y voz profunda, que sólo delataba su nacionalidad por su ligera pronunciación gutural

—. Es una conclusión inevitable. No me importa, estoy preparado. Ya afronté ese riesgo al emprender esta empresa. He hecho lo que me propuse. La organización no podrá volver a levantarse, pero quedan muchos de sus miembros en libertad y se vengarán de la única manera que pueden: con mi vida. Es sólo cuestión de tiempo, pero desearía alargarlo lo más posible. Estoy reuniendo y preparando material muy interesante, el resultado de toda una vida de trabajo. Y si fuera posible, me gustaría poder completar mi tarea.

»Habló con sencillez, pero con cierta grandeza que no pude dejar de admirar. Le dije que tomaríamos toda clase de precauciones, pero no me dejó insistir.

»—Algún día, más pronto o más tarde, me cogerán —repetía—. Y cuando ese día llegue, no se preocupe. No me cabe la menor duda de que habrá hecho todo lo posible por evitarlo.

»Luego me expuso sus proyectos, que eran bastante sencillos. Se proponía adquirir una casita en el campo donde vivir tranquilamente y continuar su trabajo. Por fin escogió un pueblecito de Somerset, King's Gnaton, situado a unas siete millas de la estación de ferrocarril y singularmente preservado de la civilización. Compró una casita preciosa en la que llevó a cabo algunas reformas y mejoras, y se instaló en ella muy contento, acompañado de su sobrina Greta, un secretario, una vieja criada alemana que le había servido fielmente durante casi cuarenta años y un mañoso jardinero externo, que era nativo de King's Gnaton.

—Los cuatro sospechosos —comentó Mr. Lloyd con voz apagada.

—Exacto, los cuatro sospechosos. No hay mucho más que decir. La vida transcurrió apaciblemente en King's Gnaton durante cinco meses y entonces ocurrió la desgracia. El doctor Rosen se cayó una mañana por la escalera y fue hallado muerto media hora más tarde. En el momento en que debió ocurrir el accidente, Gertrud estaba en la cocina con la puerta cerrada y no oyó nada, o por lo menos *eso dijo*. Miss Greta estaba en el jardín plantando unos bulbos, también *según dijo*. El jardinero, Dobbs, estaba en el cobertizo, desayunando, *según dijo*. Y el secretario había ido a dar un paseo y tampoco tenemos otra cosa mejor que su palabra. Ninguno de ellos tiene una coartada ni es capaz de atestiguar la declaración de los demás. Pero una cosa es cierta: nadie del exterior pudo hacerlo ya que la

presencia de un extraño hubiera sido advertida con seguridad en el pueblecito de King's Gnaton. La puerta principal y la de atrás estaban cerradas, y cada uno de los habitantes de la casa tenía su llave. De modo que ya ven que los sospechosos se reducen a estos cuatro: Greta, la hija de su propio hermano; Gertrud, que llevaba cuarenta años sirviéndole fielmente; Dobbs, que nunca había salido de King's Gnaton, y Charles Templeton, el secretario.

—Sí —intervino el coronel Bantry—. ¿Qué nos dice de él? A mí me parece el más sospechoso. ¿Qué sabía usted de él?

—Pues lo que sé de él es lo que le deja completamente al margen de sospechas, por lo menos de momento —dijo sir Henry en tono grave—. Charles Templeton era uno de mis hombres.

—¡Oh! —exclamó el coronel Bantry visiblemente sorprendido.

—Sí, quise tener a alguien en la casa y que al mismo tiempo no llamara la atención en el pueblo. Rosen realmente necesitaba un secretario y yo le proporcioné a Templeton. Es un caballero, habla alemán a la perfección y es, en conjunto, un tipo muy capacitado.

—Pues entonces, ¿de quién sospecha usted? —preguntó Mrs. Bantry con extrañeza—. Todos parecen tan… buenos y tan inocentes.

—Sí, eso parece, pero podemos considerar el caso desde un ángulo distinto. Fraülein Greta era su sobrina y una muchacha encantadora, pero la guerra nos ha demostrado a menudo que un hermano puede volverse contra su hermana, un padre contra su hijo, etcétera, etcétera, y que las más encantadoras y gentiles jovencitas eran capaces de cosas sorprendentes. Lo mismo puede aplicarse a Gertrud y quién sabe qué otros factores pudieron obrar en su caso. Tal vez una disputa con su señor, un creciente resentimiento más intenso debido a los largos años de fidelidad. Las mujeres que tienen tantos años y pertenecen a esa clase, algunas veces pueden vivir increíblemente amargadas. ¿Y Dobbs? ¿Queda eliminado por no tener relación alguna con la familia? Con dinero se consiguen muchas cosas. Pudieron aproximarse a él de algún modo y sobornarlo.

»Una cosa parece segura: debió llegar algún mensaje u orden del exterior. De otro modo, ¿por qué aquellos cinco meses de espera? No, los agentes de "La Mano Vengadora" debieron estar trabajando.

No estarían seguros de la perfidia de Rosen y debieron retrasar su venganza hasta asegurarse de su posible traición sin ninguna duda. Luego, cuando verificaron sus sospechas, debieron enviar su mensaje al espía que tenían dentro de su misma casa. El mensaje que decía: "Mata".

—¡Qué horror! —dijo Jane Helier con un estremecimiento.

—Pero ¿cómo llegaría el mensaje? Ése es el punto que traté de aclarar como única esperanza para resolver el misterio. Una de esas cuatro personas debió de ser abordada por alguien o comunicarse con ellos de alguna manera. La orden debía ser ejecutada, lo sabía muy bien, tan pronto como fuera recibido el aviso. Era la peculiaridad de «La Mano Vengadora».

»Me puse a trabajar de una forma que probablemente les parecerá ridículamente meticulosa. ¿Quiénes habían estado en la casa aquella mañana? No descarté a nadie. Aquí está la lista.

Y sacando un sobre de su bolsillo, escogió un papel entre los que contenía.

—*El carnicero*, que trajo la carne de ternera. Hice averiguaciones y resultaron exactas.

»El *chico* del colmado trajo un paquete de harina de maíz, dos libras de azúcar, una de mantequilla y otra de café. Fueron investigados y resultaron correctos.

»*El cartero* trajo dos circulares para miss Rosen, una carta de la localidad para Gertrud, tres para el doctor Rosen, una con sello extranjero, y dos para Mr. Templeton, una de ellas también con sello extranjero.

Sir Henry hizo una pausa y luego extrajo varios documentos del sobre.

—Tal vez les interese verlos. Me fueron entregados por los interesados o bien recogidos de la papelera. No necesito decirles que fueron examinados por expertos para ver si se encontraban en ellos rastros de tinta invisible, etcétera. No se ha encontrado nada.

Todos se acercaron para mirar. Los catálogos para la señorita Rosen eran de un jardinero y de un establecimiento de peletería de Londres muy importante. El doctor Rosen recibió una factura de las semillas compradas a un jardinero local para su jardín y otra de una papelería de Londres. La carta dirigida a él decía lo siguiente:

Mi querido Rosen:

Acabo de regresar de la finca de Mr. Helmuth Spath. El otro día vi a Udo Johnson. Había venido para visitar a Ronald Perry, y me dijo que él y Edgar Jackson acaban de llegar de Tsingtau. Con toda Ecuanimidad, no puedo decir que envidie su viaje. Envíame pronto noticias tuyas. Como ya te dije antes: guárdate de cierta persona. Ya sabes a quién me refiero, aunque no estés de acuerdo conmigo. Tuya,

Georgine.

—El correo de Mr. Templeton consistía en esta factura que como ustedes ven enviaba su sastre y una carta de un amigo de Alemania —prosiguió sir Henry—. Esta última, desgraciadamente, la rompió durante su paseo. Y por último tenemos la carta que recibió Gertrud.

Querida Mrs. Swartz:

Esperamos que pueda usted asistir a la reunión del viernes por la noche. El vicario dice que tiene la esperanza de que vendrá y será usted bien venida. La receta del beicon era estupenda y le doy las gracias por ella. Confío en que se encuentre bien de salud y podamos verla el viernes. Queda de usted afectísima,

Emma Greene.

El doctor Lloyd sonrió afablemente, al igual que Mrs. Bantry.

—Creo que esta última carta puede eliminarse —dijo el doctor.

—Yo opino lo mismo —replicó sir Henry—, pero tomé la precaución de comprobar que existía esa tal Mrs. Greene y que se celebraba la reunión. Ya saben, nunca está de más ser precavido.

—Esto es lo que dice siempre nuestra amiga miss Marple —comentó el doctor Lloyd sonriendo—. Está usted ensimismada, miss Marple. ¿En qué piensa?

La aludida se sobresaltó.

—¡Qué tonta soy! —exclamó—. Me estaba preguntando por qué en la carta del doctor Rosen la palabra Ecuanimidad estaba escrita con mayúscula.

Mrs. Bantry exclamó:

—Es cierto. *¡Oh!*

—Sí querida —respondió miss Marple—. ¡Pensé que usted lo notaría!

—En esa carta hay un aviso definitivo —dijo el coronel Bantry —. Es lo primero que me llamó la atención. Me fijo más de lo que ustedes creen. Sí, un aviso definitivo… ¿contra quién?

—Hay algo muy curioso con respecto a esa carta —explicó sir Henry—. Según Templeton, el doctor Rosen la abrió durante el desayuno y se la alargó diciendo que no sabía quién podía ser aquel individuo.

—¡Pero si no era un hombre! —dijo Jane Helier—. ¡Está firmada por una tal «Georgina»!

—Es difícil decirlo —dijo el doctor Lloyd—. Tal vez el nombre sea Georgey y no Georgina, aunque parezca más bien lo contrario. En todo caso, resulta un tanto chocante, porque esta letra no parece de mujer.

—Eso es igualmente curioso —dijo el coronel Bantry—, que la enseñara fingiendo no saber quién se la escribía. Tal vez pretendía observar la reacción de alguien al verla, pero ¿de quién?, ¿del chico o de ella?

—¿O tal vez de la cocinera? —insinuó Mrs. Bantry—. Quizá se encontrase en la habitación sirviendo el desayuno. Pero lo que no comprendo es… es muy curioso que…

Frunció el entrecejo contemplando la carta. Miss Marple se acercó a ella y, señalando la hoja de papel con un dedo, cuchichearon entre sí.

—Pero ¿por qué rompió la otra carta el secretario? —preguntó Jane Helier de pronto—. Parece… ¡oh! No sé… parece extraño. ¿Por qué había de recibir cartas de Alemania? Aunque, claro, si como usted dice está por encima de toda sospecha…

—Pero sir Henry no ha dicho eso —replicó miss Marple a toda prisa, abandonando su conversación con Mrs. Bantry—. Ha dicho que los sospechosos son *cuatro*. De modo que incluye a Mr.

Templeton. ¿Tengo razón, sir Henry?

—Sí, miss Marple. La amarga experiencia me ha enseñado una cosa: nunca diga que nadie está por encima de toda sospecha. Acabo de darles razones por las cuales tres de estas personas pudieran ser culpables, por improbable que parezca. Entonces no apliqué el mismo procedimiento a Charles Templeton, pero al fin tuve que seguir la regla que acabo de mencionar. Y me vi obligado a reconocer esto: que todo ejército, toda marina y toda policía tienen cierto número de traidores en sus filas, por mucho que se odie admitir la idea. Y por ello examiné el caso contra Charles Templeton sin el menor apasionamiento.

»Me hice muchas veces la pregunta que miss Helier acaba de exponer. ¿Por qué fue el único que no pudo presentar la carta que recibiera con sello alemán? ¿Por qué recibía correspondencia de Alemania?

»Esta última pregunta era del todo inocente y por lo tanto se la hice a él, siendo su respuesta bastante sencilla. La hermana de su madre estaba casada con un alemán y la carta era de una prima suya alemana. De modo que me enteré de algo que ignoraba hasta entonces, que Charles Templeton tenía parientes alemanes. Y eso le colocó inmediatamente en la lista de sospechosos. Es uno de mis hombres, un muchacho en el que siempre he confiado, pero para ser justo y ecuánime debo admitir que es el que encabeza la lista.

»Pero ahí lo tienen: ¡No lo sé! No lo sé y, con toda probabilidad, nunca lo sabré. No se trata sólo de castigar a un asesino, sino de algo que considero cien veces más importante. Se trata, quizá, de la posibilidad de haber arruinado la carrera de un hombre honrado a causa de meras sospechas, sospechas que por otra parte no me atrevo a despreciar.

Miss Marple carraspeó y dijo en tono amable:

—Entonces, sir Henry, si no le he entendido mal, ¿de quien sospecha principalmente es del joven Templeton?

—Sí, en cierto sentido. Y en teoría los cuatro habrían de verse igualmente afectados por esta situación, pero no es ése el caso. Dobbs, por ejemplo, aun cuando yo lo considere sospechoso, eso no altera en modo alguno su vida. En el pueblo nadie recela de que la muerte del doctor Rosen no fuese accidental. Gertrud tal vez se

haya visto algo más afectada. La situación puede representar alguna diferencia, por ejemplo, en la actitud de Fraülein Rosen hacia ella, aunque dudo de que eso le afecte excesivamente.

»En cuanto a Greta Rosen… bueno, aquí llegamos al punto crucial de todo este asunto. Greta es una joven muy hermosa y Charles Templeton un muchacho apuesto, convivieron cinco meses bajo el mismo techo sin otras distracciones exteriores y ocurrió lo inevitable. Se enamoraron el uno del otro, aunque no quieren admitir el hecho con palabras.

»Y luego ocurrió la catástrofe. Ya habían transcurrido tres meses, y un día o dos después de mi regreso, Greta Rosen vino a verme. Había vendido la casita y regresaba a Alemania, una vez arreglados los asuntos de su tío. Acudió a mí, aunque sabía que me había retirado, porque en realidad deseaba verme por un asunto personal. Tras dar algunos rodeos al fin me abrió su corazón. ¿Cuál era mi opinión? Aquella carta con sello alemán, la que Charles había roto, la había preocupado y seguía preocupándola. ¿Había dicho la verdad? Sin duda *debió decirla*. Claro que creía su historia, pero… ¡oh!, si pudiera saberlo con absoluta certeza.

»¿Comprenden? El mismo sentimiento, el deseo de confiar, pero la terrible sospecha persistiendo en el fondo de su mente, a pesar de luchar contra ella. Le hablé con absoluta franqueza, pidiéndole que hiciera lo mismo, y le pregunté si Charles y ella estaban enamorados.

»—Creo que sí —me contestó—. Oh, sí, eso es. Éramos tan felices. Los días pasaban con tanta alegría. Los dos lo sabíamos, pero no había prisa, teníamos toda la vida por delante. Algún día me diría que me amaba y yo le contestaría que yo también. ¡Ah! ¡Pero puede usted imaginárselo! Ahora todo ha cambiado. Una nube negra se ha interpuesto entre nosotros, nos mostramos retraídos y cuando nos vemos no sabemos qué decirnos. Quizás a él le ocurre lo mismo. Nos decimos interiormente: ¡Si estuviéramos seguros! Por eso, sir Henry, le suplico que me diga: "Puede estar segura, quienquiera que matase a su tío no fue Charles Templeton". ¡Dígamelo! ¡Oh, se lo suplico! ¡Se lo suplico, se lo suplico!

»Y maldita sea —exclamó sir Henry, dejando caer su puño con fuerza sobre la mesa—, no pude decírselo. Se fueron separando más

y más los dos. Entre ellos se interponía la sospecha como un fantasma que no podían apartar.

Se reclinó en la butaca con el rostro abatido y grave mientras movía la cabeza con desaliento.

—Y no hay nada más que hacer, a menos —volvió a enderezarse con una sonrisa burlona—, a menos que miss Marple pueda ayudarnos. ¿Puede usted, miss Marple? Tengo el presentimiento de que esa carta está en su línea. La de la reunión benéfica. ¿No le recuerda alguien o algo que le haga ver este asunto muy claro? ¿No puede hacer algo por ayudar a dos jóvenes desesperados que desean ser felices?

Tras la sonrisa burlona se escondía cierta ansiedad en su pregunta. Había llegado a formarse una gran opinión del poder deductivo de aquella solterona frágil y anticuada, y la miró con cierta esperanza en los ojos.

Miss Marple carraspeó y se arregló la manteleta de encaje.

—Me recuerda un poco a Annie Poultny —admitió—. Claro que la carta está clarísima, para Mrs. Bantry y para mí. No me refiero a la que habla de la reunión benéfica, sino a la otra. Al haber vivido tanto en Londres y no tener ninguna afición por la jardinería, sir Henry, no es de extrañar que no lo haya notado usted.

—¿Eh? —exclamó sir Henry—. ¿Notado qué?

Mrs. Bantry alargó la mano y escogió una de las cartas, un catálogo que abrió y leyó pausadamente:

> *»—Mr. Helmuth Spath. Lila, una flor maravillosa, su tallo alcanza una altura inusitada. Espléndida para cortar y adornar el jardín. Una novedad de sorprendente belleza.*
> *»Udo Johnson. Amarilla y cálida. De aroma peculiar y agradable.*
> *»Edgar Jackson. Crisantemo de hermosa forma y color rojo ladrillo muy brillante.*
> *»Ronald Perry. Rojo brillante. Sumamente decorativa.*
> *»Tsingtau. Color naranja brillante, flor muy vistosa para jardín y de larga duración una vez cortada.*

Ecuanimidad…

»Recordarán ustedes que esta palabra aparecía en la carta escrita también en mayúscula.

»Flor de extraordinaria perfección en su forma. Tonos rosa y blanco.

Mrs. Bantry, dejando el catálogo, terminó diciendo con una gran excitación:

—Y *¡Dalias!*

—Las letras iniciales de sus nombres componen la palabra «MUERTE» —explicó miss Marple satisfecha.

—Pero la carta la recibió el propio doctor Rosen —objetó sir Henry.

—Ésa fue la maniobra más inteligente —explicó miss Marple—. Eso y la amenaza que se encerraba en ella. ¿Qué es lo que haría al recibir una carta de alguien desconocido y llena de nombres extraños para él? Pues, naturalmente, mostrársela a su secretario y pedirle su opinión.

—Entonces, después de todo…

—¡Oh, no! —exclamó miss Marple—. El secretario, no. Vaya, eso precisamente demuestra que *no fue él.* De ser así, nunca hubiera permitido que se encontrase la carta e igualmente no se le hubiese ocurrido destruir una carta dirigida a él y con sello alemán. Su inocencia resulta evidente y, si me permito decirlo, *deslumbrante*.

—Entonces, ¿quién…?

—Pues parece casi seguro, todo lo seguro que puede ser algo en este mundo. Había otra persona presente durante el desayuno y pudo… es natural, dadas las circunstancias, alargar la mano y leer la carta. Y así fue. Recuerden que recibió un catálogo de jardinería en el mismo correo…

—Greta Rosen —dijo sir Henry despacio—. Entonces su visita…

—Los caballeros nunca saben ver a través de estas cosas —replicó miss Marple—. Y me temo que muchas veces a las viejas nos ven como a… brujas, porque vemos cosas que a ellos les pasan inadvertidas, pero es así. Una sabe mucho de las de su propio sexo por desgracia. No me cabe la menor duda de que se alzó una barrera entre ellos. El joven sintió una repentina e inexplicable aversión hacia ella. Sospechaba puramente por instinto y no podía

ocultarlo. Y creo que la visita que le hizo la joven a usted fue sólo puro *despecho*. En realidad se sentía bastante segura, pero antes de marcharse quiso que usted fijara definitivamente sus sospechas en el pobre Mr. Templeton. Debe usted reconocer que, hasta después de su visita, no le parecieron completamente justificadas sus propias sospechas.

—Estoy convencido de que no fue nada de lo que ella dijo… —comenzó a decir sir Henry.

—Los caballeros —continuó miss Marple con calma— nunca ven estas cosas.

—Y esa joven… —se detuvo—… ¡comete semejante crimen a sangre fría y queda impune!

—¡Oh, no, sir Henry! —dijo miss Marple—. Impune no. Usted y yo no lo creemos. Recuerde lo que dijo no hace mucho rato. No. Greta Rosen no escapará a su castigo. Para empezar, deberá vivir entre gente extraña, chantajistas y terroristas, que no le harán ningún bien y probablemente la arrastrarán a un final miserable. Como usted dice, no vale la pena preocuparse por el culpable, es el inocente quien importa. Mr. Templeton, me atrevo a aventurar, se casará con su prima alemana ya que el hecho de que rompiera su carta resulta… bueno, un tanto *sospechoso*, empleando la palabra en un sentido distinto al que le hemos dado toda la noche. Parece ser que lo hizo como si temiese que Greta la viera y le pidiera que se la dejase leer. Sí, creo que entre ellos debió de haber algo. Y luego está Dobbs, a quien, como usted dice, las sospechas no le afectarán mucho. Probablemente lo único que le interesa son sus desayunos. Y la pobre Gertrud, que me recuerda a Annie Poultny. Pobrecilla Annie Poultny. Cincuenta años sirviendo fielmente a miss Lamb y luego sospecharon que había hecho desaparecer su testamento, aunque no pudo probarse. Aquello destrozó el corazón de aquella criatura tan fiel. Y después de su muerte, se encontró en un compartimiento secreto en la caja donde guardaban el té y donde la propia miss Lamb lo había guardado para mayor seguridad. Pero era ya demasiado tarde para la pobre Annie.

»Por eso me preocupa esa pobre mujer alemana. Cuando se es viejo, uno se amarga fácilmente. Lo siento mucho más por ella que por Mr. Templeton, que es joven, bien parecido y, según comentaba

usted, goza de bastante popularidad entre las damas. ¿Querrá usted escribirle a ella, sir Henry, para decirle que su inocencia está fuera de toda duda? Con su señor muerto y el peso de las sospechas… ¡Oh! ¡No quiero ni pensarlo!

—Le escribiré, miss Marple —dijo sir Henry mirándola con curiosidad—. ¿Sabe una cosa? Nunca llegaré a comprenderla. Siempre repara usted en algo que no esperaba.

—Me temo que mi experiencia resulta insignificante —replicó miss Marple humildemente—. Apenas si salgo de St. Mary Mead.

—¡Y no obstante ha resuelto usted lo que podríamos llamar un problema internacional! —dijo sir Henry—. Porque lo ha resuelto. De eso estoy completamente convencido.

Miss Marple enrojeció y luego, parpadeando, explicó:

—Creo que fui bien educada para lo que se acostumbraba en mis tiempos. Mi hermana y yo tuvimos una institutriz alemana, una persona muy sentimental. Nos enseñó el lenguaje de las flores, un estudio casi olvidado hoy en día, pero encantador. Un tulipán amarillo, por ejemplo, simboliza el Amor Sin Esperanza, mientras un Áster Chino significa Muero de Celos a Tus pies. Esa carta estaba firmada: Georgine, que me parece recordar significa dalia en alemán y eso lo dejaba todo muy claro. Ojalá pudiera recordar el significado de dalia, pero escapa a mi memoria, que ya no es tan buena como antes.

—De todas formas no significa MUERTE.

—No, desde luego. Horrible, ¿no? En este mundo hay cosas muy tristes.

—Sí —replicó Mrs. Bantry con un suspiro—. Es una suerte tener flores y amigos.

—Observen que nos coloca en último lugar —dijo el doctor Lloyd.

—Un admirador solía enviarme orquídeas rojas cada noche —dijo Jane Helier con aire soñador.

—«Espero sus favores», eso es lo que significa —dijo miss Marple con agudeza.

Sir Henry carraspeó de un modo peculiar y volvió la cabeza.

Miss Marple lanzó una repentina exclamación.

—Acabo de recordarlo. La dalia significa «Traición y Falsedad».

—Maravilloso —replicó sir Henry—. Absolutamente maravilloso.

Y suspiró.

Capítulo X

Tragedia navideña

—Debo presentar una queja —dijo sir Henry Clithering, mientras sus ojos chispeantes contemplaban a los reunidos.

El coronel Bantry, con las piernas estiradas, tenía el entrecejo fruncido y los ojos fijos en la repisa de la chimenea, como si fuera un soldado culpable, mientras su esposa hojeaba recelosa un catálogo de bulbos que acababa de llegarle en el último correo. El doctor Lloyd observaba con franca admiración a Jane Helier, y la joven y hermosa actriz sus uñas rojas. Sólo aquella anciana solterona, miss Marple, estaba sentada muy erguida y sus ojos azules se encontraron con los de sir Henry con un guiño interrogador:

—¿Una queja?

—Una queja muy seria. Nos hallamos reunidos seis personas, tres representantes de cada sexo, y yo protesto en nombre de los caballeros. Esta noche hemos contado tres historias, una cada uno de nosotros. Protesto porque las señoras no cumplen con su parte.

—¡Oh! —exclamó Mrs. Bantry indignada—. Estoy segura de que hemos cumplido. Hemos escuchado con toda atención, adoptando la actitud más femenina, la de no querer exhibirnos ante las candilejas.

—Es una excusa excelente —replicó sir Henry—, pero no sirve. ¡Y eso que tiene un buen precedente en *Las mil y una noches*! De modo que adelante, Scherezade.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Mrs. Bantry—. ¡Pero si yo no

tengo nada que contar! Nunca me he visto rodeada de sangre ni de misterios.

—No ha de tratarse necesariamente de un crimen sangriento —dijo sir Henry—. Pero estoy seguro de que una de nuestras tres damas tiene algún misterio pequeñito. Vamos, miss Marple, cuéntenos «La extraña coincidencia de la asistenta», o «El misterio de la reunión de madres». No me decepcione usted en St. Mary Mead.

Miss Marple meneó la cabeza.

—Nada que pudiera interesarle, sir Henry. Tenemos nuestros pequeños misterios, por supuesto: un kilo de camarones que desapareció de la manera más incomprensible, pero eso no puede interesarle porque resultó ser muy trivial, aunque arrojara mucha luz acerca de la naturaleza humana.

—Usted me ha enseñado a creer en la naturaleza humana —replicó sir Henry en tono solemne.

—¿Y qué nos cuenta usted, miss Helier? —le preguntó el coronel Bantry—. Debe de haber tenido algunas experiencias interesantes.

—Sí, desde luego —intervino el doctor Lloyd.

—¿Yo? —dijo Jane—. ¿Es que… es que quieren que les cuente algo que me haya ocurrido?

—A usted o a alguno de sus amigos —rectificó decididamente sir Henry.

—¡Oh! —dijo Jane con aire ausente—. No creo que nunca me haya ocurrido nada. Me refiero a nada parecido. He recibido muchas flores, por supuesto, y extraños mensajes, pero eso es propio de los hombres, ¿no les parece? No creo… —y haciendo una pausa se quedó absorta en sus recuerdos.

—Veo que tendremos que resignarnos al relato del kilo de camarones —dijo sir Henry—. Vamos, miss Marple.

—Es usted tan aficionado a las bromas, sir Henry. Lo de los camarones es una tontería. Pero ahora que lo pienso, recuerdo un incidente… en realidad, no se trata de un incidente sino de algo mucho más serio, una tragedia. Y yo, en cierto modo, me vi mezclada en ella. Y nunca me he arrepentido de lo que hice. No, en absoluto. Pero no ocurrió en St. Mary Mead.

—Eso me decepciona —dijo sir Henry—, pero procuraré

sobreponerme. Sabía que podíamos confiar en usted.

Y adoptó la posición del oyente, mientras miss Marple enrojecía ligeramente.

—Espero que sabré contarlo como es debido —se disculpó preocupada—. Siempre tengo tendencia a *divagar*. Me voy de una cosa a otra sin darme cuenta de que lo hago. Y es tan difícil recordarlo todo con el debido orden. Tienen que perdonarme si les cuento mal la historia. Ocurrió hace tanto tiempo. Como digo, no tiene relación alguna con St. Mary Mead. A decir verdad, ocurrió en un hidro…

—¿Se refiere a uno de esos aviones que van por el mar? —preguntó Jane con los ojos muy abiertos.

—No, querida —dijo Mrs. Bantry, que le explicó que se trataba de un balneario hidrotermal, y su esposo agregó este comentario:

—¡Unos lugares horribles, horribles! Hay que levantarse temprano para beber un vaso de agua que sabe a demonios. Hay montones de ancianas sentadas por todas partes e intercambiando todo el día malvadas habladurías. Cielos, cuando pienso…

—Vamos, Arthur —dijo su esposa en tono amable—. Sabes que te sentó admirablemente.

—Montones de ancianas comentando escándalos —gruñó el coronel Bantry.

—Me temo que eso es cierto —dijo miss Marple—. Yo misma…

—Mi querida miss Marple —exclamó el coronel horrorizado—. No quise decir ni por un momento…

Con las mejillas sonrosadas y un ademán de la mano, miss Marple le hizo callar.

—Pero sí es cierto, coronel Bantry. Sólo quería decirle esto. Déjeme ordenar mis ideas. Sí, hablan de escándalos, como usted dice, y casi todo el tiempo. La gente es muy aficionada a eso. Especialmente los jóvenes. Mi sobrino, que escribe libros, y muy buenos según creo, ha dicho cosas terribles sobre el hábito de difamar a otras personas sin tener la menor clase de pruebas, de lo malvado que es eso y demás. Pero lo que yo digo es que ninguna persona joven se para a pensar. En realidad, no examinan los hechos. Y sin duda el problema es éste: ¡*Cuántas veces son ciertas las habladurías*, como usted las llama! ¡Y como les digo, yo creo que, si

en realidad examinaran los hechos, descubrirían que son ciertas nueve veces de cada diez! Por eso la gente se molesta tanto por ellas.

—Inspiradas presunciones —dijo sir Henry.

—¡No!, ¡nada de eso! En realidad, se trata de una cuestión de práctica y experiencia. Tengo entendido que, si a un egiptólogo se le enseña uno de esos escarabajos tan curiosos, con sólo mirarlo puede decir si data de antes de Jesucristo o se trata de una vulgar imitación. Y no puede dar una regla definitiva de cómo lo consigue. *Lo sabe*. Se ha pasado toda su vida manejando esas piezas.

»Y eso es lo que estoy tratando de decir (muy mal, ya lo sé). Esas mujeres a quienes mi sobrino califica de "ociosas" disponen de mucho tiempo y su principal interés por lo general es ocuparse de la gente. Y por eso llegan a convertirse en *expertas*. Ahora los jóvenes hablan con toda libertad de cosas que ni siquiera se mencionaban en mis días, pero, en cambio, tienen una mentalidad absolutamente inocente. Creen en todo y en cualquiera. Y si alguien intenta prevenirlos, aunque sea con prudencia, le dicen que tiene una mentalidad victoriana, y eso, según ellos, es como estar en un pozo.

—¿Y qué tienen de malo los pozos? —dijo sir Henry.

—Exacto —respondió miss Marple—, es lo más necesario en una casa. Pero desde luego, no es nada romántico. Ahora debo confesarles que yo también tengo mis sentimientos como cualquiera, y en determinadas ocasiones me han herido profundamente con comentarios hechos sin pensar. Sé que a los caballeros no les interesan las cuestiones domésticas, pero debo mencionar a una doncella que tuve, Ethel, una muchacha muy atractiva y cumplidora. Ahora bien, en cuanto la vi, me di cuenta de que era como Annie Webb y la hija de la pobre Mrs. Bruitt. Si se le presentara ocasión, eso de *lo mío* y de *lo tuyo* no significaría nada para ella. De modo que la despedí a final de mes, dándole una carta de recomendación en la que decía que era honrada y sensata, pero por mi cuenta advertí a Mrs. Edwards para que no la contratara, y mi sobrino Raymond se puso furioso y dijo que nunca había visto una *maldad* semejante, sí, maldad. Pues bien, entró en casa de lady Ashton, a quien yo no tenía obligación de advertirla, ¿y qué ocurrió? Desaparecieron todos los encajes de su ropa interior y dos

broches de brillantes. La muchacha se marchó en medio de la noche y nadie ha vuelto a tener noticias de ella.

Miss Marple hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

—Ustedes dirán que esto no tiene nada que ver con lo que ocurrió en el balneario de Keston Spa, pero lo tiene en cierto modo. Explica que yo no tuviera la menor duda, desde el momento en que vi juntos a los Sanders, de que él pretendía deshacerse de ella.

—¿Eh? —exclamó sir Henry, inclinándose hacia delante.

Miss Marple volvió su apacible rostro hacia él.

—Como le decía, sir Henry, no me cupo la menor duda. Mr. Sanders era un hombre corpulento, bien parecido, de rostro coloradote, muy franco en su trato y popular entre todos. Y nadie podía ser más amable con su esposa. ¡Pero yo sabía que trataba de deshacerse de ella!

—Mi querida miss Marple…

—Sí, lo sé. Eso es lo que diría mi sobrino, Raymond West, que no tenía la menor prueba, pero yo recuerdo a Walter Hones. Una noche que volvía paseando con su esposa, ella se cayó al río y *él* cobró el dinero del seguro. Y también recuerdo a un par de personas que andan sueltas por ahí hasta la fecha. Por cierto que una de ellas pertenece a nuestra misma esfera social. Se marchó a Suiza para hacer excursiones durante el verano con su esposa. Yo le aconsejé que no fuera. La pobre ni siquiera se enfadó conmigo, se limitó a reírse. Le parecía tan gracioso que una viejecita como yo le dijera semejantes cosas de su Harry. Bien, bien, sufrió un accidente y ahora Harry está casado con otra, pero ¿qué podía hacer yo? Lo *sabía*, pero no tenía la menor prueba.

—¡Oh, miss Marple! —exclamó Mrs. Bantry—. No querrá decir que…

—Querida, estas cosas son muy corrientes, ya lo creo que lo son. Y los caballeros se sienten especialmente tentados por ser mucho más fuertes. Es tan fácil que parezca un accidente. Como les digo, en cuanto vi a los Sanders, lo supe. Fue en un tranvía. Estaba lleno y tuve que subir al piso superior. Nos levantamos los tres para apearnos y Mr. Sanders perdió el equilibrio, se cayó hacia su esposa y la hizo caer escaleras abajo. Por fortuna, el cobrador era un

hombre muy fuerte y logró sujetarla.

—Pero pudo tratarse muy bien de un accidente.

—Desde luego que lo fue, nada pudo ser más accidental. Pero Mr. Sanders había pertenecido a la marina mercante, según me dijo, y un hombre que es capaz de conservar el equilibrio en uno de esos barcos que se inclinan tanto, no lo pierde en la imperial de un tranvía, cuando no lo perdió una vieja como yo. ¡No me diga eso!

—Y fue entonces cuando se convenció, ¿no es cierto, miss Marple? —manifestó sir Henry.

La anciana asintió.

—Estaba bastante segura, pero otro incidente ocurrido al cruzar la calle no mucho después me convenció todavía más. Ahora le pregunto a usted, sir Henry, ¿qué podía hacer yo? Allí estaba una mujercita casada y feliz que no tardaría en ser asesinada.

—Mi querida amiga, me deja usted sin respiración.

—Eso le pasa porque, como la mayoría de la gente de hoy en día, no se enfrenta usted a los hechos. Prefiere pensar que ciertas cosas son imposibles. Pero son así y yo lo sabía. ¡Pero una se ve atada de pies y manos! Por ejemplo, no podía acudir a la policía y advertir a la joven hubiera sido inútil. Estaba enamorada de aquel hombre. De modo que me dispuse a averiguar todo lo que pudiera acerca de ellos. Hay un sinfín de oportunidades mientras se hace labor alrededor del fuego. Mrs. Sanders, Gladys era su nombre de pila, estaba deseosa de hablar. Al parecer no llevaban mucho tiempo casados. Su esposo debía heredar algunas propiedades, pero por el momento estaban bastante mal de dinero. En resumen, vivían de la pequeña renta de ella. Ya había oído la misma historia otras veces. Se lamentaba de no poder tocar el capital. ¡Al parecer, alguien había tenido un poco de sentido común! Pero el dinero era suyo y podía dejárselo a quien quisiera, según averigüé. Ella y su esposo habían hecho testamento, poco después de su matrimonio, uno a favor del otro. Muy conmovedor. Claro que cuando a Jack le fueran bien las cosas… Ésa era la carga que debían soportar y entretanto andaban bastante apurados. Por aquel entonces tenían una habitación en el piso más alto, entre las del servicio, y muy peligrosa en caso de incendio, aunque tenían una escalera de incendios precisamente delante de la ventana. Me informé

prudentemente de si tenían balcón. Son tan peligrosos los balcones… un empujoncito y…

»Le hice prometer a ella que no se asomaría al balcón, que había tenido un sueño. Esto la impresionó. A veces se puede hacer algún favor aprovechándose de la superstición. Era una joven rubia, de facciones un tanto desdibujadas, que llevaba los cabellos recogidos en un moño sobre la nuca. Y muy crédula. Le contó a su marido lo que yo le había dicho y observé que él me miraba con curiosidad un par de veces. Él no era crédulo y sabía que yo iba en aquel tranvía.

»Pero yo estaba preocupada, muy preocupada, porque no veía cómo podría engañarle. Podía impedir que ocurriese algo en el balneario con sólo decir unas palabras que le demostraran mis sospechas, pero eso únicamente significaría aplazar su plan hasta más tarde. No, empecé a creer que la única política aconsejable era una más osada y, de un modo u otro, tenderle una trampa. Si consiguiera inducirle a atentar contra la vida de su esposa por algún medio escogido por mí, entonces quedaría desenmascarado y ella se vería obligada a enfrentarse con la verdad por mucho que le sorprendiera.

—Me deja usted sin habla —dijo el doctor Lloyd—. ¿Qué plan podía usted seguir?

—Hubiera encontrado alguno, no tema —replicó miss Marple—. Pero aquel hombre era demasiado listo para mí y no esperó. Pensó que yo podía sospechar y, por ello, actuó antes de que pudiera asegurarme. Sabía que yo recelaría de un accidente, así que cometió el crimen.

Un murmullo recorrió la habitación, y miss Marple asintió con los labios apretados.

—Temo haberlo expuesto con bastante brusquedad. Debo tratar de explicarles exactamente lo ocurrido. Siempre he experimentado un sentimiento de amargura al recordarlo. Siempre me he sentido como si hubiera debido evitarlo a toda costa, pero quién conoce los designios del señor. De todas formas hice lo que pude.

»Se respiraba una atmósfera extraña, como si flotara una amenaza en el aire oprimiéndonos a todos: el presentimiento de una desgracia. Para empezar, primero murió George, el jefe de porteros, que llevaba años en el balneario y conocía a todo el mundo. Cogió

una neumonía complicada con bronquitis y falleció en cuatro días. Fue muy triste para todos. Y, además, cuatro días antes de Navidad. Y luego una de las doncellas, una chica muy simpática; se le infectó un dedo y murió a las veinticuatro horas.

»Yo me encontraba en el salón con miss Trollope y la anciana Mrs. Carpenter, y ésta se mostraba terriblemente pesimista.

»—Fíjense bien en lo que les digo —anunció—. Seguro que la cosa no acaba aquí. ¿Conocen el refrán? *No hay dos sin tres*. Siempre resulta cierto. Tendremos otra muerte, no me cabe la menor duda. Y no habrá que esperar mucho. *No hay dos sin tres*.

»Cuando dijo estas últimas palabras, moviendo afirmativamente la cabeza y haciendo tintinear sus agujas de punto, yo alcé la vista un momento y mis ojos se encontraron con Mr. Sanders, que permanecía de pie junto a la puerta. Por un momento le pillé desprevenido y pude leer en su rostro con la misma facilidad que en un libro abierto. Creeré hasta el fin de mis días que las palabras de Mrs. Carpenter le dieron la idea. Vi que trabajaba su cerebro. Y penetró en la estancia con su habitual sonrisa.

»—¿Puedo hacer alguna compra de Navidad por ustedes, señoras? —preguntó—. Voy a ir ahora a Keston.

»Permaneció en nuestra compañía durante un par de minutos, riéndose y charlando, y luego se marchó. Como les digo, yo estaba preocupada y dije inmediatamente:

»—¿Dónde está Mrs. Sanders? ¿Alguien lo sabe?

»Miss Trollope dijo que había ido a jugar al *bridge* con unos amigos suyos, los Mortimer, y me tranquilicé momentáneamente, pero seguía preocupada, pues no sabía qué hacer. Media hora más tarde, subí a mi habitación y por el camino me encontré al doctor Coler, mi médico, y como quería consultarle acerca de mi reuma, lo llevé a mi habitación. Fue entonces cuando me habló (confidencialmente, según dijo) de la muerte de la pobre Mary, la doncella. El gerente no quería que se supiera y por ello me aconsejó que no se lo dijera a nadie. Desde luego yo no le dije que no hablábamos de otra cosa desde hacía una hora, cuando la pobre joven exhaló su último suspiro. Esas noticias corren en seguida y un hombre de su experiencia debía saberlo bastante bien. Pero el doctor Coler fue siempre un individuo confiado que creía lo que

quería creer, y eso fue lo que me alarmó un minuto más tarde, al decirme que Sanders le había pedido que echara un vistazo a su esposa, pues últimamente no hacía bien las digestiones, etc.

»Y aquel mismo día Gladys Sanders me había dicho que había hecho maravillosamente la digestión y que estaba muy contenta.

»¿Comprenden? Todas mis sospechas volvieron a mí centuplicadas. Estaba preparando el camino… ¿para qué? El doctor Coler se marchó antes de que yo me hubiera decidido a hablarle, aunque, de haberlo hecho, no hubiera sabido qué decir. Cuando salí de la habitación, Sanders en persona bajaba del piso de arriba. Iba vestido para salir y me preguntó si quería algo de la ciudad. ¡Hice un esfuerzo terrible para contestarle amablemente! Y luego fui al vestíbulo para pedir un té. Recuerdo que eran más de las cinco y media.

»Ahora quisiera explicarles claramente lo que ocurrió a continuación. A las siete menos cuarto seguía aún en el vestíbulo cuando vi entrar a Mr. Sanders acompañado de dos caballeros. Los tres venían muy "alegres". Mr. Sanders, dejando a sus amigos, vino hacia donde yo me encontraba sentada con miss Trollope para pedirnos consejo acerca del regalo de Navidad que pensaba hacerle a su esposa. Se trataba de un bolso de noche muy elegante.

»—Comprenderán, señoras —nos dijo—, que yo soy simplemente un rudo lobo de mar. ¿Qué entiendo yo de estas cosas? Me han dejado tres para que escoja y deseo contar con una opinión experta.

»Por supuesto, nosotras le dijimos que le ayudaríamos encantadas, y nos pidió que le acompañáramos a su habitación, ya que si los bajaba temía que su esposa pudiera llegar en cualquier momento. De modo que subimos con él. Nunca olvidaré lo que ocurrió luego, aún tiemblo al pensarlo.

»Mr. Sanders abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz. No sé cuál de nosotras la vio primero.

»Mrs. Sanders estaba tendida en el suelo, boca abajo, muerta.

»Yo fui la primera en llegar junto a ella. Me arrodillé y le cogí la mano para tomarle el pulso, pero era inútil, su brazo estaba frío y rígido. Junto a su cabeza había un calcetín lleno de arena, el arma con la que la habían golpeado. Miss Trollope, una criatura estúpida,

gemía en la puerta con las manos en la cabeza. Sanders gritó: "Mi esposa, mi esposa", y corrió hacia ella. Yo le impedí tocarla. Comprendan, en aquel momento estaba segura de que había sido él, y tal vez quisiera quitar u ocultar alguna cosa.

»—No hay que tocar nada —le dije—. Domínese, Mr. Sanders. Miss Trollope, haga el favor de ir a buscar al gerente.

»Yo permanecí arrodillada junto al cadáver. No quería que Sanders se quedara a solas con él. Y no obstante tuve que admitir que, si el hombre estaba fingiendo, lo hacía maravillosamente. Daba la impresión de estar completamente fuera de sí.

»El gerente no tardó en reunirse con nosotros y, tras inspeccionar rápidamente la habitación, nos hizo salir a todos y cerró la puerta con una llave que se guardó. Luego fue a telefonear a la policía. Tardaron un siglo en aparecer. Luego supimos que la línea estaba estropeada y que había tenido que enviar a un mozo al puesto de policía, y el balneario está fuera de la ciudad, junto a los páramos. Mrs. Carpenter estaba muy satisfecha de que su profecía "No hay dos sin tres" se hubiera cumplido tan rápidamente. Oí decir que Sanders paseaba por los alrededores con las manos en la cabeza, gimiendo y demostrando un gran pesar.

»Finalmente llegó la policía y subieron a la habitación con el gerente y Mr. Sanders. Más tarde enviaron a buscarme. El inspector escribía sentado ante una mesa. Era un hombre inteligente y me gustó.

»—¿Miss Marple? —preguntó.

»—Sí.

»—Tengo entendido que estaba usted presente cuando fue encontrado el cadáver de la difunta.

»Respondí que sí y pasé a contarle lo ocurrido. Creo que para el buen hombre fue un alivio encontrar a alguien que respondiera a sus preguntas con coherencia, después de haber tenido que tratar con Sanders y Emily Trollope, que estaba completamente desmoronada, es natural, la pobrecilla. Recuerdo que mi querida madre me enseñó que una señora ha de saberse dominar siempre en público, por mucho que se descomponga en privado.

—Un principio admirable —dijo sir Henry con admiración.

—Cuando hube terminado, el inspector me dijo:

»—Gracias, señora. Ahora lamento tener que pedirle que vuelva a mirar el cadáver. ¿Era ésa exactamente su posición cuando usted entró en la habitación? ¿No ha sido movido?

»Le expliqué que había impedido que lo hiciera Mr. Sanders y el inspector asintió con aire de aprobación.

»—El caballero parece muy afectado —observó.

»—Sí, lo parece —repliqué.

»No pensaba haber puesto ningún énfasis especial en el "lo parece", pero el inspector me miró con interés.

»—¿De modo que el cadáver se encuentra exactamente igual a como estaba cuando lo encontraron? —me dijo.

»—Sí, con la excepción del sombrero —repliqué.

»El inspector me miró sorprendido.

»—¿Qué quiere usted decir? ¿El sombrero?

»Le expliqué que la pobre Gladys lo llevaba puesto, mientras que ahora estaba junto a ella. Yo supuse que había sido cosa de la policía, pero, sin embargo, el inspector lo negó rotundamente. Hasta el momento nada había sido movido o tocado, y permaneció unos instantes contemplando la figura de la difunta con expresión preocupada. Gladys iba vestida como si se dispusiera a salir: llevaba un abrigo de *tweed* rojo oscuro con cuello de piel, y el sombrero, un modelo barato de fieltro rojo, estaba caído junto a su cabeza.

»El inspector se quedó nuevamente en silencio con el entrecejo fruncido. Luego se le ocurrió una idea.

»—¿Recuerda usted por casualidad si la difunta llevaba pendientes o si solía llevarlos?

»Por suerte tengo la costumbre de ser muy observadora. Recordaba haber visto brillar una perla bajo el ala del sombrero, aunque entonces no le presté una atención especial, pero pude contestar afirmativamente a la primera pregunta.

»—Entonces concuerda. El contenido del joyero de esta señora ha sido robado, aunque no había en él gran cosa de valor según tengo entendido, y le quitaron los anillos de los dedos. El asesino debió olvidar los pendientes y regresó por ellos después de descubierto el crimen. ¡Qué sangre fría! O tal vez… —miró a su alrededor y continuó despacio—… es posible que haya estado escondido en esta habitación todo el tiempo.

»Pero yo me negué a aceptar la idea. Le expliqué que yo misma había mirado debajo de la cama y que el gerente abrió las puertas del armario, y no existía ningún otro lugar donde pudiera esconderse un hombre. Es cierto que la parte central del armario estaba cerrada con llave, pero era sólo un espacio lleno de estantes y nadie pudo haberse escondido allí.

»El inspector asintió mientras yo le iba explicando todo aquello.

»—Tiene usted razón, señora —me dijo—. En ese caso, como ya le he dicho antes, debió regresar. ¡Un asesino de tremenda sangre fría!

»—¡Pero el gerente cerró la puerta y se guardó la llave!

»—Eso no significa nada. Queda el balcón y la escalera de incendios, por ahí entró el asesino. Es bastante probable que ustedes le sorprendieran, se deslizara por la ventana y luego, al marcharse ustedes, regresara para continuar su trabajo.

»—¿Está usted seguro —le pregunté— de que era un ladrón?

»Me contestó secamente:

»—Bueno, eso parece, ¿no?

»Pero algo en su tono me tranquilizó. Comprendí que no le convencía el papel de viudo inconsolable que intentaba representar Mr. Sanders.

»Admito con toda franqueza que me encontraba bajo lo que nuestros vecinos los franceses llaman *idée fixe*. Sabía que aquel hombre, Sanders, intentaba matar a su esposa. Y no cabía desde mi punto de vista la extraña y fantástica posibilidad de una coincidencia. Estaba segura de que mi presentimiento acerca de Mr. Sanders era absolutamente justificado. Aquel hombre era un malvado. Y a pesar de que todos sus fingimientos hipócritas no habían conseguido engañarme, recuerdo haber pensado que fingía su sorpresa y aflicción maravillosamente bien. Parecían tan espontáneas, ya saben lo que quiero decir. Debo admitir que, después de mi conversación con el inspector, empecé a sentirme invadida por la duda. Porque si Sanders había sido el autor de aquel horrible crimen, yo no podía imaginar razón alguna por la que debiera haber vuelto por la escalera de incendios a llevarse los pendientes de su esposa. No hubiera sido *lógico*, y Sanders era un hombre muy sensato, por eso le consideré siempre tan peligroso.

Miss Marple contempló unos instantes a su audiencia.

—¿Ven tal vez adónde quiero ir a parar? En este caso creo que estaba tan segura que eso me cegó y el resultado me causó profunda sorpresa *ya que se probó, sin la menor duda posible, que Mr. Sanders no pudo cometer el crimen*.

Mrs. Bantry exclamó un «oh» de sorpresa y miss Marple se volvió hacia ella.

—Ya sé, querida, que no era eso lo que usted esperaba cuando empecé mi historia. Yo tampoco lo esperaba. Pero los hechos son los hechos y, si se demuestra que uno se ha equivocado, hay que ser humilde y volver a empezar de nuevo. Yo sabía que Mr. Sanders era un asesino en potencia y nunca ocurrió nada que destruyera esta opinión.

»Y ahora supongo que le gustará saber lo que ocurrió en realidad. Mrs. Sanders, como ya saben, pasó la tarde jugando al *bridge* con unos amigos, los Mortimer, a los que dejó a eso de las seis y cuarto. De la casa de sus amigos al balneario había un cuarto de hora paseando y algo menos a buen paso. Debió regresar a las seis y media. Nadie la vio entrar, de modo que debió hacerlo por la puerta lateral y subir directamente a su habitación. Allí se cambió (el traje chaqueta que llevaba para jugar al *bridge* estaba colgado en el armario) y se disponía a salir otra vez cuando la golpearon. Es muy posible que no llegara a enterarse de quién la golpeó. Tengo entendido que un calcetín relleno de arena es un arma eficiente. Eso hace pensar que su agresor debía estar escondido en la habitación, posiblemente en uno de los armarios, el que no abrió.

»Ahora pasemos a relatar los movimientos de Mr. Sanders. Salió, como ya he dicho, a eso de las cinco y media o un poco después. Realizó algunas compras en un par de tiendas y, cerca de las seis, entró en el Gran Hotel Spa, donde se reunió con dos amigos, los mismos que más tarde le acompañaron al balneario. Estuvieron jugando al billar y deduzco que también bebieron bastante whisky. Esos dos hombres (se llamaban Hitchcock y Spender) estuvieron con él desde las seis en adelante. Vinieron caminando con él hasta el balneario y sólo se separó de ellos para venir a hablar conmigo y miss Trollope, y eso, como les dije, fue cerca de las siete menos cuarto, hora en que su esposa ya debía de estar muerta.

»Debo decirles que yo misma hablé con esos dos amigos y no me gustaron. No eran ni simpáticos ni caballeros, pero tuve la certeza de que decían absolutamente la verdad al declarar que Sanders había pasado todo el tiempo en su compañía.

»Luego se averiguó otra cosa. Al parecer, durante la partida de *bridge*, llamaron por teléfono a Mrs. Sanders. Un tal Mr. Littleworth deseaba hablar con ella. Pareció excitada y satisfecha por algo. Casualmente, cometió un par de errores importantes y se marchó antes de lo que esperaban.

»Le preguntaron a Mr. Sanders si sabía si aquel Mr. Littleworth era una de las amistades de su esposa, mas declaró que nunca había oído aquel nombre. Y a mí me pareció, por la actitud de su esposa, que ella tampoco debía saber gran cosa de aquel Littleworth. Sin embargo, volvió del teléfono sonriente y ruborizada, lo cual hace suponer que quienquiera que fuese no dio su verdadero nombre, y eso en sí parece sospechoso, ¿no creen?

»De todas formas, el problema quedaba planteado así: O bien era cierta la historia del ladrón, cosa improbable, o bien la teoría de que Mrs. Sanders se estaba preparando para ir a reunirse con alguien. ¿Ese alguien entró en su habitación por la escalera de incendios? ¿Hubo una pelea? ¿O la atacó a traición?

Miss Marple se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó sir Henry—. ¿Cuál es la solución?

—Me estaba preguntando si la habría adivinado alguno de ustedes.

—Nunca he sido buena adivina —contestó Mrs. Bantry—. Me parece una lástima que Sanders tuviera una coartada tan maravillosa. Pero si a usted le satisfizo, tenía que ser cierta.

Jane Helier hizo una pregunta moviendo su hermosa cabecita.

—¿Por qué estaba cerrada una puerta del armario?

—Qué inteligente es usted, querida —dijo miss Marple con el rostro resplandeciente—. Eso es lo que yo me pregunté, aunque la explicación era bien sencilla. En su interior había un par de zapatillas bordadas y unos pañuelos de bolsillo que la pobrecilla bordaba para su esposo como regalo de Navidad. Por eso estaba cerrado y la llave fue encontrada en su bolso.

—¡Oh! —dijo Jane Helier—. Entonces, al fin y al cabo, no tiene

interés.

—¡Oh, claro que sí! —replicó miss Marple—. Es precisamente la única cosa interesante, lo que hizo fracasar los planes del asesino.

Todos miraron a la anciana.

—Yo no lo comprendí hasta al cabo de dos días —dijo miss Marple—. Le estuve dando vueltas y más vueltas, y de pronto lo vi todo claro. Fui a ver al inspector para pedirle que probara una cosa y lo hizo.

»Le pedí que le pusiera el sombrero a la pobre difunta, y no pudo, por supuesto. No le cabía. ¿Comprenden?, *no era suyo*.

Mrs. Bantry se sobresaltó.

—Pero ¿no lo tenía puesto al principio?

—En su cabeza no.

Miss Marple se detuvo un momento para dejar que sus palabras hicieran efecto, y luego continuó:

—Dimos por hecho que aquel cadáver era el de la pobre Gladys, pero no le miramos la cara. Recuerden que estaba boca abajo y el sombrero le tapaba completamente la cabeza.

—Pero ¿fue asesinada?

—Sí, más tarde. En el momento en que nosotros avisábamos a la policía, Gladys Sanders estaba viva.

—¿Quiere decir que otra persona fingió ser la muerta? Pero sin duda cuando usted la tocó…

—Era un cadáver lo que yo toqué, desde luego —replicó miss Marple en tono grave.

—Pero válgame el cielo —dijo el coronel Bantry—, no es posible deshacerse de un cadáver con tanta facilidad. ¿Qué hicieron después con el primero?

—Lo devolvió —dijo miss Marple—. Fue una idea malvada, pero muy inteligente, y se la dieron las palabras que nos oyó decir en el salón. ¿Por qué no utilizar el cadáver de la pobre Mary, la doncella? Recuerden que la habitación de los Sanders estaba entre las de los criados. Y la de Mary estaba dos puertas más allá, y los de la funeraria no irían a recoger el cadáver hasta después de que anocheciera. Él contaba con ello. Se llevó el cadáver por el balcón (a las cinco era ya de noche) y lo vistió con un traje de su esposa y su abrigo encarnado. ¡Y entonces encontró cerrada con llave la

puerta del armario donde su esposa guardaba los sombreros! Sólo podía hacer una cosa: coger uno de los sombreros de la doncella. Nadie habría de notarlo. Dejó el calcetín relleno de arena junto a ella y fue en busca de sus amigos para establecer su coartada.

»Telefoneó a su esposa dando el nombre de Mr. Littleworth. Ignoro lo que le diría, ella era tan crédula, pero consiguió que abandonara su partida de *bridge* y regresara antes para encontrarse con él a las siete, junto a la escalera de incendios del balneario. Probablemente diciéndole que le reservaba una sorpresa.

»Regresó al balneario con sus amigos y se las arregló de modo que miss Trollope y yo descubriéramos el crimen con él. Incluso hizo ademán de querer dar la vuelta al cadáver ¡y yo le detuve! Luego se avisó a la policía y él salió a lamentarse por los alrededores.

»Nadie le pidió que presentara una coartada después del crimen. Se reúne con su esposa, la hace subir por la escalera de incendios y entrar en su dormitorio. Tal vez le ha contado ya alguna historia para explicar la presencia del cadáver. Ella se inclina junto a él y Sanders la golpea con el calcetín relleno de arena. ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía me estremezco! Y la chaqueta la cuelga en el armario y la viste con las ropas del otro cadáver.

»*Pero el sombrero no le entra*. La cabeza de Mary es pequeña y, en cambio, Gladys Sanders, como ya he dicho, llevaba un gran moño en la nuca. Por ello se ve obligado a dejarlo junto a ella con la esperanza de que nadie lo note. Luego vuelve a llevar el cuerpo de la pobre Mary a su habitación, donde la coloca de nuevo decorosamente.

—Parece increíble —dijo el doctor Lloyd—. Los riesgos que llegó a correr. La policía podía haber llegado demasiado pronto.

—Recuerde que la línea telefónica estaba averiada —replicó miss Marple—. Eso fue parte de *su* obra. No podía arriesgarse a que la policía se presentara demasiado pronto y, cuando llegaron, estuvieron un buen rato en el despacho del gerente antes de subir al dormitorio. Ésa era la parte más peligrosa de su plan: que alguien notara la diferencia entre un cuerpo que llevaba dos horas muerto y otro que sólo llevaba media hora. Pero confiaba en que las personas que habían descubierto el crimen no fueran expertas en la materia.

El doctor Lloyd asintió.

—Se supuso que el crimen había sido cometido a las siete menos cuarto poco más o menos. Y en realidad lo fue a las siete o pocos minutos después. Cuando el forense examinó el cadáver, debían ser cuanto menos las siete y media, y no podía precisarlo.

—Yo era la única que podía haberse dado cuenta —dijo miss Marple—. Cogí la mano de la muchacha y estaba fría como el hielo. ¡Poco después el inspector dijo que el crimen debía haberse cometido poco antes de nuestra llegada y yo no me di cuenta!

—Creo que se dio usted cuenta de muchas cosas, miss Marple —replicó sir Henry—. Ese caso ocurrió antes de que yo ocupara mi cargo. Ni siquiera recuerdo haberlo oído. ¿Qué ocurrió?

—Sanders fue ahorcado —explicó miss Marple—. Nunca me arrepentiré de haber ayudado a hacer justicia. No tengo esos escrúpulos humanitarios que rechazan la pena capital.

Su rostro se dulcificó.

—Pero me he reprochado a menudo amargamente no haber sabido salvar la vida de aquella pobre joven. ¿Pero quién hubiera escuchado a una pobre vieja? Vaya, vaya, ¿quién sabe? Tal vez fuera mejor para ella morir cuando era feliz que vivir luego desgraciada y desilusionada en un mundo que de pronto le hubiera parecido horrible. Ella amaba a aquel canalla y confiaba en él. Nunca llegó a descubrirlo.

—Bueno, entonces —dijo Jane Helier— todo terminó bien. Muy bien, quiero decir… —Se detuvo.

Miss Marple miró a la hermosa y célebre Jane Helier y dijo asintiendo hacia ella amablemente:

—Comprendo, querida, comprendo.

Capítulo XI

La hierba mortal

—Ahora usted, Mrs. B —dijo sir Henry Clithering. Mrs. Bantry, su anfitriona, lo miró con aire de reproche.

—Le he dicho muchas veces que no me gusta que me llame Mrs. B. Es una falta de respeto.

—Scherezade, entonces…

—¡Y menos aún Sch… como se llame! Nunca fui capaz de contar una historia con propiedad. Pregúntele a Arthur si no me cree.

—Eres bastante buena relatando los hechos, Dolly —exclamó el coronel Bantry—, pero no sabes adornarlos.

—Eso es —respondió Mrs. Bantry, hojeando el catálogo de bulbos que tenía ante ella—. Les he estado escuchando a todos y no sé cómo lo hacen. «Él dijo, ella dijo, yo me pregunté, ellos pensaron, todos supieron…». Bueno, pues ¡yo no sé! Y además no tengo ninguna historia interesante que contar.

—No podemos creerlo, Mrs. Bantry —dijo el doctor Lloyd meneando su cabeza de grises cabellos con incredulidad.

La anciana miss Marple dijo con su dulce voz:

—Seguramente, querida…

Mrs. Bantry continuó insistiendo obstinadamente.

—Ustedes no saben lo monótona que es mi vida. Entre las dificultades del servicio, ir a la ciudad de compras, al dentista y a Ascot (lo que por cierto odia Arthur), y luego el jardín…

—¡Ah! —dijo el doctor Lloyd—. El jardín. Ya sabemos todos dónde tiene usted puesto su corazón, Mrs. Bantry.

—Debe de ser muy bonito tener un jardín —dijo Jane Helier, la hermosa y joven actriz—. Es decir, cuando no hay que cavar y ensuciarse las manos. ¡Me gustan tanto las flores!

—El jardín —exclamó sir Henry—. ¿No podríamos tomarlo como punto de partida? Vamos, señora. ¡El bulbo envenenado, los narcisos de la muerte, la hierba mortal!

—Es curioso que haya dicho eso —observó Mrs. Bantry—. Acabo de recordar una cosa. Arthur, ¿te acuerdas de aquel caso que se presentó ante el juzgado de Clodderham? Ya sabes. El del viejo sir Ambrose Bercy. ¿Recuerdas que lo considerábamos un anciano cortés y encantador?

—Vaya, pues es verdad. Sí, fue un caso extraño. Adelante, Dolly.

—Sería mejor que lo contaras tú, querido.

—Tonterías, adelante. Eres muy capaz de dirigir tu propio barco. Yo ya he cumplido con mi parte.

Mrs. Bantry inspiró profundamente y, entrelazando las manos y con rostro angustiado, empezó a hablar muy deprisa.

—Bueno, en realidad no hay mucho que contar. La hierba mortal es lo que me lo ha hecho recordar, aunque yo lo llamo *salvia y dedalera*.

—¿Salvia y dedalera? —preguntó el doctor Lloyd.

Mrs. Bantry asintió.

—Así es como sucedió. Arthur y yo estábamos en casa de sir Ambrose Bercy, en Clodderham Court, y un día, por error (un error que siempre consideré muy estúpido), cogieron un montón de hojas de dedalera entre la salvia. Aquella noche cenamos pato relleno con salvia y todos se sintieron mal, y una pobre muchacha, la pupila de sir Ambrose, murió.

Se detuvo.

—Vaya, vaya —dijo miss Marple—, qué tragedia.

—¿Verdad?

—Bien —replicó sir Henry—, ¿y qué pasó luego?

—Pues nada más —contestó Mrs. Bantry—, eso es todo.

Todos se quedaron sorprendidos. Aunque ya habían sido advertidos, no esperaban una brevedad semejante.

—Pero, mi querida señora —insistió sir Henry—, tiene que haber algo más. Lo que usted acaba de contarnos es un caso trágico,

pero no tiene nada de problema.

—Bueno, claro que hay algo más —dijo Mrs. Bantry—. Pero si se lo dijera, ya sabrían de qué se trata.

Y mirando desafiadoramente a los reunidos les dijo con sencillez:

—Ya les dije que yo no sabía adornar las cosas y convertirlas en una verdadera historia.

—¡Ajá! —exclamó sir Henry ajustándose las gafas—. ¿Sabe, Scherezade, que es muy ingenioso su modo de desafiar nuestro ingenio? No estoy seguro de que no lo haya hecho a propósito para estimular nuestra curiosidad. Propongo una ronda de preguntas. Miss Marple, ¿quiere usted empezar?

—Me gustaría saber algo de la cocinera —dijo miss Marple—. Debía de ser una mujer muy tonta o muy inexperta.

—Era muy tonta —replicó Mrs. Bantry—. Después se lamentaba un montón y decía que le habían llevado las hojas como si fueran de salvia, ¿y cómo iba ella a saber que no lo eran?

—Cualquiera lo hubiera visto —dijo miss Marple.

—¿Probablemente era una mujer mayor y buena cocinera?

—Excelente —contestó Mrs. Bantry.

—Ahora le toca a usted, miss Helier —dijo sir Henry.

—¡Oh! ¿Se refiere a que me toca preguntar? —hubo una pausa mientras Jane reflexionaba y al fin dijo—: La verdad es que no sé qué preguntar.

Sus hermosos ojos miraron suplicantes a sir Henry.

—¿Por qué no pregunta por los personajes del drama? —le sugirió con una sonrisa.

Jane seguía mirándole desorientada.

—Que haga la presentación de los personajes por orden de aparición —continuó sir Henry en tono amable.

—¡Ah, sí! —exclamó Jane—. Es una buena idea.

Mrs. Bantry empezó a contarlos con los dedos.

—Sir Ambrose, Sylvia Keene (la joven que murió), una amiga suya que pasaba unos días allí llamada Maud Wye, una de esas muchachas morenas y feas que no sé cómo se las arreglan para resultar atractivas, nunca he sabido cómo lo consiguen. Luego un tal Mr. Curie, que había ido a discutir acerca de algunos libros con

sir Ambrose, libros raros con títulos en latín, todos ellos mohosos pergaminos. Jerry Lorimer, una especie de vecino. Su finca, Firlies, lindaba con la de sir Ambrose. Y una tal Mrs. Carpenter, una de esas gatas de mediana edad que siempre se las arreglan para instalarse cómodamente en cualquier parte. Supongo que en cierto modo hacía de *dame de compagnie* de Sylvia.

—Ahora me toca a mí —dijo sir Henry—, puesto que estoy sentado junto a miss Helier. Y quiero saber muchas cosas. Quiero que nos haga una breve descripción, Mrs. Bantry, de todos los personajes.

—¡Oh! —Mrs. Bantry vacilaba.

—Empiece por sir Ambrose —continuó sir Henry—. ¿Qué tal era?

—¡Oh! Era un anciano de aspecto distinguido y en realidad no muy viejo, supongo que no tendría más de sesenta años. Pero estaba muy delicado, tenía el corazón muy débil y no podía subir la escalera. Tuvieron que ponerle ascensor y por eso parecía mayor de lo que era en realidad. De modales refinados… cortés, sí, creo que ésa es la palabra que mejor lo definiría. Nunca se enfadaba o se mostraba molesto. Tenía unos hermosos cabellos blancos y una voz particularmente agradable.

—Bien —dijo sir Henry—. Ya conozco a sir Ambrose. Ahora pasemos a Sylvia. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Sylvia Keene. Era muy bonita, mucho. Rubia y con un cutis precioso. Tal vez no muy inteligente, mejor dicho, bastante estúpida.

—¡Oh, vamos, Dolly! —protestó su esposo.

—Es natural que Arthur no piense así —dijo Mrs. Bantry en tono seco—. Pero era estúpida. En realidad nunca decía nada que valiera la pena escuchar.

—Era una de las criaturas más agraciadas que he visto nunca —dijo el coronel Bantry acaloradamente—. Si la hubiesen visto jugando al tenis: encantadora, realmente encantadora. Y rebosaba simpatía. Era divertidísima y muy bonita. Apuesto a que todos los jóvenes pensaban así.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Mrs. Bantry—. Las jóvenes así no tienen encanto para los muchachos de hoy en día. Sólo a los

viejos chapados a la antigua como tú, Arthur, les gustan las chicas jóvenes.

—Ser joven no lo es todo —intervino Jane—. Hay que tener S.A.

—¿Qué es S.A.? —quiso saber exactamente miss Marple.

—Sex appeal —replicó Jane.

—¡Ah, sí! —dijo miss Marple—. Lo que en mis tiempos se llamaba «encanto».

—No es mala descripción —comentó sir Henry—. Creo haber entendido que ha descrito usted a la *dame de compagnie* como una *gata*, Mrs. Bantry.

—No me refería a una gata, sino a algo muy distinto —exclamó Mrs. Bantry—. Adelaida Carpenter era una persona muy dulce.

—¿Qué edad tendría?

—¡Oh! Yo diría que unos cuarenta años. Llevaba algún tiempo en la casa, creo que desde que Sylvia tenía once años. Era una persona de mucho tacto. Una de esas viudas que quedan en una situación económica delicada, con muchos parientes aristócratas, pero sin dinero. A mí no me gustaba mucho, pues nunca me han gustado las personas de manos blancas y largas, ni tampoco los gatos.

—¿Y Mr. Curie?

—¡Oh! Era uno de esos ancianos encorvados. Hay tantos como él, que apenas se distinguen unos de otros. Demostraba gran entusiasmo cuando se hablaba de sus librejos, pero ninguno por otras cosas. No creo que sir Ambrose le conociera muy bien.

—¿Y Jerry, el vecino?

—Era un muchacho realmente encantador y estaba prometido a Sylvia. Por eso fue tan triste.

—Quisiera saber… —empezó a decir miss Marple, y luego se calló.

—¿Qué?

—Nada, querida.

Sir Henry contempló a la anciana con curiosidad y al cabo dijo pensativo:

—De modo que esa joven pareja estaban prometidos. ¿Hacía mucho tiempo que eran novios?

—Cosa de un año. Sir Ambrose se había opuesto a su noviazgo

pretextando que Sylvia era demasiado joven. Pero tras un año de relaciones se prometieron y la boda debía haberse celebrado muy pronto.

—¡Ah! ¿Tenía alguna propiedad esa joven?

—Casi nada, sólo unas cien o doscientas libras al año.

—Ahí no hay gato encerrado, Clithering —dijo el coronel Bantry riendo.

—Ahora le toca preguntar al doctor —dijo sir Henry—. Yo me reservo por ahora.

—Mi curiosidad es principalmente profesional —dijo el doctor Lloyd—. Quisiera saber el informe médico que se presentó en la encuesta oficial, es decir, si nuestra anfitriona lo recuerda o lo sabe.

—Creo que lo recuerdo, más o menos —replicó Mrs. Bantry—. Dijeron que la muerte fue debida a envenenamiento por digitalina. ¿Lo digo bien?

El doctor Lloyd asintió.

—El principio activo de la dedalera, la digitalina, actúa sobre el corazón. Por cierto, que es una droga muy valiosa para ciertas afecciones cardíacas. Es un caso muy curioso. Nunca hubiera pensado que tomar una infusión de hojas de dedalera pudiera resultar fatal. Se han exagerado mucho los daños producidos por comer hojas venenosas y bayas. Muy pocas personas comprenden que el principio vital o alcaloide ha de ser extraído con mucho cuidado y elaboración.

—Mrs. McArthur envió el otro día unos bulbos especiales a Mrs. Toomie —explicó miss Marple—. La cocinera los tomó por cebollas y, al comerlos, toda la familia se puso enferma.

—Pero no murió nadie —dijo convencido el doctor Lloyd.

—No, no se murió nadie —admitió miss Marple.

—Una amiga mía murió envenenada por alimentos en mal estado —dijo Jane Helier.

—Debemos continuar con nuestro crimen —intervino sir Henry.

—¿Crimen? —exclamó Jane sobresaltada—. Creía que se trataba de un accidente.

—Si fuera un accidente —respondió sir Henry en tono amable—, no creo que Mrs. Bantry nos hubiera contado esta historia. No, por lo que deduzco, fue accidente sólo en apariencia, detrás se escondía

algo más siniestro. Recuerdo un caso: varios invitados a una fiesta charlaban después de cenar. Las paredes estaban adornadas con toda clase de armas antiguas. Bromeando, uno de los reunidos cogió una vieja pistola y apuntó a otro simulando disparar. La pistola estaba cargada y se disparó, matando al otro hombre. Tuvimos que averiguar primero quién había preparado secretamente la pistola y, segundo, quién había dirigido la conversación para obtener el resultado final, pues el hombre que había disparado el arma era completamente inocente.

»Me parece que en este caso se nos presenta el mismo problema. Esas hojas de dedalera fueron mezcladas deliberadamente con las de salvia sabiendo cuál sería el resultado. Puesto que descartamos a la cocinera… la descartamos, ¿verdad…?, la pregunta es: "¿Quién cogió las hojas y las llevó a la cocina?".

—Eso es fácil de responder —dijo Mrs. Bantry—. Por lo menos la última parte de la pregunta. Fue la propia Sylvia quien las llevó a la cocina. Formaba parte de sus ocupaciones diarias recoger la ensalada, las hierbas, los manojos de zanahorias, todas esas cosas que los jardineros nunca escogen bien. No les gusta coger nada tierno, esperan hasta que maduran demasiado. Sylvia y Mrs. Carpenter solían ir a buscarlas ellas mismas, y había una mata de dedalera entre las de salvia en una esquina y por ello la equivocación era bastante natural.

—Pero ¿las cogió la propia Sylvia?

—Eso nadie lo sabe, se dio por supuesto.

—Las suposiciones son siempre muy peligrosas —comentó sir Henry.

—Pero sé que no fue Mrs. Carpenter —replicó Mrs. Bantry—, porque dio la casualidad de que estuvo toda la mañana paseando conmigo por la terraza. Salimos después de desayunar. Hacía un día extraordinariamente cálido y espléndido para estar tan a principios de primavera. Sylvia bajó sola al jardín, pero más tarde la vi paseando del brazo de Maud Wye.

—De modo que eran grandes amigas, ¿verdad? —preguntó miss Marple.

—Sí —contestó Mrs. Bantry y pareció querer añadir algo más, pero no lo hizo.

—¿Llevaba muchos días en la casa? —quiso saber miss Marple.

—Unos quince días —dijo Mrs. Bantry con voz preocupada.

—¿No le gustaba miss Wye? —insinuó sir Henry.

—Sí, eso es lo malo, que sí.

La preocupación de su voz se trocó en disgusto.

—Usted nos oculta algo, Mrs. Bantry —dijo sir Henry en tono acusador.

—Sí, hace un momento también yo he querido preguntarle algo —dijo miss Marple—, pero he preferido callar.

—¿El qué?

—Cuando usted dijo que esa joven pareja se había prometido y que por eso resultaba tan triste. Su voz no me sonó del todo convencida cuando lo dijo, no sé si me comprende.

—Qué temible es usted —replicó Mrs. Bantry—. Parece que siempre sepa las cosas. Sí, pensaba en algo, pero en realidad no sé si debo decirlo o no.

—Tiene que decirlo, déjese de escrúpulos de una vez —intervino sir Henry.

—Bien, pues era sólo esto —continuó Mrs. Bantry—. Una noche, precisamente la anterior a la tragedia, salí a la terraza antes de cenar. La ventana del salón estaba abierta y por casualidad vi a Jerry Lorimer y a Maud Wye. Él… bueno, la estaba besando. Claro que yo ignoraba si se trataba de un flirteo sin importancia, o si… bueno, quiero decir que nunca se sabe. Yo sabía que a sir Ambrose nunca le había gustado Jerry Lorimer, tal vez porque sabía que era de ese estilo. Pero de una cosa estoy segura: esa chica, Maud Wye, estaba realmente interesada por él. Sólo había que ver cómo lo miraba cuando no se creía observada. Y, además, hacían mejor pareja que él y Sylvia.

—Voy a hacerle rápidamente una pregunta antes de que se me adelante miss Marple —dijo sir Henry—. Quiero saber si, después de la tragedia, Jerry Lorimer se casó con Maud Wye.

—Sí —dijo Mrs. Bantry—, seis meses después.

—¡Oh! Scherezade, Scherezade —dijo sir Henry—. ¡Y pensar en cómo nos presentó su historia al principio! Nos dio los huesos pelados y hay que ver la carne que vamos encontrando ahora en ellos.

—No hable usted así, no sea tan macabro —dijo Mrs. Bantry—. Y no emplee la palabra carne. Los vegetarianos siempre lo hacen. Dicen «yo nunca como carne» de un modo que le quitan a uno las ganas de comerse la chuleta que tiene delante. Mr. Curie era vegetariano y solía desayunar una especie de mejunje parecido al salvado. Los ancianos encorvados que llevan barba suelen tener muchas manías y llevan ropa interior muy particular.

—¿Qué sabes tú de la ropa interior que llevaba el señor Curie? —preguntó su marido.

—Nada —replicó Mrs. Bantry muy digna—. Sólo lo imagino.

—Voy a rectificar mi declaración —dijo sir Henry—. Debo reconocer que los personajes de este drama son muy interesantes. Empiezo a conocerlos a todos. ¿Verdad, miss Marple?

—La naturaleza humana es siempre interesante, sir Henry. Y es curioso ver cómo cierto tipo de personas tienden a actuar siempre del mismo modo.

—Dos mujeres y un hombre —dijo sir Henry—. El eterno triángulo. ¿Es ésa la base de nuestro problema? Yo creo que sí.

El doctor Lloyd se aclaró la garganta.

—He estado pensando —empezó con bastante dificultad—. ¿Dice usted, Mrs. Bantry, que usted también se sintió indispuesta?

—¡Por supuesto! ¡Y Arthur! ¡Y todos!

—Eso es, todos —dijo el médico—. ¿Comprenden lo que quiero decir? En la historia que sir Henry acaba de contarnos, un hombre disparó contra otro, pero no contra todos los que se encontraban reunidos en la habitación.

—No comprendo —replicó Jane—. ¿Quién disparó contra quién?

—Lo que quiero decir es que quienquiera que planease el crimen lo hizo de un modo muy particular. O bien con una fe ciega en la casualidad o con un desprecio absoluto de la vida humana. Apenas puedo creer que exista un hombre capaz de envenenar deliberadamente a ocho personas con el objeto de suprimir a una de ellas.

—Ya veo por dónde va —dijo sir Henry pensativo—. Confieso que debiera haber pensado en esto.

—¿Y no pudo haberse envenenado él también? —preguntó Jane.

—¿Faltó alguien a la mesa aquella noche? —quiso saber miss Marple.

Mrs. Bantry meneó la cabeza.

—Excepto Mr. Lorimer, supongo, querida. Él no vivía en la casa, ¿no es cierto?

—No, pero aquella noche cenaba con nosotros —respondió Mrs. Bantry.

—¡Oh! —exclamó miss Marple—. Eso cambia mucho las cosas.

Y agregó frunciendo el entrecejo y como para sus adentros:

—He sido una tonta.

—Confieso que sus palabras me han desconcertado, Lloyd —dijo sir Henry—. ¿Cómo asegurarse de que la muchacha y sólo ella tomase la dosis fatal?

—No era posible —replicó el doctor—. Eso nos plantea otra cuestión. Supongamos que la joven no fuera la víctima pretendida.

—¿Qué?

—En todos los casos de envenenamiento por vía oral el resultado es muy incierto. Varias personas se sirven del mismo plato, ¿y qué ocurre? Una o dos enferman ligeramente, otras dos, digamos, de gravedad, y otra fallece. Así es como ocurre siempre, no es posible tener plena seguridad. Pero hay casos en los que puede intervenir otro factor. La digitalina es una droga que afecta directamente al corazón, y como les he dicho se receta en ciertos casos. Ahora bien, *en la casa había una persona que sufría del corazón*. Supongamos que fuese la víctima escogida. Lo que no sería fatal para el resto, lo iba a ser para él, o eso es lo que pudo suponer el asesino. Que todo resultara distinto es sólo una prueba de lo que acabo de decirles: la incertidumbre y relatividad de los efectos de las drogas en los seres humanos.

—¿Cree usted que la víctima tenía que haber sido sir Ambrose? —preguntó sir Henry.

—Sí, sí, y la muerte de la joven fue un error.

—¿Quién heredó su dinero después de su muerte? —preguntó Jane.

—Una pregunta muy sensata, miss Helier. Una de las primeras que hacía siempre en mi antigua profesión —dijo sir Henry.

—Sir Ambrose tenía un hijo —replicó lentamente Mrs. Bantry—.

Se había peleado con él durante muchos años anteriormente. Creo que era muy rebelde. No obstante, no estaba en manos de sir Ambrose poder desheredarlo ya que Clodderham Court pasaba de padres a hijos. Martin Bercy heredó el título y la hacienda. Sin embargo, sir Ambrose tenía bastantes propiedades más que podía dejar a quien quisiera y que dejó a su pupila Sylvia. Sé que sir Ambrose falleció al cabo de medio año de haber sucedido lo que les estoy contando y no se tomó la molestia de hacer nuevo testamento después de la muerte de Sylvia. Creo que el dinero pasó a la Corona, o tal vez a su hijo como pariente más cercano, no lo recuerdo exactamente.

—De modo que los únicos que podían realmente beneficiarse de la muerte de sir Ambrose eran un hijo que no estaba allí y la muchacha que falleció —resumió sir Henry, pensativo—. No resulta muy prometedor.

—¿La otra mujer no heredó nada? —preguntó Jane—. Ésa que Mrs. Bantry califica de «gata».

—En el testamento no constaba su nombre —dijo Mrs. Bantry.

—Miss Marple, no nos escucha usted —le dijo sir Henry—, parece estar muy lejos.

—Estaba pensando en el anciano Mr. Badger, el farmacéutico —contestó la aludida—. Tenía un ama de llaves muy joven, lo suficiente no sólo para ser su hija, sino para ser su nieta. No dijo una palabra a nadie, y su familia y un montón de sobrinos abrigaban la esperanza de heredarle. Y cuando falleció, ¿quieren ustedes creerlo?, llevaba dos años casado con ella en secreto. Claro que Mr. Badger era farmacéutico y también un hombre muy rudo y vulgar, y sir Ambrose Bercy un caballero muy fino, según dice Mrs. Bantry, pero en conjunto la naturaleza humana es la misma en todas partes.

Hubo una pausa, durante la cual sir Henry miró fijamente a miss Marple, quien no apartó sus ojos azules e inteligentes hasta que Jane Helier rompió el silencio con una pregunta.

—¿Mrs. Carpenter era bien parecida? —preguntó.

—Sí, pero sencilla, nada llamativa.

—Tenía una voz muy agradable —dijo el coronel Bantry.

—Ronroneante, así es como yo la llamo —intervino Mrs. Bantry

—. ¡Ronroneante!

—A ti también van a llamarte «gata» cualquier día de estos, Dolly.

—Me gusta serlo en mi casa —replicó ella—. De todas formas, ya sabes que no me gustan mucho las mujeres. Sólo los hombres y las flores.

—Un gusto excelente —exclamó sir Henry—. Especialmente por haber nombrado a los hombres en primer lugar.

—Eso fue por delicadeza —respondió Mrs. Bantry—. Bueno, ¿qué me dicen de mi problemita? Me parece que he jugado limpio, Arthur. ¿No crees que he jugado muy limpio?

—Sí, querida. Pero no creo que haya una investigación sobre la limpieza de la carrera por los comisarios del Jockey Club.

—Usted primero —dijo Mrs. Bantry señalando a sir Henry.

—Tal vez me extienda excesivamente en mis deducciones, ya que no tengo ninguna seguridad en este caso. Primero consideremos a sir Ambrose. No creo que empleara un método tan original para suicidarse, y por otro lado no ganaba nada con la muerte de su pupila. Descartado sir Ambrose. Ahora Mr. Curie. No tenía motivos para matar a la joven. De haber sido sir Ambrose su presunta víctima, posiblemente hubiera robado un par de manuscritos raros que nadie hubiera echado de menos. Es una teoría muy cogida por los pelos y poco probable. De modo que considero que, a pesar de las sospechas de Mrs. Bantry en cuanto a su ropa interior, Mr. Curie queda eliminado. Miss Wye. ¿Motivos para matar a sir Ambrose? Ninguno. ¿Motivos para matar a Sylvia? Poderosos. Ella quería al prometido de Sylvia con locura, según dice Mrs. Bantry. Aquella mañana estuvo en el jardín con Sylvia, de modo que tuvo oportunidad de coger las hojas. No, no podemos descartar a miss Wye así como así y tampoco al joven Lorimer. Existen motivos en ambos casos. Si se deshace de su novia puede casarse con la otra. No obstante, me parece excesivo asesinarla. ¿Qué significa hoy en día la ruptura de un compromiso? Si muere sir Ambrose, se casará con una mujer rica en vez de con una pobre. Eso puede tener importancia o no, depende de su situación económica. Si descubro que sus propiedades estaban hipotecadas y Mrs. Bantry nos ha ocultado deliberadamente este detalle, no habrá sido juego limpio.

Ahora Mrs. Carpenter. Yo sospecho de Mrs. Carpenter. Estas manos tan blancas y su magnífica coartada en el momento en que fueron cogidas las hojas. Siempre desconfío de las coartadas. Y tengo otra razón para sospechar de ella, que me reservo. No obstante, a grosso modo, si tuviera que acusar a alguien sería a miss Maud Wye ya que tenemos más pruebas contra ella que contra nadie.

—Ahora usted —dijo Mrs. Bantry señalando al doctor Lloyd.

—Creo que se equivoca usted, Clithering, al aferrarse a la teoría de que la muerte de la joven fuese intencionada. Estoy convencido de que el asesino intentaba deshacerse de sir Ambrose. No creo que el joven Lorimer tuviera los conocimientos necesarios y me siento inclinado a creer que la culpa fue de Mrs. Carpenter. Llevaba mucho tiempo en la casa, conocía el estado de salud de sir Ambrose y pudo disponer con facilidad que esa joven Sylvia (que usted misma dice que era bastante estúpida) cogiera las hojas adecuadas. Confieso que no veo qué motivos pudo tener, pero me aventuro a suponer que, en otro tiempo, sir Ambrose hizo un testamento en que era mencionada. Es lo mejor que se me ocurre.

Mrs. Bantry pasó a señalar a Jane Helier.

—Yo no sé qué decir —dijo Jane—, excepto esto: ¿Por qué no pudo haberlo hecho la propia muchacha? Después de todo, ella llevó las hojas a la cocina. Y usted dice que sir Ambrose se había opuesto al noviazgo. Al morir él, conseguiría el dinero para poder casarse en seguida. Debía conocer el estado de salud de sir Ambrose tan bien como Mrs. Carpenter.

El índice de Mrs. Bantry señaló a miss Marple.

—Ahora usted, la profesora —le dijo.

—Sir Henry lo ha expresado todo claramente, muy claramente —dijo miss Marple—. Y el doctor Lloyd también tuvo razón en lo que dijo. Entre los dos lo han dejado todo bien claro. Sólo que no creo que el doctor Lloyd haya comprendido lo que implica algo que él mismo ha dicho. Veamos, al no ser el médico habitual de sir Ambrose, no podía saber exactamente qué clase de afección cardiaca padecía, ¿no les parece?

—No acabo de comprender lo que quiere usted decir, miss Marple —dijo el doctor Lloyd.

—Usted supone que sir Ambrose tenía un corazón al que le

afectaría la digitalina, pero no hay nada que lo pruebe. Pudo ser todo lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Sí, usted dijo que a menudo se receta digitalina para ciertas afecciones del corazón.

—Aunque así sea, miss Marple, no veo adonde quiere usted ir a parar.

—Pues significaría que podía tener digitalina en su poder con toda naturalidad, sin dar explicaciones. Lo que trato de decir (siempre me expreso tan mal), es esto: Supongamos que usted deseara envenenar a alguien con una dosis mortal de digitalina. ¿No sería lo más sencillo y el medio más fácil procurar que todos sufrieran un envenenamiento producido por hojas de dedalera, que contienen digitalina? No sería fatal para ninguno de los otros, pero nadie se sorprendería de que hubiera una víctima ya que, como ha dicho el doctor Lloyd, estas cosas son muy imprecisas. Nadie se molestaría en averiguar si la joven había tomado ya previamente una dosis fatal de digitalina. Pudo ponérsela en un combinado, en el café o incluso hacérselo beber simplemente como un tónico.

—¿Quiere usted decir que sir Ambrose envenenó a su pupila, la encantadora joven a la que tanto apreciaba?

—Exactamente —replicó miss Marple—. Igual que Mr. Badge y su joven ama de llaves. No me digan que es absurdo que un hombre de sesenta años se enamore de una joven de veinte. Sucede cada día, y me atrevo a decir que un autócrata como sir Ambrose pudo tomárselo muy a pecho. Esas cosas a veces se convierten en una obsesión. No podía soportar la idea de verla casada. Hizo cuanto pudo por evitarlo y fracasó. Sus celos crecieron de tal modo que prefirió matarla antes de dejar que se casara con el joven Lorimer. Debía haberlo planeado bastante antes, ya que las semillas de dedalera tuvieron que ser sembradas entre la salvia. Cuando llegó la ocasión, él mismo las cogió y envió a Sylvia con ellas a la cocina. Es horrible pensarlo, pero supongo que debemos juzgarle con toda la benevolencia que podamos. Los hombres de edad son algunas veces muy suyos en lo que se refiere a las chicas jovencitas. Nuestro último organista… pero no hablemos más de los escándalos.

—Mrs. Bantry —preguntó sir Henry—. ¿Fue así?

Mrs. Bantry asintió.

—Sí, yo no tenía la menor idea, nunca pensé que pudiera tratarse de otra cosa más que de un accidente. Luego, después de la muerte de sir Ambrose, recibí una carta. Había dejado instrucciones para que me fuera enviada y en ella me contaba la verdad. No sé por qué, pero él y yo siempre nos habíamos llevado muy bien.

Durante el momentáneo silencio percibió una crítica callada y se apresuró a agregar:

—Ustedes creen que estoy traicionando una confidencia, pero no es así. He cambiado todos los nombres. En realidad, no se llamaba sir Ambrose Bercy. ¿No se dieron cuenta de la extrañeza con que me miró Arthur cuando dije el nombre por primera vez? Al principio no me entendía. Lo he cambiado todo. Como dicen en las revistas y al principio de las novelas: «Todos los personajes que aparecen en esta historia son puramente imaginarios». Nunca sabrán ustedes quiénes fueron en realidad.

Capítulo XII

El caso del bungalow

—Ahora recuerdo un caso… —dijo Jane Helier. Su bello rostro se iluminó con la sonrisa confiada del niño que busca aprobación. Era la sonrisa que conmovía a diario al público de Londres y que había hecho la fortuna de los fotógrafos.

—Le ocurrió a una amiga mía —dijo con precaución.

Todo el mundo hizo hipócritas gestos de aliento. El coronel Bantry, su esposa, sir Henry Clithering, el doctor Lloyd y la anciana miss Marple estaban convencidos de que la «amiga» de Jane era ella misma. Hubiera sido incapaz de recordar o interesarse por algo que afectara a cualquier otra persona.

—Mi amiga —continuó Jane—, no mencionaré su nombre, era una actriz muy conocida.

Nadie exteriorizó la menor sorpresa y sir Henry Clithering pensó para sí: «Me pregunto cuánto tardará en olvidarse de la farsa y dirá *yo* en vez de *ella*…».

—Mi amiga se encontraba de gira por provincias, de esto hará uno o dos años. Supongo que es mejor no decir el nombre del lugar. Estaba en la ribera de un río, muy cerca de Londres. Lo llamaré…

Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo. Al parecer, inventar un simple nombre era demasiado para ella, y sir Henry acudió en su ayuda.

—¿Lo llamamos Riverbury? —le sugirió.

—Oh, sí, espléndido, Riverbury, lo recordaré. Bien, como decía esta amiga mía, se encontraba en Riverbury con su compañía

cuando ocurrió algo muy curioso.

Volvió a fruncir el entrecejo.

—¡Es tan difícil decir lo que una quiere decir! —se lamentó—. Temo confundirme y decir unas cosas antes que otras.

—Lo hace usted muy bien —le dijo el doctor Lloyd para animarla—. Continúe.

—Bien, pues ocurrió algo muy curioso. Mi amiga fue llevada al puesto de policía. Al parecer se había cometido un robo en su bungalow, situado junto al río, y habían detenido a un joven que les contó una extraña historia, y por eso fueron a buscarla.

»Nunca había estado en un puesto de policía, pero se mostraron muy amables con ella, amabilísimos.

—No me extraña en absoluto —dijo sir Henry.

—El sargento, creo que era un sargento, o tal vez fuese un inspector, la invitó a sentarse y le explicó lo ocurrido. Desde luego yo vi en seguida que se trataba de una equivocación.

«¡Ajá! —pensó sir Henry—. *¡Yo!* Ya está, lo que imaginaba».

—Eso dijo mi amiga —continuó Jane, sin advertir su propia traición—. Explicó que había estado ensayando en el hotel con su suplente y que nunca había oído siquiera el nombre de Mr. Faulkener. Y el sargento dijo: «Miss Hel…».

Se detuvo muy sonrojada.

—¿Miss Helman? —le sugirió sir Henry con un guiño.

—Sí, sí, eso es. Gracias. El sargento dijo: «Miss Helman, creo que debe de haber alguna equivocación, puesto que usted se aloja en el Bridge Hotel». Y luego me preguntó si me importaría que me confrontaran con aquel joven. No sé si se dice confrontar o carear. No lo puedo recordar.

—No importa realmente —le aseguró sir Henry.

—De todos modos, yo dije: «Claro que no». Y lo trajeron y dijeron: «Ésta es miss Helier» y… ¡Oh! —Jane se interrumpió boquiabierta.

—No importa, querida —le dijo miss Marple para consolarla—. De todas maneras lo hubiéramos adivinado. Y no nos ha dicho el nombre del lugar ni nada realmente importante.

—Bueno —dijo Jane—. Mi intención era contárselo como si le hubiera ocurrido a otra persona, pero es difícil, ¿verdad? Quiero

decir que una se olvida.

Todos le aseguraron que era muy difícil y una vez tranquilizada, prosiguió con su algo enrevesado relato.

—Era un hombre muy atractivo, mucho. Joven y pelirrojo. Al verme se quedó con la boca abierta y el sargento le preguntó: «¿Es ésta la dama?». Y él contestó: «No, desde luego que no. Qué estúpido he sido». Yo le sonreí, diciéndole que no tenía importancia.

—Me imagino la escena —dijo sir Henry.

Jane Helier frunció el entrecejo.

—Déjeme pensar cómo sería mejor continuar.

—¿Y si nos contara de qué se trata, querida? —dijo miss Marple con tal amabilidad que nadie pudo sospechar su ironía—. Quiero decir que cuál era la equivocación de aquel joven y de qué se trataba el robo.

—Oh, sí —exclamó Jane—. Bien, ese joven, Leslie Faulkener, había escrito una comedia. A decir verdad había escrito varias, aunque nunca le representaron una. Y me envió una en particular para que la leyera. Yo lo ignoraba, ya que recibo cientos de obras de teatro y leo muy pocas, sólo aquéllas de las que sé algo. De todas formas, así fue, y al parecer Mr. Faulkener recibió una carta mía, sólo que resultó que no la había escrito yo. ¿Comprenden?

Hizo una pausa con ansiedad y todos le aseguraron que la habían entendido.

—En ella le decía que había leído su comedia, que me gustaba mucho y que viniera a hablar conmigo. Le daba la dirección, el bungalow de Riverbury. De modo que Mr. Faulkener, muy satisfecho, fue a verme a ese lugar: el bungalow. Le abrió la puerta una doncella a quien él preguntó por miss Helier y ella le dijo que miss Helier le estaba esperando y le hizo pasar al salón, donde le recibió una mujer que él aceptó como si fuera yo, lo cual resulta bastante extraño, puesto que me había visto actuar y mis fotografías son bien conocidas en todas partes, ¿verdad?

—Por todo lo largo y ancho de Inglaterra —replicó Mrs. Bantry —. Pero a menudo hay una gran diferencia entre la fotografía y el original, mi querida Jane. Así como cuando se ve a las artistas fuera del escenario. No todas las actrices pueden superar esa prueba como tú, recuérdalo.

—Bueno —dijo Jane un tanto aplacada—, es posible. De todas formas describió a aquella mujer diciendo que era alta, rubia, de grandes ojos azules y muy atractiva, de modo que debía parecerse bastante a mí. Desde luego, él no sospechó nada y ella se sentó, comenzó a charlar de su comedia y de las ganas que tenía de representarla. Mientras hablaban, les sirvieron unos combinados y Mr. Faulkener tomó uno. Bueno, eso es todo lo que recuerda, que se bebió el combinado. Cuando se despertó, o volvió en sí, estaba tendido en la carretera junto a la cuneta, desde luego donde no había peligro de que le atropellaran. Estaba muy débil y desorientado, tanto que, cuando se levantó y echó a andar tambaleándose, no sabía adonde se dirigía. Dijo que, de haber estado en posesión de todas sus facultades, hubiera vuelto al bungalow para tratar de averiguar lo ocurrido, pero se sentía tan torpe y aturdido que siguió caminando sin saber apenas lo que hacía. Empezaba a rehacerse cuando fue detenido por la policía.

—¿Por qué le detuvieron? —preguntó el doctor Lloyd.

—¡Oh! ¿No se lo dije? —exclamó Jane abriendo mucho los ojos —. Qué tonta soy, por el robo.

—Usted mencionó un robo, pero no dijo dónde tuvo lugar ni porqué.

—Bueno, ese bungalow, ése al que fue él, no era mío, por supuesto. Pertenecía a un hombre cuyo nombre era…

De nuevo Jane Helier frunció el entrecejo.

—¿Quiere que vuelva a hacer de padrino? —le preguntó sir Henry—. Seudónimos gratis. Descríbame al individuo y yo le bautizaré.

—Lo había alquilado un acaudalado caballero, de la ciudad.

—Sir Herman Cohen —sugirió sir Henry.

—Le va perfectamente. Lo alquiló para una mujer, esposa de un actor y también actriz.

—Al actor podemos llamarle Claud Leason —dijo sir Henry— y a ella por su nombre artístico, por ejemplo, miss Mary Kerr.

—Creo que es usted muy inteligente —dijo Jane—. A mí no se me ocurren las cosas tan fácilmente. Bien, era una especie de casita de campo donde sir Herman… ¿ha dicho usted Herman?, y la dama pretendían pasar los fines de semana. Por supuesto, la esposa no

sabía nada de esto.

—Es lo que suele ocurrir —dijo sir Henry.

—Y le había regalado a la actriz una buena cantidad de joyas, incluidas unas esmeraldas muy finas.

—¡Ah! —exclamó el doctor Lloyd—. Ya vamos llegando.

—Estas joyas estaban en el bungalow bien cerradas en un joyero. La policía dijo que era una imprudencia, que cualquiera pudo cogerlas.

—¿Ves, Dolly? —intervino el coronel Bantry—. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—Bueno, según he visto por propia experiencia —contestó Mrs. Bantry—, es siempre la gente cuidadosa la que pierde sus joyas. Yo no encierro las mías en ningún joyero, las guardo sueltas en un cajón debajo de las medias. Me atrevo a decir que si… ¿cómo se llama?, si Mary Kerr hubiese hecho lo mismo, no se las hubieran robado tan fácilmente.

—Las habrían encontrado —replicó Jane—, pues todos los cajones fueron abiertos y su contenido esparcido por el suelo.

—Entonces no andaban buscando joyas —dijo Mrs. Bantry—, sino documentos secretos. Es lo que ocurre siempre en las novelas.

—No sé nada de ningún documento secreto —respondió Jane pensativa—. No los oí mencionar.

—No se distraiga, miss Helier —dijo el coronel Bantry—. No se inquiete usted por las pistas falsas disparatadas que diga mi esposa.

—Siga hablando del robo —le indicó amablemente sir Henry.

—Sí. La policía recibió una llamada telefónica de alguien que se hizo pasar por Mary Kerr. Dijo que habían robado en el bungalow y describió a un joven pelirrojo que se había presentado aquella mañana en el bungalow. A su doncella le pareció un tipo muy raro y se negó a dejarlo entrar, pero más tarde lo vio salir por una ventana. Lo describió con tanto detalle que la policía lo detuvo media hora después y entonces él contó su historia y mostró mi carta. Vinieron a buscarme y al verme, dijo lo que ya les he contado: ¡que no era yo!

—Una historia muy curiosa —dijo el doctor Lloyd—. ¿Mr. Faulkener conocía a esa miss Kerr?

—No, no la conocía, o por lo menos eso dijo. Pero aún no les he

contado lo más curioso. La policía fue al bungalow y lo encontraron tal como lo he descrito antes: los cajones por el suelo y ni rastro de las joyas, pero no había nadie. Hasta algunas horas más tarde no regresó Mary Kerr, quien negó haberles telefoneado y afirmó que nada sabía de lo ocurrido hasta aquel momento. Al parecer había recibido un telegrama de su representante ofreciéndole un papel importante y concertando una entrevista a la que naturalmente se había apresurado a acudir. Al llegar allí, descubrió que todo había sido una broma y que el representante no le había enviado ningún telegrama.

—Un truco bastante manido para quitarla de en medio —comentó sir Henry—. ¿Qué me dice de los criados?

—Había ocurrido lo mismo. Sólo tenía una doncella a la que llamaron por teléfono, aparentemente de parte de Mary Kerr, para decirle que ésta se había olvidado algo muy importante y dándole instrucciones para que cogiese cierto bolso de mano que estaba en un cajón de su dormitorio y tomara el primer tren. La doncella así lo hizo, desde luego, y dejó la casa cerrada. Pero cuando llegó al club de miss Kerr, que era donde le dijeron que esperara a su señora, la esperó en vano.

—¡Hum! —murmuró sir Henry—. Empiezo a comprender. La casa se quedó vacía y entrar por una de sus ventanas no creo que resultara muy difícil. Pero no veo qué pinta en todo esto Mr. Faulkener. ¿Y quién telefoneó a la policía, si no fue miss Kerr?

—Eso nadie llegó a averiguarlo nunca.

—Es curioso —comentó sir Henry—. ¿Resultó ser el joven quien dijo ser?

—Oh, sí. Incluso presentó la carta que supuso escrita por mí. La letra no se parecía en nada a la mía, pero, claro, no era de esperar que conociese mi letra.

—Bien, precisemos los hechos con claridad —dijo sir Henry—. Corríjame si me equivoco. La señora y la doncella son alejadas de la casa. Atraen a ese joven a la casa por medio de una carta falsa, aprovechando la circunstancia de que usted se encontraba aquella semana actuando en Riverbury. El joven ingiere una droga y la policía recibe una llamada que hace que sospechen de él. Se ha cometido un robo. ¿Supongo que se llevarían las joyas?

—Oh, sí.

—¿Y fueron recuperadas?

—No, nunca. A decir verdad, creo que sir Herman intentó echar tierra al asunto. Pero no pudo conseguirlo y me parece que su esposa solicitó el divorcio por este motivo, aunque no lo sé con certeza.

—¿Qué le ocurrió a Mr. Leslie Faulkener?

—Que al fin fue puesto en libertad. La policía no tenía suficientes pruebas contra él. ¿No les parece que es todo muy extraño?

—Realmente muy extraño. La primera pregunta es: ¿qué historia debemos creer? Miss Helier, he observado que usted se inclina hacia la de Mr. Faulkener. ¿Tiene usted alguna *razón para* ello aparte de su propio instinto?

—No, no —contestó Jane contrariada—. Supongo que no. Pero era tan simpático y se disculpó de tal modo por haber tomado a otra persona por mí, que tuve el convencimiento de que decía la verdad.

—Ya comprendo —dijo sir Henry con una sonrisa—. Pero debe admitir que pudo inventar esa historia con toda facilidad y haber escrito él mismo la carta que se suponía que era de usted. También pudo tomar alguna droga después de cometer el robo, pero confieso que no veo qué propósito pudiera tener semejante actuación. Era más sencillo entrar en la casa y desaparecer tranquilamente, a menos que lo hubiese visto algún vecino y él lo supiera. Entonces pudo rápidamente idear este plan para desviar las sospechas y explicar su presencia en la casa.

—¿Tenía dinero? —preguntó miss Marple.

—No lo creo —respondió Jane—. No, más bien me parece que andaba bastante apurado.

—Todo este asunto resulta muy curioso —dijo el doctor Lloyd—. Debo confesar que si aceptamos la historia de ese joven como cierta, el caso presenta más dificultades. ¿Para qué iba a querer la *dama* que pretendía hacerse pasar por miss Helier *mezclar* en el asunto a un desconocido? ¿Por qué montar una comedia tan terriblemente complicada?

—Dime, Jane —dijo Mrs. Bantry—. ¿Llegó a encontrarse frente a frente el joven Faulkener con Mary Kerr en algún momento durante

los interrogatorios?

—No puedo asegurarlo —contestó Jane despacio y esforzándose por recordar.

—¡Porque, de no ser así, el caso está resuelto! —exclamó Mrs. Bantry—. Estoy segura de que tengo razón. ¿Qué es más sencillo que pretender que había sido reclamada en la ciudad? Luego telefonea desde Paddington o cualquier otra estación a su doncella y, mientras ésta va a la ciudad, ella regresa. El joven acude a la cita, le droga y prepara la escena del robo con el mayor lujo posible de detalles. Telefonea a la policía, les da la descripción de la víctima propiciatoria y vuelve de nuevo a la ciudad. Luego regresa a su casa en el último tren y se hace la inocente y sorprendida.

—Pero ¿por qué iba a robar sus propias joyas, Dolly?

—Siempre lo hacen —respondió Mrs. Bantry—. Y de todas formas se me ocurren mil razones. Tal vez quería dinero y es posible que sir Herman no se lo diera, por lo que simula el robo de las joyas y luego las vende en secreto. O quizás alguien le estuviera haciendo chantaje, amenazándola con decírselo a su marido o a la esposa de sir Herman. También es posible que ya las hubiera vendido, y sir Herman lo sospechara, le preguntara por ellas y se viera obligada a hacer algo. Eso sucede muy a menudo en las novelas. O quizá se las estaba haciendo montar de nuevo y tenía en casa una imitación falsa. O bien… ésta es una buena idea y no tan típica… simula que le han sido robadas, se pone frenética y él le regala otras. De este modo tiene dos lotes en vez de uno. Estoy segura de que esa clase de mujeres saben muchos trucos.

—Eres muy inteligente, Dolly —le dijo Jane con admiración—. A mí no se me habría ocurrido.

—Es posible que lo sea, pero no ha dicho que tenga razón —comentó el coronel Bantry—. Yo me inclino a sospechar del caballero de la ciudad. Él sabría la clase de telegrama que haría marcharse de su casa a la actriz y el resto pudo arreglarlo fácilmente con la ayuda de una buena amiga. Al parecer nadie ha pensado en preguntarle *a él* si tiene una cortada.

—¿Qué opina usted, miss Marple? —preguntó Jane volviéndose hacia la anciana, que había fruncido el entrecejo.

—Querida, en realidad no sé qué decir. Sir Henry se reirá, pero

esta vez no recuerdo ningún caso similar ocurrido en el pueblo que me sirva de ayuda. Desde luego, hay varios aspectos de su relato que son muy sugerentes. Por ejemplo, la cuestión del servicio. En… ejem… en una casa de costumbres tan dudosas, la sirvienta debía conocer perfectamente la situación, y una muchacha decente no hubiera aceptado jamás semejante empleo, ni su madre se lo hubiera permitido ni por un momento. De modo que podemos suponer que la doncella no era muy de fiar. Pudo dejarles la casa abierta a los ladrones mientras ella iba a Londres para desviar sospechas. Debo confesar que me parece la solución más probable. Sólo que si fuese obra *de* unos ladrones corrientes me resultaría muy raro, ya que para un robo así se precisan más conocimientos de los que pueda tener una doncella.

Miss Marple hizo una pausa antes de proseguir con aire soñador:

—No puedo dejar de pensar que hubo algo más, quiero decir algún conflicto personal. Supongamos, por ejemplo, que alguien se sintiera despechado. ¿Tal vez una joven actriz a quien él no hubiera tratado bien? ¿No creen que eso explicaría mejor las cosas? Un intento deliberado para complicarle la vida: Eso es lo que parece. Y no obstante, no resulta del todo satisfactorio.

—Vaya, doctor, usted no ha dicho nada —dijo Jane—. Me había olvidado de usted.

—De mí se olvida siempre todo el mundo —contestó el doctor con tristeza—. Debo de tener una personalidad muy anodina.

—¡Oh, no! —exclamó Jane—. ¿Quiere, pues, darnos su opinión?

—Me encuentro en la posición de estar de acuerdo con las soluciones de todos y al mismo tiempo con ninguna. Yo tengo la teoría descabellada, y probablemente totalmente errónea, de que la esposa tiene algo que ver en el asunto. Me refiero a la de sir Herman. No tengo el menor indicio en que basarme, sólo sé que les sorprendería saber las cosas extraordinarias, realmente muy extraordinarias, que son capaces de hacer las esposas engañadas si se les mete en la cabeza.

—¡Oh! Doctor Lloyd —exclamó miss Marple excitada—, qué inteligente es usted. No me había acordado para nada de la pobre Mrs. Pebmarsh.

Jane la miró extrañada.

—¿Mrs. Pebmarsh? ¿Quién es Mrs. Pebmarsh?

—Pues… —Miss Marple vacilaba—… ignoro si tendrá algo que ver con esto. Es una lavandera que robó un broche con un ópalo que estaba prendido en una blusa y lo escondió en casa de otra mujer.

Jane pareció más confundida que nunca.

—¿Y eso le hace ver claro este asunto, miss Marple? —dijo sir Henry con su habitual guiño.

Mas, ante su sorpresa, miss Marple negó con la cabeza.

—No, me temo que no. Debo confesar que estoy completamente desorientada. Lo que sí sé es que las mujeres deberían estar siempre unidas y defender en caso de apuro a las de su propio sexo. Creo que ésta es la moraleja de la historia que acaba de contarnos miss Helier.

—Debo confesar que no había considerado el aspecto ético del misterio —dijo sir Henry en tono grave—. Tal vez vea con más claridad el significado de sus palabras cuando miss Helier nos haya dado la solución.

—¿Cómo? —exclamó Jane, todavía más asombrada.

—Estoy confesando que «nos damos por vencidos». Usted y sólo usted, miss Helier, ha tenido el alto honor de presentar un misterio tan complicado que incluso la misma miss Marple ha tenido que confesar su derrota.

—¿Todos se dan por vencidos? —preguntó en alta voz Jane.

—Sí. —Tras un minuto de silencio durante el cual todos esperaban que los demás tomasen la palabra, sir Henry volvió a llevar la voz cantante—. Es decir, que nos limitamos a presentar las soluciones esbozadas por todos nosotros: una de cada caballero, dos de miss Marple y cerca de una docena de Mrs. B.

—No llegaban a una docena —replicó Mrs. Bantry—. Algunas eran variaciones sobre el mismo tema. ¿Y cuántas veces he de decirle que no quiero que me llame Mrs. B?

—De modo que se dan por vencidos. —Jane estaba pensativa—. Es muy interesante.

Se inclinó hacia delante en la silla y empezó a limarse las uñas con aire ausente.

—Bueno —dijo Mrs. Bantry—. Vamos, Jane. ¿Cuál es la

solución?

—¿La solución?

—Sí. ¿Qué ocurrió en realidad?

Jane la miró de hito en hito.

—No tengo la menor idea.

—*¿Cómo?*

—Siempre quise saberla y pensé que entre todos ustedes, que son tan inteligentes, podrían dármela.

Todo el mundo disimuló su contrariedad. Todos aceptaban que Jane fuese tan hermosa, pero en aquel momento todos pensaron que había llevado demasiado lejos su estupidez. Incluso la belleza más trascendental no podía excusarla.

—¿Quiere decir que la verdad nunca fue descubierta? —preguntó sir Henry.

—No. Y por eso, como les dije, pensé que ustedes me la podrían explicar *a mí*.

Jane parecía contrariada, como si hubiera sido agraviada.

—Bueno, yo… yo… —dijo el coronel Bantry y le fallaron las palabras.

—Eres una joven muy irritante, Jane —dijo su esposa—. De todas maneras, estoy segura y siempre lo estaré de que tengo razón. Y si nos dijera los verdaderos nombres de todas esas personas, lo comprobaría.

—No creo que pueda hacerlo —replicó Jane lentamente.

—No, querida —intervino miss Marple—. Miss Helier no puede hacer eso.

—Claro que puede —dijo Mrs. Bantry—. No seas tan escrupulosa. Los mayores podemos comentar algún que otro escándalo. De todas maneras, díganos por lo menos quién era el magnate de la ciudad.

Miss Jane negó con la cabeza y miss Marple continuó apoyando a la joven.

—Debió de ser un caso muy desagradable —le dijo.

—No —replicó Jane pensativa—. Creo… creo que más bien disfruté.

—Bien, es posible —respondió miss Marple—. Supongo que rompería la monotonía. ¿Qué comedia estaba usted representando?

—*Smith*.

—Oh, sí. Es una de Somerset Maugham, ¿verdad? Todas sus obras son muy inteligentes. Las he visto casi todas.

—Vas a reponerla el próximo otoño, ¿verdad? —le preguntó Mrs. Bantry.

Jane asintió.

—Bueno —dijo miss Marple poniéndose en pie—. Debo irme a casa. ¡Es tan tarde! Pero he pasado una velada muy entretenida. No sucede a menudo. Creo que la historia de miss Helier se lleva el premio. ¿No les parece?

—Siento que se hayan disgustado conmigo —dijo Jane—, porque no sé el final. Supongo que debí decírselo antes.

Su tono denotaba pesar y el doctor Lloyd salvó la situación con su galantería acostumbrada.

—Mi querida amiga, ¿por qué había de sentirlo? Usted nos ha presentado un bonito problema para que aguzáramos nuestro ingenio. Lo único que lamento es que ninguno de nosotros haya sabido resolverlo convenientemente.

—Hable por usted —dijo Mrs. Bantry—. Yo lo he resuelto, estoy completamente convencida.

—¿Sabe que creo que tiene usted razón? —intervino Jane—. Lo que ha dicho parecía muy razonable.

—¿A cuál de sus siete soluciones se refiere? —preguntó sir Henry molesto.

El doctor Lloyd ayudaba a miss Marple a ponerse sus chanclos. «Sólo por si acaso», dijo. El doctor debía acompañarla hasta su vieja casa y, una vez envuelta en diversos chales de lana, les dio a todos las buenas noches. Después, acercándose a Jane Helier, le murmuró unas palabras en su oído. Tal exclamación de sorpresa salió de los labios de Jane que hizo que los demás se volvieran a mirarla.

Asintiendo con una sonrisa, miss Marple se dispuso a marcharse seguida por la mirada de Jane Helier.

—¿Vas a acostarte, Jane? —preguntó Mrs. Bantry—. ¿Qué te ocurre, Jane? Parece como si acabaras de ver un fantasma.

Con un profundo suspiro, la actriz se rehízo y, sonriendo a los dos hombres, siguió a su anfitriona hacia la escalera. Mrs. Bantry entró con la joven en su habitación.

—El fuego está casi apagado —dijo removiendo inútilmente el rescoldo—. No son ni capaces de encender bien el fuego, estas estúpidas doncellas. Aunque supongo que ya es muy tarde. ¡Vaya, es más de la una!

—¿Crees que hay muchas personas como ella? —preguntó Jane Helier.

Se había sentado a un lado de la cama, al parecer perdida en sus pensamientos.

—¿Como la doncella?

—No, como esa extraña anciana, ¿cómo se llama? ¿Marple?

—¡Oh! No lo sé. Imagino que es bastante corriente encontrar ancianitas como ella en los pueblos.

—Oh, Dios mío —replicó Jane—. No sé qué hacer, de veras.

Suspiró profundamente.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Dolly —Jane Helier adquirió de pronto un tono solemne—, ¿sabes lo que esa extraña viejecita me murmuró al oído esta noche un poquito antes de marcharse?

—No. ¿Qué?

—Me dijo: «Yo de usted no lo haría, querida. Nunca se ponga en manos de otra mujer, aunque la considere su amiga». ¿Sabes, Dolly, que eso es absolutamente cierto?

—¿El consejo? Sí, tal vez lo sea, pero no le veo la aplicación.

—Cree que no debo confiar totalmente en otra mujer. Y además estaría en sus manos. No se me había ocurrido pensarlo.

—¿De qué mujer estás hablando?

—De Netta Greene, mi suplente.

—¿Y qué diablos sabe miss Marple de tu suplente?

—Imagino que lo ha adivinado, aunque no sé cómo.

—Jane, ¿quieres explicarme en seguida de qué estás hablando?

—De mi historia, la que acabo de contaros. Oh, Dolly, esa mujer, la que apartó a Claud de mi lado…

Mrs. Bantry asintió y a su memoria acudió el primer matrimonio desgraciado de Jane con Claud Averbury, el actor.

—Se casó con ella y yo podía haberle dicho lo que iba a suceder.

Claud lo ignoraba, pero ella pasa los fines de semana con sir Joseph Salmon en el bungalow del que les he hablado. Yo quería descubrirla, demostrar a todo el mundo la clase de mujer que es. Y con un robo, todo hubiera tenido que salir a relucir.

—¡Jane! —exclamó Mrs. Bantry—. ¿Imaginaste tú el caso que acabas de contarnos?

Jane asintió.

—Por eso escogí la obra *Smith*. En ella aparezco vestida de doncella y tengo a mano el disfraz. Y cuando me enviaran al puesto de policía sería lo más sencillo del mundo decir que estaba ensayando mi papel en mi hotel con mi suplente, cuando en realidad estaríamos en el bungalow. Yo me limitaría a abrir la puerta y servir los combinados, y Netta simularía ser yo. Él no volvería a verla, por supuesto, de modo que no habría forma de que la reconociera. Y yo cambio muchísimo vestida de doncella. Y, además, no se mira a las doncellas como si fueran personas. Luego planeábamos llevarlo a la carretera, coger las joyas, telefonear a la policía y regresar al hotel. No me gustaría que sufriera el pobre muchacho, pero sir Henry no parece creer que vaya a sufrir, ¿verdad? Y ella saldría en los periódicos y Claud sabría cómo es en realidad.

Mrs. Bantry se sentó exhalando un gemido.

—Oh, mi cabeza. Y todo este tiempo… Jane Helier, ¡eres terrible! ¡Y nos has contado la historia como si nada!

—Soy una buena actriz —contestó Jane complacida—. Siempre lo he sido, aunque la gente diga lo contrario. No me descubrí en ningún momento, ¿verdad?

—Miss Marple tenía razón —murmuró Mrs. Bantry—. El elemento emocional. Oh, sí, el elemento emocional. Jane, pequeña, ¿te das cuenta de que un robo es un robo y de que podrías acabar irremisiblemente en la cárcel?

—Bueno, ninguno de vosotros lo adivinó —respondió Jane—, excepto miss Marple. —Su rostro volvió a adquirir una expresión preocupada—. Dolly, ¿crees realmente que hay mucha gente como ella?

—Con franqueza, no lo creo —contestó Mrs. Bantry.

Jane volvió a suspirar.

—De todos modos, es mejor no arriesgarse. Y desde luego estaría por completo en las manos de Netta, eso es cierto. *Podría* hacerme chantaje o volverse contra mí. Me ayudó a pensar todos los detalles y dice que me tiene un gran afecto, pero no hay que fiarse nunca de las mujeres. No, creo que miss Marple tiene *razón*. Será mejor no arriesgarse.

—Pero, querida, si ya te has arriesgado…

—Oh, no. —Jane abrió del todo sus grandes ojos azules—. ¿No lo comprendes? ¡*Nada de esto ha ocurrido todavía*! Yo intentaba probarlo con vosotros, por así decirlo.

—No lo entiendo —replicó Mrs. Bantry muy digna—. ¿Quieres decir que se trata de un proyecto futuro y no de un hecho consumado?

—Pensaba ponerlo en práctica este otoño, en septiembre. Ahora no sé qué hacer.

—Y Jane Marple lo adivinó, supo averiguar la verdad y no nos lo dijo —añadió Mrs. Bantry dolida.

—Creo que por eso dijo lo que dijo: lo de que las mujeres deben ayudarse. No me ha descubierto delante de los caballeros. Ha sido muy generoso por su parte. Pero no me importa que *tú* lo sepas, Dolly.

—Bueno, renuncia a ese proyecto, Jane. Te lo suplico.

—Creo que lo haré —murmuró miss Helier—. Podría haber otra miss Marple.

Capítulo XIII

La ahogada

Sir Henry Clithering, ex-comisionado de Scotland Yard, estaba hospedado en casa de sus amigos, los Bantry, cerca del pueblecito de St. Mary Mead.

El sábado por la mañana, cuando bajaba a desayunar a la agradable hora de las diez y cuarto, casi tropezó con su anfitriona, Mrs. Bantry, en la puerta del comedor. Salía de la habitación evidentemente presa de una gran excitación y contrariedad.

El coronel Bantry estaba sentado a la mesa con el rostro más enrojecido que de costumbre.

—Buenos días, Clithering —dijo—. Hermoso día, siéntese.

Sir Henry obedeció y, al ocupar su sitio ante un plato de riñones con beicon, su anfitrión continuó:

—Dolly está algo preocupada esta mañana.

—Sí… eso me ha parecido —dijo sir Henry.

Y se preguntó a qué sería debido. Su anfitriona era una mujer de carácter apacible, poco dada a los cambios de humor y a la excitación. Que sir Henry supiera, lo único que le preocupaba de verdad era su jardín.

—Sí —continuó el coronel Bantry—. La han trastornado las noticias que nos han llegado esta mañana. Una chica del pueblo, la hija de Emmott, el dueño del Blue Boat.

—Oh, sí, claro.

—Sí —dijo el coronel pensativo—. Una chica bonita que se metió en un lío. La historia de siempre. He estado discutiendo con

Dolly sobre el asunto. Soy un tonto. Las mujeres carecen de sentido común. Dolly se ha puesto a defender a esa chica. Ya sabe cómo son las mujeres, dicen que los hombres somos unos brutos, etcétera, etcétera. Pero no es tan sencillo como esto, por lo menos hoy en día. Las chicas saben lo que se hacen y el individuo que seduce a una joven no tiene que ser necesariamente un villano. El cincuenta por ciento de las veces no lo es. A mí me cae bastante bien el joven Sanford, un joven simplón, más bien que un donjuán.

—¿Es ese tal Sanford el que ha comprometido a la chica?

—Eso parece. Claro que yo *no sé* nada concreto —replicó el coronel—. Sólo son habladurías y chismorreos. ¡Ya sabe usted cómo es este pueblo! Como le digo, yo no sé nada. Y no soy como Dolly, que saca sus conclusiones y empieza a lanzar acusaciones a diestro y siniestro. Maldita sea, hay que tener cuidado con lo que se dice. Ya sabe, la encuesta judicial y lo demás…

—¿Encuesta?

El coronel Bantry lo miró.

—Sí. ¿No se lo he dicho? La chica se ha ahogado. Por eso se ha armado todo ese alboroto.

—Qué asunto más desagradable —dijo sir Henry.

—Por supuesto, me repugna tan sólo pensarlo, pobrecilla. Su padre es un hombre duro en todos los aspectos e imagino que ella no se vio *capaz* de hacer frente a lo ocurrido.

Hizo una pausa.

—Eso es lo que ha trastornado tanto a Dolly.

—¿Dónde se ahogó?

—En el río. Debajo del molino la corriente es bastante fuerte. Hay un camino y un puente que lo cruza. Creen que se arrojó desde allí. Bueno, bueno, es mejor no pensarlo.

Y el coronel Bantry abrió el periódico, dispuesto a distraer sus pensamientos de esos penosos asuntos y absorberse en las nuevas iniquidades del gobierno.

Sir Henry no se interesó especialmente por aquella tragedia local. Después del desayuno, se instaló cómodamente en una tumbona sobre la hierba, se echó el sombrero sobre los ojos y se dispuso a contemplar la vida desde su cómodo asiento.

Eran las doce y media cuando una doncella se le acercó por el

césped.

—Señor, ha llegado miss Marple y desea verle.

—¿Miss Marple?

Sir Henry se incorporó y se colocó bien el sombrero. Recordaba perfectamente a miss Marple: sus modales anticuados, sus maneras amables y su asombrosa perspicacia, así como una docena de casos hipotéticos y sin resolver para los que aquella «típica solterona de pueblo» había encontrado la solución exacta. Sir Henry sentía un profundo respeto por miss Marple y se preguntó para qué habría ido a verle.

Miss Marple estaba sentada en el salón, tan erguida como siempre, y a su lado se veía un cesto de la compra de fabricación extranjera. Sus mejillas estaban muy sonrosadas y parecía sumamente excitada.

—Sir Henry, celebro mucho verle. Qué suerte he tenido al encontrarle. Acabo de saber que estaba pasando aquí unos días. Espero que me perdonará…

—Es un placer verla —dijo sir Henry estrechándole la mano—. Lamento que Mrs. Bantry haya salido de compras.

—Sí —contestó miss Marple—. Al pasar la vi hablando con Footit, el carnicero. Henry Footit fue atropellado ayer cuando iba con su perro, uno de esos *terrier* pendencieros que al parecer tienen todos los carniceros.

—Sí —respondió sir Henry sin saber a qué venía aquello.

—Celebro haber venido ahora que no está ella —continuó miss Marple—, porque a quien deseaba ver era a usted, a causa de ese desgraciado asunto.

—¿Henry Footit? —preguntó sir Henry extrañado.

Miss Marple le dirigió una mirada de reproche.

—No, no. Me refiero a Rose Emmott, por supuesto. ¿Lo sabe usted ya?

Sir Henry asintió.

—Bantry me lo ha contado. Es muy triste.

Estaba intrigado. No podía imaginar por qué quería verle miss Marple para hablarle de Rose Emmott.

Miss Marple volvió a tomar asiento y sir Henry se sentó a su vez. Cuando la anciana habló de nuevo, su voz sonó grave.

—Debe usted recordar, sir Henry, que en un par de ocasiones hemos jugado a una especie de pasatiempo muy agradable: proponer misterios y buscar una solución. Usted tuvo la amabilidad de decir que yo no lo hacía del todo mal.

—Nos venció usted a todos —contestó sir Henry con entusiasmo —. Demostró un ingenio extraordinario para llegar a la verdad. Y recuerdo que siempre encontraba un caso similar ocurrido en el pueblo, que era el que le proporcionaba la clave.

Sir Henry sonrió al decir esto, pero miss Marple permanecía muy seria.

—Si me he decidido a acudir a usted ha sido justamente por aquellas amables palabras suyas. Sé que si le hablo a usted… bueno, al menos no se reirá.

El ex-comisionado comprendió de pronto que estaba realmente apurada.

—Ciertamente, no me reiré —le dijo con toda amabilidad.

—Sir Henry, esa chica, Rose Emmott, no se suicidó, fue asesinada. Y yo sé quién la ha matado.

El asombro dejó sin habla a sir Henry durante unos segundos. La voz de miss Marple había sonado perfectamente tranquila y sosegada, como si acabara de decir la cosa más normal del mundo.

—Ésa es una declaración muy seria, miss Marple —dijo sir Henry cuando se hubo recuperado.

Ella asintió varias veces.

—Lo sé, lo sé. Por eso he venido a verle.

—Pero mi querida señora, yo no soy la persona adecuada. Ahora soy un ciudadano más. Si usted está segura de lo que afirma debe acudir a la policía.

—No lo creo —replicó de inmediato miss Marple.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo lo que ustedes llaman *pruebas*.

—¿Quiere decir que sólo es una opinión suya?

—Puede llamarse así, pero en realidad no es eso. *Lo sé*, estoy en posición de saberlo. Pero si le doy mis razones al inspector Drewitt, se echará a reír y no podré reprochárselo. Es muy difícil comprender lo que pudiéramos llamar un «conocimiento especializado».

—¿Como cuál? —le sugirió sir Henry.

Miss Marple sonrió ligeramente.

—Si le dijera que lo sé porque un hombre llamado Peasegood (Buenguisante) dejó nabos en vez de zanahorias cuando vino con su carro a venderle verduras a mi sobrina hará varios años…

Se detuvo con ademán elocuente.

—Un nombre muy adecuado para su profesión —murmuró sir Henry—. Quiere decir que juzga el caso sencillamente por los hechos ocurridos en un caso similar…

—Conozco la naturaleza humana —respondió miss Marple—. Es imposible no conocerla después de vivir tantos años en un pueblo. El caso es, ¿me cree usted o no?

Le miró de hito en hito mientras se acentuaba el rubor de sus mejillas.

Sir Henry era un hombre de gran experiencia y tomaba sus decisiones con gran rapidez, sin andarse por las ramas. Por fantástica que pareciese la declaración de miss Marple, se dio cuenta en seguida de que la había aceptado.

—La creo, miss Marple, pero no comprendo qué quiere que haga yo en este asunto ni por qué ha venido a verme.

—Le he estado dando vueltas y vueltas al asunto —explicó la anciana—. Y, como le digo, sería inútil acudir a la policía sin hechos concretos. Y no los tengo. Lo que quería pedirle es que se interese por este asunto, cosa que estoy segura halagará al inspector Drewitt. Y si la cosa prosperara, al coronel Melchett, el jefe de policía. Estoy segura de que sería como cera en sus manos.

Le miró suplicante.

—¿Y qué datos va a darme usted para empezar a trabajar?

—He pensado escribir un nombre, el del culpable, en un pedazo de papel y dárselo a usted. Luego, si durante el transcurso de la investigación usted decide que esa persona no tiene nada que ver, pues me habré equivocado. —Hizo una breve pausa y agregó con un ligero estremecimiento—: Sería terrible que ahorcaran a una persona inocente.

—¿Qué diablos? —exclamó sir Henry sobresaltado.

Ella volvió su rostro preocupado hacia sir Henry.

—Puedo equivocarme, aunque no lo creo. El inspector Drewitt

es un hombre inteligente, pero algunas veces una inteligencia mediocre puede resultar peligrosa y no le lleva a uno muy lejos.

Sir Henry la contempló con curiosidad.

Miss Marple abrió un pequeño bolso del que extrajo una libretita y, arrancando una de las hojas, escribió unas palabras con todo cuidado.

Después de doblarla en dos, se la entregó a sir Henry.

Éste lo abrió y leyó el nombre, que nada le decía, mas enarcó las cejas mirando a miss Marple mientras se guardaba el papel en el bolsillo.

—Bien, bien —dijo—. Es un asunto extraordinario. Nunca había intervenido en nada semejante, pero voy a confiar en la buena opinión que usted me merece, se lo aseguro, miss Marple.

Sir Henry se hallaba en la salita con el coronel Melchett, jefe de policía del condado, así como con el inspector Drewitt. El jefe de policía era un hombre de modales marciales y agresivos. El inspector Drewitt era corpulento y ancho de espaldas, y un hombre muy sensato.

—Tengo la sensación de que me estoy entrometiendo en su trabajo —decía sir Henry con su cortés sonrisa—. Y en realidad no sabría decirles por qué lo hago. —Lo cual era rigurosamente cierto.

—Mi querido amigo, estamos encantados. Es un gran cumplido.

—Un honor, sir Henry —dijo el inspector.

El coronel Melchett pensaba: «El pobre está aburridísimo en casa de los Bantry. El viejo criticando todo el santo día al gobierno, y ella hablando sin parar de sus bulbos».

El inspector decía para sus adentros: «Es una lástima que no persigamos a un delincuente verdaderamente hábil. He oído decir que es uno de los mejores cerebros de Inglaterra. Qué lástima, realmente una lástima, que se trate de un caso tan sencillo».

El jefe de policía dijo en voz alta:

—Me temo que se trata de un caso muy sórdido y claro. Primero se pensó que la chica se había suicidado. Estaba esperando un niño. Sin embargo, nuestro médico, el doctor Haydock, que es muy cuidadoso, observó que la víctima presentaba unos cardenales en la parte superior de cada brazo, ocasionados presumiblemente por una persona que la sujetó para arrojarla al río.

—¿Se hubiera necesitado mucha fuerza?

—Creo que no. Seguramente no hubo lucha, si la cogieron desprevenida. Es un puente de madera, muy resbaladizo. Tirarla debió de ser lo más sencillo del mundo, en un lado no hay barandilla.

—¿Saben con seguridad que la tragedia ocurrió allí?

—Sí, lo dijo un niño de doce años, Jimmy Brown. Estaba en los bosques del otro lado del río y oyó un grito y un chapuzón. Había oscurecido ya y era difícil distinguir nada. No tardó en ver algo blanco que flotaba en el agua y corrió en busca de ayuda. Lograron sacarla, pero era demasiado tarde para reanimarla.

Sir Henry asintió.

—¿El niño no vio a nadie en el puente?

—No, pero como le digo era de noche y por allí siempre suele haber algo de niebla. Voy a preguntarle si vio a alguna persona por allí antes o después de ocurrir la tragedia. Naturalmente, él imaginó que la joven se había suicidado. Todos lo pensamos al principio.

—Sin embargo, tenemos la nota —dijo el inspector Drewitt volviéndose a sir Henry.

—Una nota que encontramos en el bolsillo de la víctima. Estaba escrita con un lápiz de dibujo y, aunque estaba empapada de agua, con algún esfuerzo pudimos leerla.

—¿Y qué decía?

—Era del joven Sandford. «De acuerdo —decía—. Me reuniré contigo en el puente a las ocho y media. R. S.» Bueno, fue muy cerca de esa hora, pocos minutos después de las ocho y media, cuando Jimmy Brown oyó el grito y el chapuzón.

—No sé si conocerá usted a Sandford —continuó el coronel Melchett—. Lleva aquí cosa de un mes. Es uno de esos jóvenes arquitectos que construyen casas extravagantes. Está edificando una para Allington. Dios sabe lo que resultará, supongo que alguna fantochada moderna de ésas, mesas de cristal y sillas de acero y lona. Bueno, eso no significa nada, por supuesto, pero demuestra la clase de individuo que es Sandford, un bolchevique, un tipo sin moral.

—La seducción es un crimen muy antiguo —dijo sir Henry con calma—, aunque desde luego no tanto como el homicidio.

El coronel Melchett lo miró extrañado.

—¡Oh, sí! Desde luego, desde luego.

—Bien, sir Henry —intervino Drewitt—, ahí lo tiene: es un asunto feo, pero claro como el agua. Este joven, Sandford, seduce a la chica y se dispone a regresar a Londres. Allí tiene novia, una señorita bien con la que está prometido. Naturalmente, si ella se entera de eso, puede dar por terminadas sus relaciones. Se encuentra con Rose en el puente. Es una noche oscura, no hay nadie por allí, la coge por los hombros y la arroja al agua. Un sinvergüenza que tendrá su merecido. Ésa es mi opinión.

Sir Henry permaneció en silencio un par de minutos. Casi podía palpar los prejuicios subyacentes. No era probable que un arquitecto moderno fuese muy popular en un pueblo tan

conservador como St. Mary Mead.

—Supongo que no existirá la menor duda de que ese hombre, Sandford, era el padre de la criatura… —preguntó.

—Lo era, desde luego —replicó Drewitt—. Rose Emmott se lo dijo a su padre, pensaba que se casaría con ella. ¡Casarse con ella! ¡Qué ingenua!

«¡Pobre de mí! —pensó sir Henry—. Me parece estar viviendo un melodrama victoriano. La joven confiada, el villano de Londres, el padre iracundo. Sólo falta el fiel amor pueblerino. Sí, creo que ya es hora de que pregunte por él».

Y en voz alta añadió:

—¿Esa joven no tenía algún pretendiente en el pueblo?

—¿Se refiere a Joe Ellis? —dijo el inspector—. Joe es un buen muchacho, trabaja como carpintero. ¡Ah! Si ella se hubiera fijado en él…

El coronel Melchett asintió aprobador.

—Uno tiene que limitarse a los de su propia clase —sentenció.

—¿Cómo se tomó Joe Ellis todo el asunto? —quiso saber sir Henry.

—Nadie lo sabe —contestó el inspector—. Joe es un muchacho muy tranquilo y reservado. Cualquier cosa que hiciera Rose le parecía bien. Lo tenía completamente dominado. Se limitaba a esperar que algún día volviera a él. Sí, creo que ésa era su manera de afrontar la situación.

—Me gustaría verlo —dijo sir Henry.

—¡Oh! Nosotros vamos a interrogarlo —explicó el coronel Melchett—. No vamos a dejar ningún cabo suelto. Había pensado ver primero a Emmott, luego a Sandford y después podemos ir a hablar con Ellis. ¿Le parece bien, Clithering?

Sir Henry respondió que le parecía estupendo.

Encontraron a Tom Emmott en la taberna el Blue Boat. Era un hombre corpulento, de mediana edad, mirada inquieta y mandíbula poderosa.

—Celebro verles, caballeros. Buenos días, coronel. Pasen aquí y podremos hablar en privado. ¿Puedo ofrecerles alguna cosa? ¿No? Como quieran. Han venido por el asunto de mi pobre hija. ¡Ah! Rose era una buena chica. Siempre lo fue, hasta que ese cerdo…

(perdónenme, pero eso es lo que es), hasta que ese cerdo vino aquí. Él le prometió que se casarían, eso hizo. Pero yo haré que lo pague muy caro. La arrojó al río. El cerdo asesino. Nos ha traído la desgracia a todos. ¡Mi pobre hija!

—¿Su hija le dijo claramente que Sandford era el responsable de su estado? —preguntó Melchett crispado.

—Sí, en esta misma habitación.

—¿Y qué le dijo usted? —quiso saber sir Henry.

—¿Decirle? —el hombre pareció desconcertado.

—Sí, usted, por ejemplo, no la amenazaría con echarla de su casa o algo así.

—Me disgusté mucho, eso es natural. Supongo que estará de acuerdo en que eso era algo natural. Pero, desde luego, no la eché de casa. Yo no haría semejante cosa —dijo con virtuosa indignación —. No. ¿Para qué está la ley?, le dije. ¿Para qué está la ley? Ya le obligarán a cumplir con su deber. Y si no lo hace, por mi vida que lo pagará.

Y dejó caer su puño con fuerza sobre la mesa.

—¿Cuándo vio a su hija por última vez? —preguntó Melchett.

—Ayer… a la hora del té.

—¿Cómo se comportaba?

—Pues como siempre. No noté nada. Si yo hubiera sabido…

—Pero no lo sabía —replicó el inspector en tono seco.

Y dicho esto se despidieron.

«Emmott no es un sujeto que resulte precisamente agradable», pensó sir Henry para sus adentros.

—Es un poco violento —contestó Melchett—. Si hubiera tenido oportunidad ya hubiese matado a Sandford, de eso estoy seguro.

La próxima visita fue para el arquitecto. Rex Sandford era muy distinto a la imagen que sir Henry se había formado de él. Alto, muy rubio, delgado, de ojos azules y soñadores, y cabellos descuidados y demasiado largos. Su habla resultaba un tanto afeminada.

El coronel Melchett se presentó a sí mismo y a sus acompañantes y, pasando directamente al objeto de su visita, invitó al arquitecto a que aclarara cuáles habían sido sus actividades durante la noche anterior.

—Debe comprender —le dijo a modo de advertencia— que no tengo autoridad para obligarle a declarar y que todo lo que diga puede ser utilizado en su contra. Quiero dejar esto bien claro.

—Yo, no… no comprendo —dijo Sandford.

—¿Comprende que Rose Emmott murió ahogada ayer noche?

—Sí, lo sé. ¡Oh! Es demasiado… demasiado terrible. Apenas si he podido dormir en toda la noche, y he sido incapaz de trabajar nada hoy. Me siento responsable, terriblemente responsable.

Se pasó las manos por los cabellos enmarañándolos todavía más.

—Nunca tuve intención de hacerle daño —dijo en tono plañidero—. Nunca lo pensé siquiera. Nunca pensé que se lo tomara de esa manera.

Y sentándose junto a la mesa escondió el rostro entre las manos.

—¿Debo entender, Mr. Sandford, que se niega a declarar dónde estaba ayer noche a las ocho y media?

—No, no, claro que no. Había salido. Salí a pasear.

—¿Fue a reunirse con miss Emmott?

—No, me fui solo. A través de los bosques. Muy lejos.

—Entonces, ¿cómo explica usted esta nota, que fue encontrada en el bolsillo de la difunta?

El inspector Drewitt la leyó en voz alta sin demostrar emoción alguna.

—Ahora —concluyó—, ¿niega haberla escrito?

—No… no. Tiene razón, la escribí yo. Rose me pidió que fuera a verla. Insistió, yo no sabía qué hacer, por eso le escribí esa nota.

—Ah, así está mejor —le dijo Drewitt.

—¡Pero no fui! —Sandford elevó la voz—. ¡No fui! Pensé que era mejor no ir. Mañana pensaba regresar a la ciudad. Tenía intención de escribirle desde Londres y hacer algún arreglo.

—¿Se da usted cuenta, señor, de que la chica iba a tener un niño y que había dicho que usted era el padre?

Sandford lanzó un gemido, pero nada respondió.

—¿Era eso cierto, señor?

Sandford escondió todavía más el rostro entre las manos.

—Supongo que sí —dijo con voz ahogada.

—¡Ah! —El inspector Drewitt no pudo disimular su satisfacción —. Ahora háblenos de ese paseo suyo. ¿Le vio alguien anoche?

—No lo sé, pero no lo creo. Que yo recuerde, no me encontré a nadie.

—Es una lástima.

—¿Qué quiere usted decir? —Sandford abrió mucho los ojos—. ¿Qué importa si fui a pasear o no? ¿Qué tiene que ver eso con que Rose se suicidase?

—¡Ah! —exclamó el inspector—. Pero es que no se suicidó, la arrojaron al agua deliberadamente, Mr. Sandford.

—Que ella… —tardó un par de minutos en sobreponerse al horror que le produjo la noticia—. ¡Dios mío! Entonces…

Se desplomó en una silla.

El coronel Melchett hizo ademán de marcharse.

—Debe comprender, Mr. Sandford —le dijo—, que no le conviene abandonar esta casa.

Los tres hombres salieron juntos, y el inspector y el coronel Melchett intercambiaron una mirada.

—Creo que es suficiente, señor —dijo el inspector.

—Sí, vaya a buscar una orden de arresto y deténgalo.

—Discúlpenme —exclamó sir Henry—. He olvidado mis guantes.

Y volvió a entrar en la casa rápidamente. Sandford seguía sentado donde le habían dejado, con la mirada perdida en el vacío.

—He vuelto —le anunció sir Henry— para decirle que yo, personalmente, haré cuanto pueda por ayudarle. No me está permitido revelar el motivo de mi interés por usted, pero debo pedirle que me refiera lo más brevemente posible todo lo que pasó entre usted y esa chica, Rose.

—Era muy bonita —contestó Sandford—, muy bonita y muy provocativa. Y… y me asediaba continuamente. Le juro que es cierto. No me dejaba ni un minuto. Y aquí yo me encontraba muy solo, no le caía simpático a nadie y, como le digo, ella era terriblemente bonita y parecía saber lo que se hacía y… —su voz se apagó—. Y luego ocurrió esto. Quería que me casara con ella y yo ya estoy comprometido con una chica de Londres. Si llegara a enterarse de esto… y se enterará, por supuesto, todo habrá terminado. No lo comprenderá. ¿Cómo podría comprenderlo? Soy un depravado, desde luego. Como le digo, no sabía qué hacer y evitaba en la medida de lo posible a Rose. Pensé que, si regresaba a

la capital y veía a mi abogado, podría arreglarlo pasándole algún dinero. ¡Cielos, qué idiota! Y todo está tan claro, todo me acusa, pero se han equivocado. Ella tuvo que suicidarse.

—¿Le amenazó alguna vez con quitarse la vida?

Sandford negó con la cabeza.

—Nunca, y tampoco hubiera dicho que fuese capaz de hacerlo.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Joe Ellis?

—¿El carpintero? El típico hombre de pueblo. Muy callado, pero estaba loco por Rose.

—¿Es posible que estuviera celoso? —insinuó sir Henry.

—Supongo que estaba un poco celoso, pero pertenece al tipo bovino, es de los que sufren en silencio.

—Bueno —dijo sir Henry—, debo marcharme.

Y se reunió con los otros.

—¿Sabe, Melchett? Creo que deberíamos ir a ver a ese otro individuo, Ellis, antes de tomar ninguna determinación. Sería una lástima que, después de realizar la detención, resultase ser un error. Al fin y al cabo, los celos siempre fueron un buen móvil para cometer un crimen. Y además bastante corriente.

—Es cierto —replicó el inspector—, pero Joe Ellis no es de esa clase. Es incapaz de hacer daño a una mosca. Nadie le ha visto nunca fuera de sí. No obstante, estoy de acuerdo con usted en que será mejor preguntarle dónde estuvo ayer noche. Ahora debe de estar en su casa. Se hospeda en casa de Mrs. Bartlett, una persona muy decente, que era viuda y se ganaba la vida lavando ropa.

La casa adonde se dirigieron era inmaculadamente pulcra. Les abrió la puerta una mujer robusta de mediana edad, rostro afable y ojos azules.

—Buenos días, Mrs. Bartlett —dijo el inspector—. ¿Está Joe Ellis?

—Ha regresado hará unos diez minutos —respondió Mrs. Bartlett—. Pasen, por favor.

Y secándose las manos en el delantal, les condujo hasta una salita llena de pájaros disecados, perros de porcelana, un sofá y varios muebles inútiles.

Se apresuró a disponer asiento para todos y, apartando una rinconera para que hubiera más espacio, salió de la habitación

gritando:

—Joe, hay tres caballeros que quieren verte.

Y una voz le contestó desde la cocina:

—Iré en cuanto termine de lavarme.

Mrs. Bartlett sonrió.

—Vamos, Mrs. Bartlett —dijo el coronel Melchett—. Siéntese.

A Mrs. Bartlett le sorprendió la idea.

—Oh, no señor. Ni pensarlo.

—¿Es buen huésped Joe Ellis? —le preguntó Melchett en tono intrascendente.

—No podría ser mejor, señor. Es un joven muy formal. Nunca bebe ni una gota de vino y se toma muy en serio su trabajo. Siempre se muestra amable y me ayuda cuando hay cosas que reparar en la casa. Fue él quien me puso esos estantes y me ha hecho un nuevo aparador para la cocina. Siempre arregla esas cosillas que hace falta arreglar en las casas. Joe lo hace como cosa natural y ni siquiera quiere que le dé las gracias. ¡Ah! No hay muchos jóvenes como Joe, señor.

—Alguna muchacha será muy afortunada algún día —dijo Melchett—. Estaba bastante enamorado de esa pobre chica, Rose Emmott, ¿no es cierto?

Mrs. Bartlett suspiró.

—Me ponía de mal humor. Él besaba la tierra que pisaba y a ella sin importarle un comino los sentimientos de Joe.

—¿Dónde pasa las tardes, Mrs. Bartlett?

—Generalmente aquí, señor. Algunas veces trabaja en alguna pieza difícil y, además, está estudiando contabilidad por correspondencia.

—¡Ah!, ¿de veras? ¿Estuvo aquí ayer noche?

—Sí, señor.

—¿Está segura, Mrs. Bartlett? —preguntó sir Henry secamente.

Se volvió hacia él para contestar:

—Completamente segura, señor.

—¿Por casualidad no saldría entre las ocho y las ocho y media?

—Oh, no —Mrs. Bartlett se echó a reír—. Estuvo en la cocina casi toda la noche, montando el aparador y yo le ayudé.

Sir Henry miró su rostro sonriente y por primera vez sintió la

sombra de una duda.

Un momento después entraba en la habitación el propio Ellis. Era un joven alto, de anchas espaldas y muy atractivo, de estilo rústico. Sus ojos azules eran tímidos y su sonrisa amable. Un gigante joven y agradable.

Melchett inició la conversación, y Mrs. Bartlett se marchó a la cocina.

—Estamos investigando la muerte de Rose Emmott. Usted la conocía, Ellis.

—Sí —vaciló y luego dijo en voz baja—: Esperaba casarme con ella, pobrecilla.

—¿Conocía su estado?

—Sí. —Un relámpago de ira brilló en sus ojos—. Él la dejó tirada, pero fue lo mejor. No hubiera sido feliz casándose con él y confiaba en que cuando eso ocurriera acudiría a mí. Yo hubiera cuidado de ella.

—A pesar de…

—No fue culpa suya. Él la hizo caer con mil promesas. ¡Oh! Ella me lo contó. No tenía que haberse suicidado. Ese tipo no lo valía.

—Ellis, ¿dónde estaba usted ayer noche, alrededor de las ocho y media?

Tal vez fuese producto de la imaginación de sir Henry, pero le pareció detectar una cierta turbación en su rápida, casi demasiado rápida, respuesta.

—Estuve aquí, montando el aparador de Mrs. Bartlett. Pregúnteselo a ella.

«Ha contestado con demasiado presteza —pensó sir Henry—. Y él es un hombre lento. Eso demuestra que tenía preparada de antemano la respuesta».

Pero se dijo a sí mismo que estaba dejándose llevar por su imaginación. Sí, demasiadas cosas imaginaba, hasta le había parecido ver un destello de aprensión en aquellos ojos azules.

Tras unas cuantas preguntas más, se marcharon. Sir Henry buscó un pretexto para entrar en la cocina, donde encontró a Mrs. Bartlett ocupada en encender el fuego. Al verle le sonrió con simpatía. En la pared había un nuevo armario, todavía sin terminar, y algunas herramientas y pedazos de madera.

—¿En eso estuvo trabajando Ellis anoche? —preguntó sir Henry.

—Sí, señor. Está muy bien, ¿no le parece? Joe es muy buen carpintero.

Ni el menor recelo en su mirada. Pero Ellis… ¿Lo habría imaginado? No, había algo.

«Debo pescarlo», pensó sir Henry.

Y al volverse para marcharse, tropezó con un cochecito de niño.

—Espero que no habré despertado al niño —dijo.

Mrs. Bartlett lanzó una carcajada.

—Oh, no, señor. Yo no tengo niños, es una pena. En ese cochecito llevo la ropa que he lavado cuando voy a entregarla.

—¡Oh! Ya comprendo…

Hizo una pausa y luego dijo, dejándose llevar por un impulso.

—Mrs. Bartlett, usted conocía a Rose Emmott. Dígame lo que pensaba realmente de ella.

—Pues, creo que era una caprichosa, pero está muerta y no me gusta hablar mal de los muertos.

—Pero yo tengo una razón, una razón poderosa para preguntárselo —su voz era persuasiva.

Ella pareció reflexionar, mientras le observaba con suma atención. Finalmente se decidió.

—Era una mala persona, señor —dijo con calma—. No me atrevería a decirlo delante de Joe. Ella le dominaba. Esa clase de mujeres saben hacerlo, es una pena, pero ya sabe lo que ocurre, señor.

Sí, sir Henry lo sabía. Los Joe Ellis de este mundo son particularmente vulnerables, confían ciegamente. Pero precisamente por eso, el choque de descubrir la verdad es siempre más fuerte.

Abandonó aquella casa confundido y perplejo. Se hallaba ante un muro infranqueable. Joe Ellis había estado trabajando allí durante toda la noche anterior, bajo la vigilancia de Mrs. Bartlett. ¿Cómo era posible soslayar ese obstáculo? No había nada que oponer a eso, como no fuera la sospechosa presteza con que Joe Ellis había contestado, un claro indicio de que podía haber preparado aquella historia de antemano.

—Bueno —dijo Melchett—, esto parece dejar el asunto bastante claro, ¿no les parece?

—Sí, señor —convino el inspector—. Sandford es nuestro hombre. No tiene nada en que apoyar su defensa. Todo está claro como el día. En mi opinión, puesto que la chica y su padre estaban dispuestos a… a hacerle prácticamente víctima de un chantaje, y él no tenía dinero ni quería que el asunto llegara a oídos de su novia, se desesperó y actuó de acuerdo con su desesperación. ¿Qué opina usted de esto, señor? —agregó dirigiéndose a sir Henry con deferencia.

—Eso parece —admitió sir Henry—. Y, sin embargo, no puedo imaginarme a Sandford cometiendo ninguna acción violenta.

Pero sabía que su objeción apenas tendría validez.

El animal más manso, al verse acorralado, es capaz de las acciones más sorprendentes.

—Me gustaría ver a ese niño —dijo de pronto—. El que oyó el grito.

Jimmy Brown resultó ser un niño vivaracho, bastante menudo para su edad y de rostro delgado e inteligente. Estaba deseando ser interrogado y le decepcionó bastante ver que ya sabían lo que había oído en la fatídica noche.

—Tengo entendido que estabas al otro lado del puente —le dijo sir Henry—, al otro lado del río. ¿Viste a alguien por ese lado mientras te acercabas al puente?

—Alguien andaba por el bosque. Creo que era Mr. Sandford, el arquitecto que está construyendo esa casa tan rara.

Los tres hombres intercambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Eso fue unos diez minutos antes de que oyeras el grito?

El muchacho asintió.

—¿Viste a alguien más en la orilla del río, del lado del pueblo?

—Un hombre venía por el camino por ese lado. Iba despacio, silbando. Tal vez fuese Joe Ellis.

—Tú no pudiste ver quién era —le dijo el inspector en tono seco —. Era de noche y había niebla.

—Lo digo por lo que silbaba —contestó el chico—. Joe Ellis siempre silba la misma tonadilla, «Quiero ser feliz», es la única que sabe.

Habló con el desprecio que un vanguardista sentiría por alguien a quien considerara anticuado.

—Cualquiera pudo silbar eso —replicó Melchett—. ¿Iba en dirección al puente?

—No, al revés, hacia el pueblo.

—No creo que debamos preocuparnos por ese desconocido —dijo Melchett—. Tú oíste el grito y un chapuzón y, pocos minutos después, al ver un cuerpo que flotaba aguas abajo, corriste en busca de ayuda, regresaste al puente, lo cruzaste y te fuiste directamente al pueblo. ¿No viste a nadie por allí cerca a quien pedir ayuda?

—Creo que había dos hombres con una carretilla en la orilla del río, pero estaban bastante lejos y no podía distinguir si iban o venían, y como la casa de Mr. Giles estaba más cerca, corrí hacia allí.

—Hiciste muy bien, muchacho —le dijo Melchett—. Actuaste con gran entereza. Tú eres *scout*, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Sir Henry permanecía en silencio, reflexionando. Extrajo un pedazo de papel de su bolsillo y, tras mirarlo, meneó la cabeza. Parecía imposible y sin embargo…

Se decidió a visitar a miss Marple sin dilación.

Le recibió en un saloncito de estilo antiguo, ligeramente recargado.

—He venido a darle cuenta de nuestros progresos —dijo sir Henry—. Me temo que desde su punto de vista las cosas no marchan del todo bien. Van a detener a Sandford. Y debo confesar que, a juzgar por los indicios, con toda justicia.

—Entonces, ¿no ha encontrado nada, digamos, que justifique mi teoría? —parecía perpleja, ansiosa—. Quizás estuviera equivocada, completamente equivocada. Usted tiene tanta experiencia que, de no ser así, lo habría averiguado.

—En primer lugar —dijo sir Henry—, apenas puedo creerlo. Y por otra parte, nos estrellamos contra una coartada infranqueable. Joe Ellis estuvo montando unos estantes de un armario de la cocina toda la noche y Mrs. Bartlett estaba con él.

Miss Marple se inclinó hacia delante presa de una gran agitación.

—Pero eso no es posible —exclamó con firmeza—. Era viernes.

—¿Viernes?

—Sí, fue la noche del viernes. Y los viernes por la noche ella va a entregar la ropa que ha lavado durante la semana.

Sir Henry se reclinó en su asiento. Recordaba la historia de Jimmy Brown sobre el hombre que silbaba y… sí, encajaba.

Se puso en pie, estrechando enérgicamente la mano de miss Marple.

—Creo que ya sé qué debo hacer —le dijo—. O por lo menos lo intentaré.

Cinco minutos después estaba en casa de Mrs. Bartlett, frente a Joe Ellis, en la salita de los perros de porcelana.

—Usted nos mintió, Ellis, con respecto a la noche pasada —le dijo crispado—. Entre las ocho y las ocho y media usted no estuvo en la cocina montando el armario. Le vieron paseando por la orilla del río en dirección al pueblo pocos minutos antes de que Rose Emmott fuese asesinada.

El hombre se quedó atónito.

—No fue asesinada, no fue asesinada. Yo no tengo nada que ver. Ella se arrojó al río. Estaba desesperada. Yo no hubiera podido hacerle el menor daño, no hubiera podido.

—Entonces, ¿por qué nos mintió diciéndonos que estuvo aquí? —preguntó sir Henry con astucia.

El joven alzó los ojos y luego los bajó con gesto nervioso.

—Estaba asustado. Mrs. Bartlett me vio por allí y, cuando supo lo que había ocurrido, pensó que las cosas podían ponerse feas para mí. Quedamos en que yo diría que había estado trabajando aquí y ella se avino a respaldarme. Es una persona muy buena. Siempre fue muy buena conmigo.

Sin añadir palabra sir Henry abandonó la estancia para dirigirse a la cocina. Mrs. Bartlett estaba lavando los platos.

—Mrs. Bartlett —le dijo—, lo sé todo. Creo que será mejor que confiese, es decir, a menos que quiera que ahorquen a Joe Ellis por algo que no ha hecho. No, ya veo que no lo desea. Le diré lo que ocurrió. Usted salió a entregar la ropa y se encontró con Rose Emmott. Pensó que dejaba para siempre a Joe para marcharse con el forastero. Ella estaba en un apuro y Joe dispuesto a acudir en su ayuda, a casarse con ella si era preciso, y Rose lo tendría para

siempre. Joe lleva cuatro años viviendo en su casa y se ha enamorado de él, lo quiere para usted sola. Odiaba a esa muchacha, no podía soportar la idea de que otra le arrebatara a su hombre. Usted es una mujer fuerte, Mrs. Bartlett. Cogió a la chica por los hombros y la arrojó a la corriente. Pocos minutos después encontró a Joe Ellis. Jimmy les vio juntos a lo lejos, pero con la oscuridad y la niebla imaginó que el cochecito era una carretilla de la que tiraban dos hombres. Y usted convenció a Joe de que podía resultar sospechoso y le propuso establecer una coartada para él, que en realidad lo era para usted. Ahora dígame sinceramente, ¿tengo o no razón?

Contuvo el aliento. Lo arriesgaba todo en aquella jugada.

Ella permaneció ante él unos momentos secándose las manos en el delantal mientras lentamente iba tomando una determinación.

—Ocurrió todo como usted dice —dijo al fin con su voz reposada, tanto que sir Henry sintió de pronto lo peligrosa que podía ser—. No sé lo que se me pasó por la cabeza. Una desvergonzada, eso es lo que era. No pude soportarlo, no me quitaría a Joe. No he tenido una vida muy feliz, señor. Mi esposo era un pobre inválido malhumorado. Le cuidé siempre fielmente. Y luego vino Joe a hospedarse en mi casa. No soy muy vieja, señor, a pesar de mis cabellos grises. Solo tengo cuarenta años y Joe es uno entre un millón. Hubiera hecho cualquier cosa por él, lo que fuera. Era como un niño pequeño, tan simpático y tan crédulo. Era mío, señor, y yo cuidaba de él, le protegía. Y esto… esto… —Tragó saliva para contener su emoción. Incluso en aquellos momentos era una mujer fuerte. Se irguió mirando a sir Henry con una extraña determinación—. Estoy dispuesta a acompañarle, señor. No pensé que nadie lo descubriera. No sé cómo lo ha sabido usted, no lo sé, se lo aseguro.

Sir Henry negó con la cabeza.

—No fui yo quien lo averiguó —dijo pensando en el pedazo de papel que seguía en su bolsillo con unas palabras escritas con letra muy clara y pasada de moda:

Mrs. Bartlett, en cuya casa se hospeda Joe Ellis en el número

2 de Mill Cottages.

Una vez más, miss Marple había acertado.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas

posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.